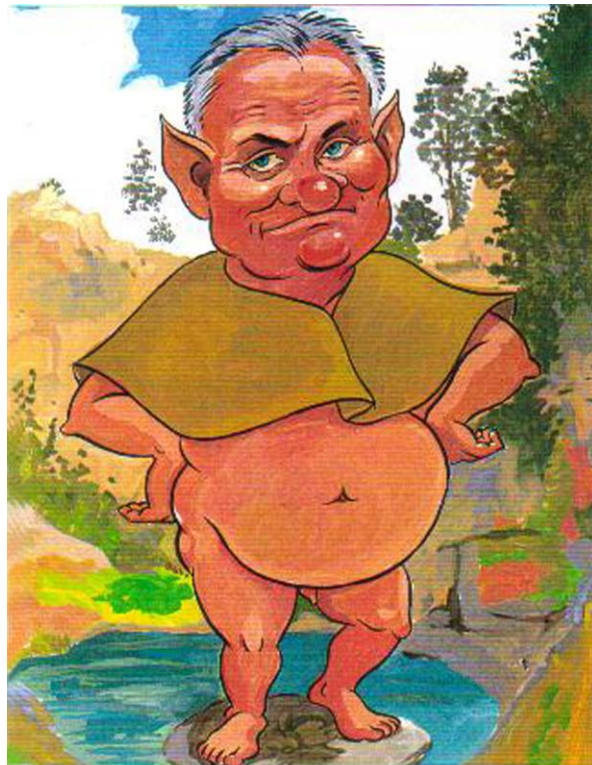




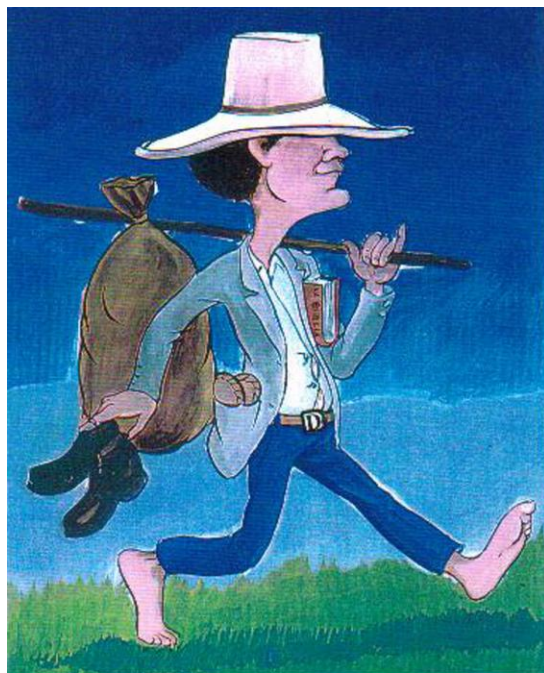
CALIFORNIA BIBLICAL UNIVERSITY OF PERU

7

SHILICOLOGIA: MITOLOGIA DE CELENDIN Por Moisés Chávez



El Duende Mayor



**¡Al trote, al estilo Miguelino!
Ahorrando zapatos al estilo Tío Andrés**

PROLOGO

Shilicología 7: Mitología de Celendín es el séptimo volumen de la Serie SHILICOLOGIA de la Biblioteca Inteligente.

La Serie SHILICOLOGIA consta de 15 volúmenes. Señalamos con letras negritas el lugar del presente volumen:

SHILICOLOGIA 1	Historias de infancia
SHILICOLOGIA 2	Historias de infancia
SHILICOLOGIA 3	Historias de infancia
SHILICOLOGIA 4	Historias de infancia
SHILICOLOGIA 5	Historias de infancia
SHILICOLOGIA 6	El Diario del Capitán
SHILICOLOGIA 7	Mitología de Celendín
SHILICOLOGIA 8	Aventuras mitológicas
SHILICOLOGIA 9	Genio y figura
SHILICOLOGIA 10	El Señor Mackay
SHILICOLOGIA 11	El Fuscán
SHILICOLOGIA 12	Los Portugueses del Perú
SHILICOLOGIA 13	Arqueología de Celendín
SHILICOLOGIA 14	Lexicografía de Celendín
SHILICOLOGIA 15	Introducción a la Shilicología

La Serie SHILICOLOGIA intenta rescatar con enfoque antropológico algunas tradiciones de los celendinos —o shilicos— y representa un eslabón más en la producción literaria de nuestra tierra por medio de sus hijos que la añoran. Y si quieres fotos, todos los shilicos siprallas, las encontrarás en el enlace BIBLIOTECA INTELIGENTE en la barra de enlaces de nuestra página web.

La secuencia de los volúmenes de esta Serie va desde sencillas historias infantiles hasta su tratamiento sistemático y su análisis antropológico. Para coronar esta secuencia el lector debe dar un salto al último volumen de la Serie, que es propiamente una *Introducción a la Shilicología* que si va al final es porque requiere de los fundamentos puestos en los volúmenes que le anteceden.

* * *

La Serie SHILICOLOGIA tiene tres partes bien demarcadas:

1. La primera parte abarca los volúmenes 1-5 que forman una mini serie de historias de infancia, sobre todo de la infancia del autor en Celendín, su ciudad natal. Estos cinco volúmenes eran originalmente una serie aparte que hemos visto adecuado incluirla en la Serie SHILICOLOGIA porque la mayor parte de sus historias tienen como escenario la ciudad de Celendín.

2. La segunda parte abarca los volúmenes 6-11 e incluye historias de personajes que resaltan en la historia de Celendín:

El Diario del Capitán contiene historias que con el tiempo se han ido entretejiendo alrededor de la memoria de mi abuelo, el Capitán Don Zaturino Chávez Baella, héroe de las campañas de San Juan y Miraflores para la defensa de Lima, la Capital, en la Guerra del Pacífico.

Mitología de Celendín debe su título, no tanto a la antropología cultural, sino a sus historias infantiles relacionadas con el mito o arcilla con que los niños pequeños jugamos a ser Miguel Angel. La historia intitulada “La dimensión del mito” parodia el poema del poeta celendino, Julio Garrido Malaver, “La dimensión de la piedra”, con que ganara los Juegos Florales en Trujillo.

Aventuras mitológicas, como el volumen anterior, presenta fantasías del tipo de Los Rougrats, de chicos en la edad de jugar con mito.

Genio y figura, presenta con nombres, apellidos y apodos a personajes típicos de la vida de nuestro pueblo.

El Señor Mackay soy yo mismo en los días de mi infancia y en toda la vida. Esta obra está estrechamente relacionada con mi obra poética, *Filosofía de la vida*, el Volumen 2 de la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS de la Biblioteca Inteligente.

El Fuscán, “El Buscador de Oro”, epíteto del Amauta Alfredo Rocha Segarra, es también el título de mi obra que intenta pintar con acuarelas su polifacético perfil humano.

3. La tercera parte está formada por los volúmenes 12-15 que definen y sistematizan conceptos relacionados con lo que hemos venido a llamar, “Shilicología”:

Los Portugueses del Perú es una antología de historias cortas o “tradiciones” relacionadas con la Shilicología, porque la tradición oral en Celendín dice que sus primeros habitantes eran “portugueses” que vinieron del Brasil por las rutas no rutas de la Amazonía. Este volumen incluye algunas de las *Tradiciones Peruanas* de Don Ricardo Palma.

Arqueología de Celendín trata de la Segunda Expedición Arqueológica a Celendín y a las ruinas de La Chocta en Oxamarca, que tuvo lugar en 1973 bajo la dirección de este servidor con los auspicios de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUC). La Primera Expedición tuvo lugar en 1937, bajo la dirección del Dr. Julio C. Tello.

Lexicografía de Celendín sale al encuentro de nuestros lectores que no están acostumbrados al habla de nuestro pueblo. Es una guía sobre vocablos del español antiguo o del portugués, así como del quechua regional de los Choctamallques que se basa en los apuntes de mi padre, Don Juan Chávez Sánchez, y de mi sobrino predilecto, el Sabio Arquímedes (El Quime). Cuando no entienda algunas de nuestras expresiones recurra a esta obra o a las notas de nuestra obra, *El Diario del Capitán*, indicadas en su texto mediante números exponenciales.

Introducción a la Shilicología aglutina y analiza la información de los volúmenes precedentes. En realidad somos los primeros en acceder al concepto de “Shilicología”, si bien ya se ha difundido en otros países, sobre todo en Francia.

* * *

Si la lectura de los volúmenes de la Serie SHILICOLOGIA te abre el apetito de par en par, te diré que historias relacionadas con Celendín están regadas a lo largo y a lo ancho de la página web Biblioteca Inteligente en la Serie DIALOGO VITAL y el Volumen 15, *Historias de Halloween*, de la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS. Pero este volumen te aconsejo NO LEER.

Para profundizar lo que respecta a las historias cortas de la Serie SHILICOLOGIA visita nuestra casa en internet:

www.bibliotecainteligente.com

Aquí tienes la llave para abrir, y cuando sales, cierras y dejas la llave sobre el batán, pero bien escondida debajo del chungo, para que nadie la encuentre:



En cuanto a *MISIONOLOGICAS*, el Boletín Semestral de la California Biblical University of Peru (CBUP) que continuamente publica temas relacionados con la Shilicología en su Sección “Antologías de Historias Cortas”, para recibirlo en tu email escribe a la Dra. Silvia Olano, Secretaria de la CBUP, al email:

cebcarbup@gmail.com

¡Bienvenido al apasionante mundo de la Shilicología!

Dr. Moisés Chávez,
Editor de la *Biblia Decodificada*
Revisor Principal de la Biblia RVA
Director del CEBCAR Internacional
Director Académico de la CBUP





CONTENIDO

PROLOGO

HISTORIAS CORTAS

1

IN ILLO TEMPORE

2

LA DIMENSION DEL MITO

3

EL DUENDE MAYOR

4

LOS FANTASMAS DE LOS CHOCTAMALLQUES

5

SINCHI HUAQUISHAHUA

7

6

LOS CHILCHOS DE CELENDIN

7

EL TESORO DE LA CHOCTA

8

LA RESURRECCION DE LOS CHILCHOS

9

EL INDIO CATEQUIL

10

EL ECO LEJANO DEL MUCHIK

11

¿QUIENES FUNDARON CELENDIN?

12

STRIP-TEASE CULTURAL

13

LA CARROZA DE LA JUDIA

14

EL TOQUE FINAL

15

SIMPLES CELENDINOS

16

LA FELICIANA

17

EL SECRETO DE LA FELICIANA REVELADO

18

EL TRAJE DE LUCES AZUL

19

TRIQUIÑUELAS DEL PADRE CAYETANO

8

20
EL CHILALO:
MELODIA QUE RESUCITA MUERTOS

21
EL SINDROME DE HARRY POTTER

22
LOS TESOROS DEL CAPITAN

23
EL PINO QUE HABLA

24
EL CONDE DE SAN ISIDRO

25
EL ABRAZO DE EDUVIGES

26
EL LAGO DE CELENDIN

27
LEYENDAS DE LA IGLESIA MATRIZ

BIBLIOGRAFIA



1
IN ILLO TEMPORE



En cierta ocasión, mi pequeña hija Lili Ester y yo volvíamos a casa después de comernos unas ricas hamburguesas en el Restaurant “IGLU” de Miraflores, de esta ciudad de La Paz. Entonces ella me sorprendió con una pregunta que me pareció impropia de su edad, pues ella sólo tenía diez añitos.

Me dijo:

—Papi, ¿qué diferencia existe entre un mito y una leyenda? Eso me ha preguntado mi profesor en el Colegio, pero me parece que ni él lo sabe.

La verdad es que yo tampoco le pude explicar.

* * *

Es harto esquemática la definición que dan algunos fanáticos de la antropología cultural, de que los mitos registran las relaciones de los hombres con los dioses. Y que las leyendas registran el origen de las instituciones encarnadas en sus personajes heroicos, pero tan atrás en el tiempo, *in illo tempore*, que escapan del alcance de la exploración historiográfica.

Lo cierto es que a menudo los registros mitológicos contienen detalles legendarios, y los registros legendarios contienen detalles mitológicos, ambos difíciles de separar. Y a menudo, ambos tipos de detalles son vertidos en la literatura mitológica.

* * *

Ahora bien, la mitología de una región del mundo puede diferir marcadamente de la de otra región muy distante y para nada interconectada, aunque Claude Lévy-Strauss sostiene que los elementos estructurales y funcionales de ambas, son los mismos.

La mitología griega difiere mucho de la mitología shilica. Pero a ambas las identifica el hecho de que surgen como respuesta a una necesidad relacionada con nuestro origen y nuestro destino final. Y en el intervalo existe la gran necesidad de nutrirse del recuerdo.

* * *

El presente libro, *Mitología de Celendín*, empezó como un proyecto de antropología cultural. Un estudio acerca de la vida de nuestro pueblo, Celendín, y de sus orígenes, su cosmovisión, sus valores y las creaciones de su ingenio. Con el transcurso del tiempo este proyecto se ha desarrollado a la par de esa acuciosa necesidad de nutrirse del recuerdo.

Empecé a trabajar sobre la base de algunos escritos que mi padre dejara al morir. El se había preocupado por recuperar y estudiar los factores culturales de nuestro pueblo. Como los aportes de otros inquietos celendinos, como es el caso de Alfredo Rocha, por ejemplo, el suyo pudo también haber pasado inadvertido, pero. . .

Pero un día se me ocurrió que la mejor manera de llegar a exponer el fondo del alma shilica era incrustando el contenido antropológico dentro de motivadoras historias que a manera de cápsulas o burbujas encierran testimonios de la vida real. Este criterio pronto fue implementado a raíz del inusitado interés de mi hija por este tipo de historias en que el narrador es su propio padre.

* * *

Lili Ester nació en el Perú, y tiene nacionalidad peruana y boliviana. Pero a pesar de que vivimos en Bolivia, su corazón está en el Perú, y de modo especial en aquel rincón encantado del norte andino que es Celendín.

A ella le deleita el “shilico”, nuestra modalidad de lenguaje, y se divierte “a tu tiplín” con las historias que escribo para ella.

Veamos qué es lo que ocurrió para que un proyecto de antropología cultural con sus inescapables tecnicismos se convierta en una obra literaria cuya lectura apasiona a una niña pequeña, lo que a su vez es indicio de su potencial de comunicación para el público de habla hispana en general.

En el Colegio Boliviano Israelita, donde ella estudia la primaria, exigen a los niños leer el mayor número posible de obras literarias escritas para su edad. Este énfasis es loable tomando en cuenta que hoy en día muchas producciones audiovisuales tienden a presentarnos las obras de la literatura universal con ingeniosas adaptaciones, pero en desmedro del enfoque literario que cimenta el legado cultural. A esto se suma el hecho de que la televisión atrofia peligrosamente el hábito de la lectura y la reflexión.

Tan grave es la situación actual respecto de la deficiencia en lo que respecta a la lectura y la reflexión, tan valiosas para la vida práctica, que la Reforma Educativa de Bolivia planeada para el nuevo milenio, ha optado por un breve y significativo lema: “Descubre la magia: ¡Lee!”

* * *

En cuanto a la disciplina de la lectura, las obras literarias que están de moda en las escuelas modernas son escritas originalmente teniendo en cuenta la edad de los niños y sus grados en la escuela, lo cual considero ser un gran avance. Me refiero a obras como las publicadas por la Editorial SM de España en su serie “Barco de Vapor”.

Entre un vasto número destacan las obras de Consuelo Armijo, Juan A. de Laiglesia, Irina Korschunow, Derek Sampson, Erwin Moser, y las numerosas historias escritas por Christine Nöstlinger, que fuera galardonada en 1984 con el Premio Hans Christian Andersen.

Sin embargo, este nuevo énfasis literario no conecta a los pequeños lectores con la literatura clásica que añade estratos importantes a la cultura universal. Las primeras en darse cuenta de esta deficiencia en la formación literaria de nuestra pequeña Lili Ester fueron su mamá Amanda y su tía Stael. Y un buen día ambas se propusieron introducirla en el mundo de los clásicos editados para niños en la vieja serie escolar de la Biblioteca Billiken, que tanto les deleitara a ellas en la escuela.

Así es como nuestra Lili Ester ha llegado a saber de Homero, Esopo e Iriarte, de Calderón de la Barca, de Edmundo de Amicis, de William Shakespeare, de Atoine de Saint Exupéry, de Mark Twain, de Enriqueta Stowe, de Juan Ramón Jiménez, y del genio literario que se oculta detrás del Lazarillo de Tormes, etc., etc., etc.

* * *

Fue al observar este particular interés en la lectura, y porque además yo le pago cien bolivianos por cada libro que lee, que se me ocurrió escribir para Lili Ester historias de mi propia infancia, como aquella aventura del archifamoso Roque Peloduro.

En el fondo, mi propósito era que tras su lectura, padre e hija tuviéramos un diálogo motivador, siempre sobre la base de nuestro convenio de “yo leo tu cuento, y te peleo mi cuenta”, como suele decir Lili Ester.

Desde entonces, mis historias han llegado a tener como su primer objetivo a mi pequeña hija, y sólo en un segundo plano a mis inquietudes sobre la antropología cultural.

Ha sido siguiendo esta dinámica que logré mi objetivo de escribir una colección de historias que aprisionan el alma de nuestro pueblo celendino.

Pero el título de “Mitología de Celendín” juega con el doble sentido: No se trata de una simple colección de mitos y leyendas, sino de un juego lúdico, infantil, echando mano de la arcilla o “mito” con que jugamos todos los niños y niñas en Celendín, trasladando a la plasticidad del mito nuestra cosmovisión infantil.

2
LA DIMENSION DEL MITO



En la fiesta taurina del 2010 los hoteles y las hostales de Celendín se vieron repletos de turistas provenientes de todos los continentes. Muchos de ellos vinieron acompañando a sus amigos shilicos que les “inquietaron” para venir y conocer este terruño suyo repleto de fantasmas, duendes y shilicos.

Entre tantos turistas, unos pocos vinieron de su propia cuenta, tras haber escuchado en Cajamarca que en Celendín habría fiesta taurina, cosa que nunca antes habían visto en vivo y en directo.

Tal es el caso de una pareja de turistas argentinos que se sorprendieron al escuchar a un par de mocosos en la Plaza de Armas, hablando en un perfecto dialecto argentino, sobre temas de los cuales no cabe hablar, sobre todo entre niños y niñas.

* * *

Un mocoso safasique se ufanaba ante una mocosa diciéndole:

—Mi papá me ha llevado para que conozca una mina. Ahora yo tengo acceso exclusivo a ella.

La mocosa le mira con asombro cuando el mocoso le dice:

—Esa no es la única mina que tengo. Tengo varias; unas de un color, y otras de otro color.

Los turistas argentinos no tuvieron más que mediar en la conversación infantil, y se percataron que los mocosos estaban hablando de una mina de mito. Este hecho me lleva a escribir algo sobre “la dimensión del mito”, como mi primo Julio Garrido Malaver escribió su poema sobre “La dimensión de la piedra”.

Como verás al leer esta historia mía, la dimensión del mito no es menos poética ni menos filosófica que la dimensión de la piedra, y tiene la ventaja de alcanzar las insospechadas alturas de la mitología.

* * *

En esta pequeña ciudad engastada en medio de las macizas cadenas de montañas de los Andes del norte del Perú se le llama “mito” a la arcilla con que juegan los niños pequeños y realizan su trabajo manual. “Mito” es una palabra quechua, de las pocas que han sobrevivido en esta región, y de la misma deriva el título de mi obra, *Mitología de Celendín*.

Este material es abundante, y su plasticidad da satisfacción a chicos y grandes porque es la materia prima de nuestros sueños y fantasías.

El mito está ligado a los juguetes más anhelados y amados de nuestra alma infantil porque derivan de nuestro propio fiat creador. En grandes cantidades es llevado a los jardines de la infancia para que los niños plasmen con sus deditos la realidad de sus mundos. Y en las escuelas, son los mismos niños que se proveen de él, ya sea en inolvidables paseos escolares o por sus propios medios.

* * *

Yo guardo dorados recuerdos de una mina que había en el extremo sur de la Plaza Cortegana, a pocos metros de su puerta del Napliche, la misma que yo había “amparado” legalmente, por lo que puedo decir que era mía, y para nada era su mina del Napliche.

En Guañambra hay minas de mito de color negro, especial para hacer réplicas de la cerámica negra de la cultura Chimú.

En el Cerro San Isidro hay minas de color blanco plateado.

Y en el lecho del Río Chico hay minas de mito de olor caqui.

Pero las mejores minas se encuentran en las faldas del cerro San Isidro, ¡y que no me venga el Mime, Conde de San Isidro, a decirme que son sus minas, porque a ellas también las he amparado yo.

Cuando éramos niños pequeños, escaparnos de casa e irnos a una mina de mito era una aventura de puertas afuera, cuesta arriba y sin saludar. Y cuando volvíamos “de lo olvidau”, solíamos recibir una buena rebenqueada. Pero el clamor de las nalgas no era nada comparado con la inmensa satisfacción de habernos traído una buena bola de mito que nos durará para muchos días.

* * *

En otras ocasiones, eran nuestros maestros de la escuela los que organizaban un paseo a alguna mina de mito, para que cada escuelero tomase lo necesario para su trabajo manual.

Pero los pequeños que podíamos aprehender la dimensión del mito y elevarlo a la categoría de “mitología”, éramos relativamente escasos. El resto, al regresar del paseo, desperdiciaban su patrimonio mitológico haciendo bolitas pequeñas y arrojándolas a las chinas, aunque de vez en cuando iban a dar derechito en el sopino del señor profesor. Y si se las lanzaba con tirajebe, las bolitas daban contra las paredes del aula o contra el pizarrón, con tal fuerza que se quedaban adheridas cual doblones de oro.

Casi siempre, un paseo mitológico terminaba con ruidosas carcajadas mezcladas con estrepitosos garnidos y castigo de reclusión.

* * *

En lo que a mí respecta, llegar a una mina y sacar una buena bola de mito, sin impurezas y de características plásticas perfectas, era tan delicioso como un pudín, o un queso mantecoso o un tazón de helados D’Onofrio. De sólo acordarme de mi bola de mito me misquicho, me lleno de emoción y me sale el alma en esta poesía, intitulada “La dimensión del mito”:

*¡Ay Amito!
¡Ahora si que por fin
van a poder crecer
los pastos en las calles
de Celendín!*

*¿Y esa bola de mito?
Me luaces desaparecer.
O tú o tu mito,
Porque a los dos no admito.*

*Nuavía más que esperar
las vacaciones
para dejar de escuchar
el estribillo maldito:*

*“O tú o tu mito,
¡Porque a los dos
yo no admito!”
¡Ay, Amito!*

Así, puesto en verso, eso es lo que me dijo mi mamita Empera en cuya casa yo viví en Lima cuando cursaba los primeros dos años de la secundaria. Eso me dijo cuando me vio aparecer en la puerta de su casa, de regreso de mis vacaciones en Celendín.

Me miró a los ojos, por encima de sus gafas, y dijo que no estando yo en Celendín, los pastos de las calles tendrían la oportunidad de crecer.

Luego posó su mirada en mis manos que portaban una enorme bola de mito, casi del tamaño de mi cabeza, y se encendió su ira, pensando en que iba a ensuciar su casa con el mito.

* * *

He pensado mucho en los niños que ayudaron a plasmar el misterio de Celendín, plasmando sus fantasías en mito, como tú, como yo. Pero al no haber sido sometida su creación al fuego de la historia que convierte la arcilla en piedra, se ha deshecho en la humedad como nuestros cuerpos que vuelven a ser tierra.

Es verdad que de nuestro origen quedan nada más que la nebulosa de mitos y leyendas, pero jugar con ellos como con el mito ha contribuido a nuestra realización y a nuestra felicidad. Sobre todo ahora, al terminar de escribir este libro, porque por fin estamos en condiciones de responder a las incógnitas de siempre:

¿Cómo fue que le tomaron esa foto sipralla al Duende Mayor?

¿Será posible escuchar el eco lejado del idioma muchik?

¿Y ver a los fantasmas de los choctamallques danzando como descosidos delante del indio Catequil?

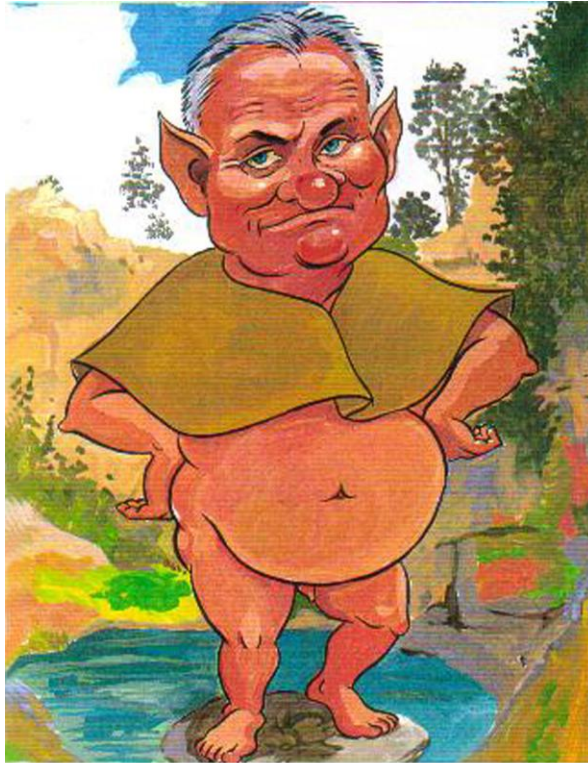
¿Y despertar a los chilchos para que nos muestren su tesoro escondido en la Chocta?

¿Y que la bella Feliciano nos revele su secreto de amor?

¿Y que los portugueses nos honren con su espectáculo de “strip-tease” cultural?

¿Será posible verles a todos ellos juntos en la entrada del Carnaval?

3 EL DUENDE MAYOR



El Duende Mayor

El 17 de marzo del 2005 hubo un diluvio en Celendín, y la campiña volvió a convertirse en un extenso lago, como era al principio. De nada sirvieron los drenajes del Río Chico y del Río Grande, y menos el Tragadero, ahora sellado a causa de los derrumbes en el corazón del cerro Jelij.

El nivel del agua llegó casi hasta nuestra calle, José Gálvez, donde se encuentran los predios que antaño pertenecieran al Capitán.

Muchas casas se vinieron abajo, y el Coliseo Monumental fue convertido en albergue de emergencia y de primeros auxilios. Entre los damnificados había muchos niños.

En Lima pararon la oreja los Mulloshingos, periodistas del diario “Ajo”, como cuando fueron designados para investigar el Síndrome de Harry Potter y las evocaciones del espíritu del Capitán. Es que de por medio había algo que excedía el ámbito de la meteorología: Con el diluvio reaparecieron los duendes del antiguo lago de Chilindrín¹⁶⁴ y volvieron a escucharse las historias del Catequil, el Tlaloc andino, relacionadas con la fenomenología de la lluvia y de las aguas subterráneas.

Contaba mi padre que cuando los portugueses y los chilchos disecaron el lago de Celendín, el nivel de las aguas se redujo primero a la línea de lo que ahora es nuestra calle, José Gálvez. Entonces fueron testigos de un extraño fenómeno en el área donde ahora está la fuente de la Plaza de Armas: Algunas noches de Luna veían algo como fuego al ras de la pampa, en un radio de unos veinte metros o más. Eran llamaradas azulescasas y rojizas entre chispas doradas que saltaban y se movían velozmente en círculo.

Los portugueses y los chilchos nunca osaron constatar el fenómeno en el acto, y cuando lo hacían temprano en la mañana siguiente, no había allí ningún vestigio de chamuscado.

Los chilchos dijeron:

—¡Dejuro¹⁶⁵ que son los duendes! ¿Qué otra cosa más podría serrer? Como les hemos secau su lago. . .

* * *

Los portugueses se inquietaron mucho:

—¿Y qué podemos hacer ahora? No podemos abandonar los trabajos de drenaje. Dejarlos inconclusos sería un grave error de cálculo.

Los chilchos aconsejaron:

—Hagamos una laguna en el lugar donde aparecen las llamaradas, y jamás permitamos que se seque o le falte agua. Así se apaciguarán, cuando vean que nos hemos percatado de su existencia y de su realidad.

Por eso, en el centro del pampón destinado a ser la Plaza de Armas antiguamente había una laguna cercada de piedras y pencas. La misma era nutrida con agua de la lluvia y la que bajaba por una acequia desde las faldas del cerro San Isidro.

En algunos dibujos antiguos puede verse esa laguna donde retozaban los patos de los vecinos. Y cuentan que cuando inauguraron en el mismo sitio la fuente de aguas saltarinas en 1941, se manifestó de nuevo el Duende Mayor.

* * *

De estas cosas se habían enterado los hermanos Mulloshingos, afamados periodistas de origen shilico que antes habían venido a Celendín para investigar el así llamado “Síndrome de Harry Potter”, respecto del cual tanto éxito tuvieron sus reportes en el diario “Ajo”. Concretamente, ellos vinieron para investigar el fenómeno fotoeléctrico de los duendes. Habían oído mucho hablar del Duende Mayor —que no hay que confundirlo gratuitamente con el Papá Pitufu— y de las Mellizas de la Tranca, que bien podrían estar vivas aún. Ellos tenían la intención de conmocionar al mundo con sus reportes en la sección dominical.

Llegaron a Celendín cargando sus videocámaras que si bien no podrían captar la imagen de los duendes, por lo menos nos honrarían con la imagen centenaria de las Mellizas de la Tranca. Pero, como veremos, sus videocámaras no les sirvieron más que de estorbo.

Lo que sí les sirvió de mucho fue su información codificada en su laptop acerca de los duendes de Colpacucho en los primeros momentos de la villa, cuando se empezó a trazar su plano en la parte disecada del lago Celendín.

* * *

Llegando y dando, los Mulloshingos acudieron a consultar al Sabio Arquímedes, quien les dijo con extrema humildad:

—Todo lo que yo sé, taititos, se lo debo a Doña Doris Cachay. . . Yo, personalmente, nunca he visto un solo duende en toda mi perra vida.

Ellos le dijeron:

—¡Vayamos a entrevistarla!

—Eso no se va a poder, taititos. Ella es muy anciana y sus tataranietos no dejan que nadie se acerque a ella. Además, está sorda. Pero lo que ella sabía era nada en comparación de lo que sabía su melliza, que honestamente, no me acuerdo cómo se llamaba.

—¡Las famosas Mellizas de la Tranca!

—Así squé las llamaban.

* * *

El sabio les informa que antiguamente, cuando se hizo la distribución de las tierras en la villa y en la campiña, hubo varios españoles que no fueron tomados en cuenta. Hubo necesidad de asignarles un área marginal en las faldas del cerro Jelij en la cual nadie en particular pudiese reclamar derechos. En otras palabras, se demarcó un área para potrero. Y para que sus animales no hicieran daño en las parcelas vecinas con dueño, se le puso una cerca y una tranca. De allí deriva su nombre de “La Tranca”, como antiguamente se llamaba al caserío de Santa Rosa.

A esos pobres la comuna les asignó el cuidado de “la tranca”, y a una persona en particular que ocupaba una cabaña destartalada. Pero nadie permaneció allí tanto tiempo como el abuelito de las Mellizas, quizás a causa del don carismático de ellas para dar con animales robados, o extraviados, o desbarrancados.

—Incluso se hablaba que podían detectar robos en la villa. . .

—Las niñas fueron demasiado lejos al presagiar quién diablos se iba a morir.

—Pero más fama les dio su habilidad de ver a los duendes, y las cosas que de ello pudieron derivar.

* * *

Ellas contaron a sus abuelitos que los habían visto de tal o tal manera. Pero por más que ellos se afanaban por verlos, nunca los pudieron ver.

Cuando los duendes se materializaban, y la mirada de los abuelitos se dirigía hacia ellos a indicación de las niñas, de repente el duende ya no era más que una carca reseca, o un ojo de la madera, o un pedazo de adobe, o una raja de leña, o una rendija en la puerta o un abra en la pared.

—¿Y cómo es que ellas sí los veían?

—Los duendes sacan primero sus ojos a la realidad visible, y después hacen visible la totalidad de su imagen. Se requiere, pues, de una intuición extraordinaria para mirar exactamente el punto donde aparecerán sus ojos. Si ellos se logran materializar en tu presencia, esquivando ser vistos al comienzo, se apoderan de tu voluntad y pueden manipularte a su antojo. Pero si tú los miras en el punto donde ellos se harán visibles, tienes poder sobre ellos. Las cosas ocurren en fracciones de segundo.

—¿En qué sentido se tendría poder sobre ellos?

—Para hacer durar su visibilidad y obligarlos a hacer ciertas cositas, como mover objetos livianos como fósforos, anillos, aretes, cartas, etc. Eso hacen con poder kinético mental.

—¿Y pueden causar daño?

—Ellos sólo tienen necesidad de hacernos saber que existen. Y si alguien se ha muerto al verles, no ha sido por causa directa, sino por haber dado un traspie.

* * *

Los Mulloshingos le preguntan al Sabio Arquímedes:

—Usted debe haber escuchado también de los duendes de Colpacucho. . .¹⁶⁶

—¡Dejuro! Los portugueses decían que llevaban chullo y un ponchito corto como de los chilchos que habitaban estas tierras. Sólo después se hicieron visibles como zarcos, rechonchos y chaposos. Pero hubo una fase de transición cuando aparecían como gringuitos, pero con su característico ponchito chilcho color caca. Aunque creo que todo es nada más que ilusión óptica. . .

—¿Por qué?

—Porque los duendes se hacen visibles a la manera de un holograma. . .

—¿Y en cuanto al agua? ¿Por qué se los asocia con el antiguo lago de Celendín? ¿Por qué siempre se aparecen junto a un río, o un manantial, o una batea, o cuando llueve? Dicen que en la poza del Dungul y en la quebrada de Iteguagana pululan los duendes, y que la boca del Tragadero es hervidero de duendes y antesala del infierno. . .

—Quizás se deba a que el agua lleva a tierra la descarga eléctrica que generan al hacerse visibles.

—¿Y hablan?

—Sí y no. Ellos se comunican telepáticamente; por eso algunos creen haberlos oído hablar.

—¿Y tienen sexo?

—Aunque los veas calatos y con el pishgo al aire, son totalmente inofensivos. En realidad, no sabemos cómo se reproducen porque eternos no son.

—¿Acaso se mueren?

—Tampoco se puede decir que se mueren. Quizás sea más apropiado decir que se acaban; como cuando se acaba una pila o un foco eléctrico.

* * *

El Sabio Arquímedes le dice al Paco Mulloshingo que si alguna vez se le ocurre traicionar a su mujer con la mujer de su prójimo, podría ocurrir que en el lugar secreto del amor hurtado, los esté mirando un duende maldiciáu. El mismo podría hacer algo para que tu traición se descubra, cuando tú creías que tu coartada era perfecta.

Podría ser que ellos no estuvieran por allí; después de todo, no están en todas partes. Pero cuando por alguna razón se le prenden a alguien, lo siguen a lugares muy distantes y de ciudad en ciudad. Por eso se dice que se te pegan.

También ocurre que se inmiscuyen en la escena de un crimen, sea robo o asesinato. Ellos podrían ser los invisibles testigos oculares de un crimen. Pero pierden su tiempo los que intentan involucrarlos en investigaciones criminalísticas.

—Pero, ¿qué cosa son los duendes en sí?

—Al respecto, quizás les sería más provechoso el testimonio del Doctor Nelo, considerado con justicia el más grande duendólogo que jamás haya existido en Celendín.

* * *

Los Mulloshingos fueron a entrevistar al Doctor Nelo, quien les dijo:

—Los duendes pertenecen a la categoría de los “seres etéreos”. Aunque son de diversos tipos, el común denominador posee una mente parecida a la mente humana. Sin embargo, son muy inferiores, tanto que son ellos los que nos tienen miedo a nosotros. Somos conscientes de su existencia debido a un fuerte esfuerzo mental que despliegan para hacerse visibles en nuestra semejanza.

—¿Cómo sabe esto?

—En un libro de los Rosacruces se los cataloga como “seres intermedios”, porque son inferiores a los humanos, aunque superiores a los animales, que también tienen una mente semejante a la mente humana, por lo que pueden vernos y comunicarse con nosotros mediante sus miradas, e incluso telepáticamente.

Le preguntan:

—¿Y qué sabe usted del Duende Mayor?

—Creo que es nada más que un estereotipo, una imagen o idea adoptada por la gente. Podría tratarse de cualquier duende cuando se hace visible en las inmediaciones de la fuente de aguas saltarinas de la Plaza de Armas.

Pero fue honesto al decirles:

—Personalmente, nunca he visto un solo duende, aunque doy fe de su realidad. Pero no regresen a Lima sin entrevistarse con el Conde De San Isidro; dicen que él sabe bastante sobre estos fenómenos.

* * *

Los Mulloshingos vuelven al Sabio Arquímedes y le dicen:

—¿Se llegan los duendes a enamorar de un niño o de una niña, de quienes se dice que “los ha querido el duende?”

El Sabio observa:

—Eso no ocurre, pues carecen de afectos. Pero cierto tipo de duendes llamados *Poltergeists* o espíritus traviesos o quemasangres pueden aparecerse con frecuencia ante un humano en particular ocasionándole zozobra y debilidad física. Los que los ven se deshidratan y se ponen cursientos. No es bueno ver duendes seguido.

—¿Y en cuanto a los remedios que se recetan para detener la cursulera, supuestamente ocasionada por los duendes?

—Son de los más ridículos; cuando todo se puede solucionar proyectando un mensaje mental ordenándoles que dejen de joder.

—¿Y cuáles pué son esos ridículos remedios?

—Los tres olores “jediondos” son el ají quemado, el cuerno de buey rallado y quemado y la caga humana. Hay los que aconsejan cagarse en el sitio donde el duende suele hacerse visible. Pero eso no ayuda en absoluto, porque generalmente cuando uno se caga también se mea, y la orina es básicamente H²O, que más bien ayuda a que el duende se aparezca.

—¿Acaso tienen sentido del olfato si ellos son seres etéreos?

—Te equivocas, mestizo. El olfato, como la vista, es una facultad mental; de modo que, así como se dice que ven, también huelen.

* * *

Por fin, los Mulloshingos se animan a plantearle al Sabio Arquímedes la pregunta del millón de dólares:

—¿Por qué saben los duendes dónde se encuentran los entierros y tesoros?

—Porque vieron dónde se los enterró. Así de simple.

—¿Y es verdad que ellos deciden a quién darlos?

—Sí y no.

—¿Cómo así?

—Ellos no los pueden tocar o mover, pero sí pueden indicar su presencia produciendo ruidos o destellos en el piso o en la pared. Hay casos en que se comunican con los humanos en sueños.

Esta respuesta inquietó a los Mulloshingos. ¿Acaso tienen poder para meterse en nuestros sueños y pesadillas? Este supuesto fenómeno inspiró la serie cinematográfica de terror de Freddy Krueger, el “Manos de Tijera”.

El Sabio explica:

—Las cosas no son como parecen. Ellos no pueden entrometerse en nuestros sueños. Lo que pueden es sugerir a nuestro subconsciente que soñemos algo. Es algo como el hipnotismo.

* * *

Los Mulloshingos se quedaron en Celendín unos días más, esperando tener alguna experiencia religiosa con duendes y filmar algunos hechos relacionados con esta fenomenología. Y en una visita final al Sabio Arquímedes éste les dice:

—¿No han intentado pasar una noche de vigilia junto a la fuente en la Plaza de Armas, para ver si logran ver al Duende Mayor?

—NO.

—¿Por qué no, taititos?

Le dicen:

—Porque nosotros no creemos en duendes.

Se dan cuenta de haber metido la pata y recalcan en vano:

—Pero nos interesa mucho reportar sobre estos fenómenos socioculturales.

El Sabio les dice:

—¡Qué lástima! Porque si creyeran en los duendes, a lo mejor habrían tenido la suerte de encontrar algún entierro, o acaso el Diario del Capitán, o por lo menos hubieran tenido la suerte de fotografiar sipralla al Duende Mayor.

En eso, la Mirtha Mulloshingo le tomó una foto para el recuerdo, en la cual no apareció él, sino nada más ni nada menos que. . . ¡el Duende Mayor, sipralla, con su ponchito corto color caca, a la usanza de los antiguos chilchos de Colpacucho y de Poyunte, y pishgo al aire!

Esta foto les llenó de chalayes.¹⁶⁸

Esta historia deriva del testimonio del Profesor Arquímedes Chávez Sánchez, bisnieto del Capitán, poco después del diluvio del 17 de marzo del 2005 que hizo aflorar del subconsciente colectivo historias de duendes que como antaño y con todo derecho reclaman sus fueros en este misterioso lugar.

4
**LOS FANTASMAS
 DE LOS CHOCTAMALLQUES**

Como decíamos, el 17 de marzo del 2005 llovió copiosamente en la ciudad de Celendín, y se inundaron la Pampa Grande y la Pampa Chica, alcanzando el agua hasta la calle José Gálvez donde se encuentran los predios que otrora pertenecieron a la familia del Capitán.

La tragedia movió la ayuda de dentro y fuera del país, pues muchas casas se cayeron y familias enteras quedaron sin techo y sin protección.

Tal fenómeno hizo que la gente se parara en las esquinas para comentar con pánico cómo habría sido antaño el lago de Chilindrín, antes de ser gradualmente drenado hasta ser convertido en la planificada ciudad y su campiña, y cómo se harían visibles en las inmediaciones los fantasmas de los choctamallques y los duendes de Chilindrín para ver lo que hacían los recién llegados.

Don Delesmiro Machuca, esposo de mi hermana, la Mama Lila, comenta:

—Así fue como del fondo del lago surgió esta hermosa ciudad y su verde campiña. Los chilchos, los portugueses y los españoles se unieron para hacer este sueño realidad. El Doctor Nelo cree que a ellos se debe añadir los colonos de origen chimú, procedentes de las regiones yungas de Lambayeque.

—¿Y qué de los choctamallques? —pregunta su hija Daniela—. ¿Acaso no están ellos aquí? ¿Acaso no nos acompañan sus fantasmas?

* * *

El poeta Pedro García, “El Búho” ha bautizado como “choctamallques” a los caxamarcas de la región de Celendín por haber tenido su centro administrativo en la acrópolis de la Chocta. Y aunque eran del mismo tronco étnico de los caxamarcas, formaban una etnia aparte y muy aguerrida, como lo demuestra el hecho de que ellos evacuaron su territorio sólo tras su confrontación con los Incas, y se replegaron a la región de los Chachapuyas con la esperanza de volver.

Los fantasmas de los choctamallques hasta el día de hoy deambulan por Suro, por Poyunte, por Pallac y por los alrededores de lo que fue el lago de Chilindrín. La evidencia indica que los que no lograron cruzar el río Marañón murieron en sangrientos enfrentamientos con las tropas de los Incas.

—¿Murieron todos? ¿No habrán quedado algunos para muestra?

—Quedaron pocos de ellos dispersos en las estancias, razón por la cual los Incas optaron por llenar el vacío territorial con mitimaes chilchos. Ellos tomaron control de La Chocta y construyeron la fortaleza inca cuyos restos no dejan de asombrarnos.

* * *

Pero los choctamallques nos han dejado el testimonio de su cultura material. De ellos quedan vestigios como las chulpas de La Chocta y las toponimias quechuas que son harto preferidas a las innovaciones de Don Nazario Chávez Aliaga.

—Estoy de acuerdo. Es más lindo Huauco que Sucre; o Huacapampa que José Gálvez.

En algunos lugares la presencia de los choctamallques es sentida con mayor vibración e intensidad, sobre todo por los que son sus descendientes directos; esto ocurre en Machupicchu o en Teotihuacán. Pero, ¿será posible que la presencia de una población que sucumbió o evacuó un territorio tras una sangrienta confrontación pueda ser sentida por quienes no tienen vínculos de continuidad étnica? ¿Acaso la geografía desnuda puede hablar y referir lo que ocurrió en su seno? ¿Acaso los fantasmas de ejércitos completos suben de la tierra en los remotos campos de batalla para escenificar la contienda que cegó sus vidas y sus sueños?

Algunas personas tienen la capacidad de otear el aire, la tierra y el agua, y detectar lo que ocurrió en ellos en el remoto pasado a multitudes de seres humanos. Son especie de cazafantasmas con poderes anímicos más allá de las limitaciones humanas. De esos es Don Alfonso Peláez Bazán, que del escenario pantanoso y desolado de la laguna de Mishacocha fue capaz de extraer una leyenda.

* * *

He aquí un resumen de su leyenda respecto de Sinchi Huaquishahua:

El Inca Pachatutec acababa de dominar las tribus de los caxamarcas y se disponía a marchar sobre los dominios de Sinchi Huaquishahua, caudillo de los choctamallques, los antiguos habitantes de Celendín.

Este convocó a sus súbditos para ofrecer resistencia, y el Inca no pudo ocultar su sorpresa al encontrarse frente a un aguerrido ejército acampado a lo largo de la laguna de Mishacocha.

El Inca y Sinchi Huaquishahua negociaron por medio de sus lugartenientes.

El Inca propuso la rendición, y Sinchi Huaquishahua declaró su firme decisión de resistir.

Tras el tira y jale y el teje y maneje de las negociaciones, se opta por un combate entre paladines, para decidir la victoria sin derramamiento de sangre. Los designados fueron Haco Pillco por el Inca, y Acta Huaraco por Sinchi Huaquishahua.

* * *

Antes del combate proceden las arengas de los lugartenientes reales para alentar a los paladines. Y tras un encarnizado combate quedaron destrozadas las mazas, pero ninguno de los hombres presentaba la menor lastimadura. Así se sucedieron varios rounds, cada vez con armas renovadas.

A poco de haber empezado el último round, Haco Pillco se detiene y mira fijamente a los ojos de Acta Huaraco, el paladín choctamallque, y le pregunta: “Nuestros hombres

son hermanos. . . ¿Para qué entonces manchar los campos dorados de nuestro padre el Sol?”

Y Sinchi Huaquishahua le respondió: “Desde arriba nos sonríe nuestro padre el Sol. Arrojemos las lanzas al centro de la laguna, ¡y que nuestros hombres canten y beban alrededor de ella!”

* * *

Unidos como un solo pueblo los hombres del Inca y los de Sinchi Huaquishahua bebieron y cantaron alrededor de la gran laguna de Mishacocha, y empezó de este modo una aparente alianza militar. Pero en ese mismo tiempo había nacido un gran idilio entre Sinchi Huaquishahua y la bella Coyllur, hija predilecta del lugarteniente del Inca, a quien el Inca amaba en secreto y planeaba desposar.

Sinchi Huaquishahua convenció a Coyllur a huir con él al otro lado del Río de Oro (el Marañón), al oriente de la tierra de los choctamallques, diciéndole que en estas tierras está la cuna de su padre Sol y de su madre Luna. Y en el momento oportuno huyeron los amantes, seguidos por los cinco mil hombres del ejército choctamallque.

El Inca persiguió a las huestes de Sinchi Huaquishahua hasta el Río de Oro, pero decidió no proseguir adelante por cuanto aquello interfería en otros planes inmediatos de conquista.

Por su lado, Sinchi Huaquishahua sometía fácilmente a las tribus de los valles de los chachapoyas.

* * *

Esta leyenda escribió Peláez Bazán para explicar qué pudo haber pasado con la población choctamallque de Celendín que a la llegada de los españoles había casi desaparecido de este escenario geográfico.

Tan hábilmente es presentada la trama que quien no sabe de literatura creería que él la rescató de la tradición oral. Las lagunas de Mishacocha le entregaron la leyenda. Al contemplar su extensión pantanosa obtuvo la evidencia de que los choctamallques sí prestaron resistencia a las huestes del Inca.

—¿Cómo es que sí prestaron resistencia si se dice que evacuaron este territorio y huyeron a las tierras de los chachapoyas?

—Casualmente, en esto consiste la evidencia: En que evacuaron. Ellos prestaron resistencia, como concluye Peláez Bazán, y su huida tiene todos los visos de una retirada militar. Eso sólo pudo haber ocurrido después de una encarnizada confrontación y medición de fuerzas. Si no hubieran prestado resistencia, estarían aquí hasta el día de hoy.

5 SINCHI HUAQUISHAHUA

Cuando recorremos diversas regiones de América ricas en legado arqueológico, los actuales habitantes se refieren a aquellos que les antecedieron y dejaron fastuosos monumentos ahora en ruinas, como “los infieles” o “los gentiles”. Estas palabras carecen de su sobrecarga religiosa original, a diferencia de su uso por los musulmanes o por los judíos. Más bien, la sobrecarga es de misterio y de miedo, y con respecto a las ruinas sienten que es territorio de acceso vedado cuyos dueños ancestrales pertenecen a otro mundo, y acaso deambulan en sus predios hasta hoy.

En algunos lugares la presencia de los gentiles es sentida con mayor vibración e intensidad, sobre todo por quienes son sus descendientes. Esto ocurre, te dirán, en Macchupicchu y en Teotihuacán.

* * *

¿Será posible que la presencia de una población que sucumbió o evacuó un territorio pueda ser sentida hoy?

¿Acaso la desnuda geografía puede dar testimonio de lo que ocurrió en su seno?

¿Acaso los fantasmas de ejércitos completos suben de la tierra en los remotos y solitarios campos de batalla para escenificar la contienda que segó sus vidas y sus sueños?

Algunos tienen la capacidad de otear el aire, la tierra y el agua, y detectar lo que en ellos ocurrió a multitudes de seres humanos en el remoto pasado. Son cazafantasmas con poderes anímicos más allá de las limitaciones de todos los seres humanos. Uno de ellos es Don Alfonso Peláez Bazán que del escenario desolado de la laguna de Mishacocha fue capaz de extraer una leyenda.

* * *

Acerca de este hombre y su leyenda quise hablar con la persona más versada en misterios, el Amauta Orestes de Tavera y Quevedo. El mostraba una extraña capacidad de discernir los espíritus de los chilchos cuando suben de la tierra apelmazada de Pallaj, o de la Chocta, e incluso cuando suben de Colpacucho y bajan por bajada del Cumbe.

Me armé de valor y visité al Amauta en su residencia de El Calero, sin imaginar que el diálogo cobrara vida hacia ultratumba.

Aunque tan gentil, el Amauta no era descendiente de esos gentiles. Era alto, blanco, colorado, y sus ojos verdes claros le daban el aire señorial de Clark Gable y la sonrisa picarona de Guillermo Francella —el de “Poné a Francella”).

Al principio nuestra conversación giró alrededor de Don Alfonso Peláez Bazán, que hacía poco había fallecido. El escribió esas historias inspiradoras de “la Espina de Marán” y “Cuando recién se hace santo”. Pero “Sinchi Huaquishahua” ha ocasionado más revuelo porque su mensaje simbólico va más allá de su exuberante narrativa.

* * *

Se trata de una leyenda escrita para explicar qué pudo haber pasado con el grueso de la población indígena aborigen de Celendín que a la llegada de los españoles era tan escasa como la de los chilchos, ellos mismos advenedizos.

Los hechos son ubicados en los tiempos del Inca Pachacútec, aunque las investigaciones de María Rostworoski de Diez Canseco apuntan, más bien, a los tiempos del Inca Túpac Yupanqui.

Sin pecar de creernos específicos, digamos que ocurrieron con las últimas conquistas territoriales de los Incas en los Andes centrales y nor-orientales del Perú.

* * *

—He aquí un resumen de la leyenda de Peláez Bazán. . .

—Pero, ¿acaso es realmente una leyenda?

El Inca Pachacútec acababa de dominar a las tribus de los Caxamallcas y se disponía a marchar sobre los dominios de Sinchi Huaquishahua, caudillo de los Choctamallques, los antiguos habitantes de Celendín.

Este convocó a sus súbditos para ofrecer resistencia, y el Inca no pudo ocultar su sorpresa al encontrarse frente a un aguerrido ejército acampado a lo largo de la laguna de Mishacocha.

El Inca y Sinchi Huaquishahua negociaron la paz por medio de sus lugartenientes. El Inca propuso la rendición, y Sinchi Huaquishahua declaró su firme decisión de resistir.

Tras el tira y jale y el teje y maneje de las negociaciones, optan por un combate entre paladines para decidir la victoria sin derramamiento de sangre. Los designados fueron Haco Pillco por el Inca y Acta Huaraco por Sinchi Huaquishahua.

* * *

Antes del combate proceden las arengas de los lugartenientes reales para alentar a los paladines. Y tras un encarnizado combate quedaron destrozadas las mazas, pero ninguno de los hombres presentaba la menor lastimadura.

Así se sucedieron varios rounds, cada vez con armas renovadas.

Y a poco de haber empezado el último round, Haco Pillco se detiene y mira fijamente a los ojos de Acta Huaraco, y le pregunta:

—Dime, ¿quién es tu padre y quién es tu madre?

Y él respondió al instante:

—El Sol es mi padre, y la Luna es mi madre.

El Inca se enteró de su respuesta, y habló con Sinchi Huaquishahua:

—Nuestros hombres son hermanos. . . ¿Para qué entonces manchar los campos dorados de nuestro padre el Sol?

Y Sinchi Huaquishahua le respondió:

—Desde arriba nos sonrío nuestro padre el Sol. Arrojemos las lanzas al centro de la laguna. . . ¡y que nuestros hombres canten y beban alrededor de ella!

* * *

Unidos como un solo pueblo los hombres del Inca y los de Sinchi Huaquishahua bebieron y cantaron alrededor de la laguna, y de este modo empezó una aparente alianza militar. Pero simultáneamente había nacido un gran idilio entre Sinchi Huaquishahua y la bella Coyllur, hija predilecta del lugarteniente del Inca, a quien el Inca amaba en secreto y planeaba desposar.

Sinchi Huaquishahua convenció a Coyllur a huir con él al otro lado del Río de Oro, el Marañón, al oriente de la tierra de los Choctamallques. Le dijo que en esas tierras está la cuna de su padre el Sol y de su madre la Luna.

En el momento oportuno huyeron los amantes seguidos por los cinco mil hombres del ejército choctamallque.

El Inca los persiguió hasta el Río de Oro, pero desistió por cuanto aquello interfería en otras conquistas. Por su lado, Sinchi Huaquishahua sometía fácilmente a los Chachapoyas.

* * *

Tan hábilmente es presentada la trama, que poco después de la partida de Peláez Bazán fui asediado en una tertulia, y tuve que actuar un tanto a la defensiva. A quienes creían que realmente la leyenda brotó de la tierra, mi explicación les parecía irreverente y herética. A otros les parecía crítica envidiosa y malintencionada.

Respondí:

—Efectivamente, hago crítica, pero no de una persona, sino de una obra. Lo que hago se llama “crítica literaria”. Si ustedes hubieran planteado el tema al Dr. Luis Alberto Sánchez, el más grande crítico literario del Perú, él les habría respondido como yo.

Les dije que se trataba de una leyenda elaborada a base de evidencias que el autor levanta de la muda geografía, y que la cuota de tradición oral era mínima.

—Pero, ¿qué evidencias pudo haber levantado del escenario de la laguna de Mishacocha?

Respondí:

—Las evidencias indican de que los Choctamallques sí prestaron resistencia al Inca, como lo atestigua la tradición oral.

Me dicen:

—¿Cómo que prestaron resistencia si evacuaron sus tierras y huyeron a los Chachapoyas?

Respondí:

—Casualmente, en eso reside la evidencia: En que evacuaron. Si no hubieran prestado resistencia estarían aquí. Lo que hicieron tiene los visos de una retirada militar, lo cual sólo pudo haber ocurrido después de una medición de fuerzas.

* * *

—¿Qué de los nombres de sus personajes?

—Son artificios literarios. El nombre de Sinchi Huaquishahua, por testimonio del propio Peláez Bazán significa “guerreo de ojos llorosos”; *huaqui* significa “llorar”. Pero las cosas no son así de simples, porque la inesperada perícopa final acerca de Coyllur, es indicio de que los Choctamallques se preocuparon por evacuar primero a sus mujeres, a sus niños, a sus viejos, ¿acaso con el propósito de volver a la contienda una vez que su gente estuviese a salvo?

—¿Y qué de los diálogos en quechua?

—Son artificios literarios. En realidad, Peláez Bazán no tradujo del quechua al español, sino al revés, del español al quechua. Se trata de dar a la leyenda un ropaje literario. En esto se parece a Mario Vargas Llosa en su novela, *Pantaleón y las visitadoras*. Cuando yo era muchacho leí esta novela, y quedé convencido de que era auténtica la correspondencia de los militares del destacamento para conseguir prostitutas para ellos y para sus subalternos. ¡Si hasta tenían fecha! De buenas a primeras, no vi en el libro una novela, sino un archivo oficial, porque el autor tuvo éxito en introducirme a una realidad contingente.

—¿Y qué de la trama?

—Como diría Claude Lévi-Strauss, contiene elementos estructurales de otras leyendas, supuestamente quechuas.

—¿What?

—Peláez Bazán concluye que los Choctamallques no pudieron resistir al Inca, pero hicieron posible que el Inca lograra una victoria pírrica, conquistando un reino sin súbditos y perdiendo su amor, trátase de Coyllur o de su Ego.

* * *

En aquella tertulia shilica los presentes llegaron a apreciar aún más el genio del escritor, y decían:

—¿Qué tal Don Alfonsito! ¡Ese si que nos fumó!

De esa tertulia se enteró el gran Amauta en El Calero. Por entonces él se encontraba con la salud quebrantada, y brillaba por su ausencia en el antro taurino. Por eso estaba muy ansioso de que le visitara para que, tomados de las manos, penetrásemos juntos al misterio de la historiografía.

A continuación doy un recuento de nuestro diálogo sagrado.

El Amauta comenta a su manera, empezando por el final:

—De todo esto aflora que la posterior conquista de los Chachapoyas por los Incas sólo era asunto de agenda, y cuando ocurrió los Choctamallque ya se habían asimilado a los Chachapoyas. ¿Algo más aflora de la leyenda de Peláez Bazán?

—Sí. Aflora que los poderosos Choctamallques del Período Pre-Incaico habían sido reducidos a un puñado de valientes que antes de morir en manos del Inca prefirieron replegarse al oriente llevando a sus familias a una tierra de promisión donde nacen el Sol y la Luna.

—¿Volverían algunos de ellos?

—Eso nunca se sabrá. Lo único que sabemos es que el Inca encargó la administración de este territorio a sus mitimaes Chilchos. Con ellos tenemos más que ver que con los pocos Choctamallques que sin duda se quedaron.

6

LOS CHILCHOS DE CELENDIN

Más revuelo que la misma leyenda “Sinchi Huaquishahua” de Peláez Bazán tuvo su prólogo que nos conduce a otro nivel de la exploración del alma shilica, lo cual originó otra tertulia, a cual más encarnizada, que tuvo lugar en la residencia del Amauta Orestes de Tavera y Quevedo en El Calero.

Esto es lo que Peláez Bazán escribe en el prólogo de su leyenda:

Dentro del panorama demográfico racial del Perú, la provincia de Celendín presenta un caso excepcional, único tal vez en toda su extensión, y a despecho de todo: No existe un solo indio. . .

El primer momento del mestizaje en el Perú está representado por la mezcla de blanco con indio. Esto no ocurrió en estas tierras de Choctamallque, hoy provincia de Celendín. Aquí el mestizaje se da con la unión del blanco con el mestizo llegado de los pueblos vecinos (Cajamarca, La Libertad, Amazonas) en las postrimerías del Virreinato. Esto significa, en buena cuenta que el celendino tiene sangre india en proporción de uno a cuatro. Pero sangre india, igual que la blanca, venida de otras partes.

Y el caso resulta aún más sorprendente y confuso cuando se constata que estas tierras formaron una zona densamente poblada por indígenas. Así lo demuestran los numerosos restos arqueológicos, notables algunos de ellos, como los de Oxamarca. . .

Inevitablemente surge esta pregunta: ¿Qué pasó, entonces, en estas tierras? Porque necesariamente tuvo que pasar algo o mucho. . .

De todos modos, lo evidente es que los hombres blancos —españoles y portugueses— que llegaron a Choctamallque por el luminoso Oriente, por cierto en circunstancias muy distintas de las que acompañaron a los conquistadores, no encontraron, literalmente, un solo indio. . .

Surge así Celendín con sus características propias e inconfundibles, con sus grandes virtudes y su drama sin término. Es un drama que inexorablemente le señaló la historia: Salir, alejarse siempre. Y esto se cumple como un sino fatal: Todo celendino, cada día, deja su terruño. Nadie como él tiene tanta facilidad para romper los lazos que lo unen a la tierra. . .

Pero en todo eso hay una causa histórico-biológica. El poblador celendino no cuenta en su ser con ese poderoso elemento telúrico y ancestral que mantiene atado al hombre a su suelo. Más bien, parece que lo mueve una especie de nostalgia, la búsqueda de sus raíces que la historia le negó tenerlas allí donde nació.

* * *

Para la mayoría de nuestra gente, las premisas de Peláez Bazán tienen status canónico. Por eso, cuando en la tertulia yo hablé con un grupo de amautas shilicos acerca del factor aborígen del alma shilica, representado de manera documentada por los mitimaes Chilchos, alguien dijo estas palabras:

—¿De cuándo acá tenemos ancestro indígena?

Le dije:

—El que no tiene de inga, tiene de mandinga. Esa es la ley de la pinga.

Otro dijo:

—¿Acaso no fue Celendín en sus orígenes un enclave étnico español?

Le dije:

—Peláez Bazán no te apoya. El dice: “Lo evidente es que hombres blancos —españoles y portugueses— que llegaron a Choctamallque por el luminoso Oriente.” No te olvides de los portugueses, porque a lo mejor tú eres uno de ellos. . .

* * *

Peláez Bazán no avala necesariamente estas posturas. Lo que él escribe en su prólogo de Sinchi Huaquishahua en 1962 hubiera sido revisado por él mismo si hubiera tenido la información respecto de la presencia aquí de mitimaes provenientes del Valle de los Chilchos. La evidencia de que ellos estaban aquí cuando llegaron los españoles no era conocida antes de 1967 cuando Waldemar Espinoza Soriano publicó el informe de la Visita de Cristóbal de Barrientos a Cajamarca en 1540 que menciona a los Chilchos en Celendín. Y la información complementaria provista por el Dr. Peter T. Lerche sobre el Valle de los Chilchos de donde ellos vinieron, recién fue dada a conocer en 1989. A esto se suman los documentos que rescató la Sra. Consuelo Lescano Merino de Rodríguez, y que fueron publicados en su obra, *El adviento de Celendín*, en el 2012.

Peláez Bazán tendría razón al decir que en este territorio no quedó ningún indio, es decir, de los Choctamallques, pero esto mismo podría ser relativo porque cuando se evacúa un territorio siempre quedan los considerados pobres e insignificantes. Y en cuanto a los Chilchos, eran muy pocos como para ser apreciados en un gráfico estadístico.

* * *

El Amauta Orestes de Tavera y Quevedo, que convive con los fantasmas de los Chilchos, conoce los hechos. Por eso me pareció prudente poner fin a esta conversación diciendo:

—De los Chilchos se podría decir lo que dijo César Vallejo de los golpes que nos manda la muerte: “Son pocos, pero son.” Sus fantasmas rondan en nuestras viviendas y sus almas viven en nuestros cuerpos.

El Amauta dice:

—Lo que concierne a los Chilchos está documentado. Además, antiguamente todavía se les llamaba “Chilchos” a los moradores de Pallaj. ¿Podríamos entonces suponer que las fortificaciones incaicas de la acrópolis de La Chocta estuvieron a cargo de ellos?

Respondo:

—Y a lo mejor las construyeron ellos mismos, puesto que eran ingenieros militares.

* * *

El Amauta señala:

—También me convence tu hipótesis de que el gentilicio “shilico” deriva del término “chilcho”, y no de los “shilshiles” de las danzas de Corpus Christi, como opina el Manongo. Pero dime, ¿por dónde vinieron los Chilchos a Celendín?

Respondo:

—Me parece que habrían venido por la ruta de Leymebamba. Su origen en el Valle de los Chilchos, en el departamento de San Martín, explica el persistente enfoque del interés de los celendinos hacia la región oriental que se extiende hasta Rioja, Moyobamba y Tarapoto. Su venida a Celendín es una pauta para saber cómo y cuando puede haberse originado su industria de la paja toquilla derivada de las palmeras de bombonaje. Los Chilchos están detrás de la artesanía tradicional de Celendín.

El Amauta comenta:

—Los Chilchos eran gente especial. . .

Y añadido:

—Los mitimaes no eran poblaciones desplazadas o esclavizadas. Eran agentes imperiales con muchos privilegios. Eran los responsables del mantenimiento de los tambos militares y formaban parte del engranaje de inteligencia del Estado inca.

El Amauta comenta:

—El predicado étnico y político de los Chilchos era razón para ser gente despierta y abierta a las influencias externas. Quizás a ello se debe que cuando llegaron los sefaraditas a Celendín, fueron bien recibidos por ellos.

Concluyo:

—Sin duda, eran muy gentiles.

* * *

La tertulia en la residencia del Amauta continuó, pero yo tomé mi calero y me despedí. Entonces él hizo que me sentara de nuevo y dijo:

—Desde que el territorio de Celendín fuera delegado por los Incas a los Chilchos se cimentó el sentido de independencia de la gente de estas tierras respecto de la administración centrada en Cajamarca. Los mismos curacas de Cajamarca para nada intervenían en las cosas de Celendín, y este estado de cosas continuó con las autoridades españolas que respetaron el veredicto que establecía la dependencia política y administrativa de Celendín de Trujillo y no de Cajamarca.

Su comentario es correcto, y lo amplió:

—Recordemos, además, que el pueblo Chimú, cuya capital, Chan Chan, estuvo, casualmente en Trujillo, no fue sólo un pequeño reino costero conquistado por los Incas en el Siglo 15, sino un vasto imperio con intereses en la sierra norte, especialmente en Celendín.

El Amauta dice:

—Esto está detrás de la estrecha relación de Don Baltazar Jayme Martínez Compañón, Obispo de Trujillo, con los orígenes de la ciudad de Celendín. El sabría que los antiguos habitantes de Celendín habrían dependido en el pasado remoto de la metrópoli costera desde antes de los Incas.

* * *

El Amauta arriba a la pregunta de rigor:

—¿Cómo, exactamente, se refiere a los Chilchos de Celendín el informe de la *Visita de Cristóbal de Barrientos a Cajamarca en 1540*?

Y respondo:

—Este es el párrafo que menciona a los Chilchos en el territorio de Celendín:

Ansimismo, fueron preguntados el dicho señor visitador, con la dicha lengua y en presencia de mí el dicho escribano, a los dichos señores de Caxamarca, qué mitimaes había en esta dicha su tierra que no fuesen sus sujetos.

Los cuales dijeron que los caciques de Guaman e Chilcho, que son en los términos de los Chachapoyas, servían al inga en los dichos tambos de Caxamarca. . . E que hará mucho que están allí. . . E ansimismo, los mitimaes serranos de Guaman, e Chilcho e Guambos siempre sirvieron en tiempo del inga con sus caciques e no con los dichos señores de Caxamarca.

Y comento:

—En mi obra, *Arqueología de Celendín*, que presenta el informe de la Expedición a La Chocta a nombre de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUC), me adelanté a interpretar la palabra “términos” —“en los términos de los Chachapoyas”— como un arcaísmo que significa “límites” o “fronteras”, y señalé que el límite entre los Caxamallcas y los Chachapoyas era la cuenca del río Marañón. Luego, se refiere a la tierra de Cajamarca que se extiende hasta la frontera con los Chachapoyas en parte es la provincia de Celendín —donde estuvieron los mitimaes Chilchos—, y en parte es la provincia de Chota, donde estuvieron los mitimaes Huambos, cuyo nombre se ha perpetuado en el distrito de Huambos.

* * *

Pensando haber tocado el fondo del asunto, tomo mi calero y mi potocho para despedirme. Pero, no. El Amauta quiere seguir hablando de sus Chilchos, y de un jalón vuelve a hacer que me siente.

Sus interrogantes me apachurran a causa de su número y su complejidad, pero le sigo la corriente.

Sonriente como siempre, se cubre con su manta y se acomoda en su sillón poniendo sus manos en su nuca. Y me dice:

—Una vez aclarado para siempre el factor aborigen del alma shilica, pasemos a otro tema. ¿A qué se refiere Peláez Bazán cuando dice: “El poblador celendino no cuenta en su ser con ese poderoso elemento telúrico y ancestral que mantiene atado al hombre a su suelo. Más bien, parece que lo mueve una especie de nostalgia, la búsqueda de sus raíces que la historia le negó tenerlas allí donde nació”?

Respondo:

—Me parece que se refiere al hecho de que para sobrevivir el celendino tiene que recurrir tanto al recuerdo como a la fantasía. Es que de eso se alimenta básicamente, y eso

deriva de la cantera de Celendín. Si no fuera por esto, puesto que todos salimos algunos para no regresar, la cantera de Celendín ya se habría agotado, como se agota el estaño, o el petróleo o el gas.

El Amauta inquiere:

—Pero, ¿por qué la cantera de Celendín, como un manantial de agua viva nunca se agota?

Le digo:

—Es como la zarza que arde, pero nunca se consume. . .

Me dice:

—¿Es que esa nostalgia y esa búsqueda tienen en Celendín su escenario, pero anclan, no en los ríos, ni en las rangras, ni en las montañas, sino en las personas y en las vivencias? ¿Es que somos almas en pena que vuelven al lugar de su querencia porque allí se encuentran con las personas que aman y admiran?

Le digo:

—Algo de placer debe haber en todo esto; y a todas luces es efectivo, y el recuerdo realmente nutre y purifica. Quizás a eso se deba otro valor generacional: El aprecio por los logros, ocurrencias, movidas y perradas de los celendinos.

* * *

Si el Amauta se calló por fin, y no hizo que me sentara con otro jalón fue porque se atoró con su saliva.

Tomé mi potocho y mi calero, pero él sonrió de oreja a oreja siprallándome sus muelas. Y como si yo fuera su alumno en la Escuela Normal Superior Mixta de Celendín, me asigna mi tarea:

—Dame un resumen de nuestra conversación sobre los Chilchos.

Tras mi largo resumen, un sonido seco salido de no sé dónde hace que me dé cuenta que el Amauta se había quedado dormido. . . ¡cuandazo nomá!

Le subo suavemente la manta hasta su pororoj y le digo, aprovechando que no me escucha:

—¡So pedazo de indio quemasangre!

7
EL TESORO DE LA CHOCTA



El indio Mayta, hijo del jefe de la panaca del norte, había logrado en su adolescencia entablar una estrecha amistad con el indio Chocta, hijo del jefe de la panaca del sur, a pesar de que ambas panacas estaban en pie de guerra.

Ambas competían desde hacía tiempo por la supremacía, una competencia desleal que había degenerado en una guerra no declarada y en un bloqueo irracional que estrangulaba al pueblo de los choctamallques.

¿Cómo así pudo el príncipe Chocta burlar el control y el constante lavado cerebral al que lo sometió su padre desde pequeño, siendo que le estaba estrictamente prohibido todo contacto con la gente del norte?

Los de la panaca del norte ya no podían comer pescado asado proveniente de la laguna del Huauco o del lago de Chilindrín. Y los de la panaca del sur ya no podían comer yucas provenientes del valle encantado de Llanguat o de las tierras más bajas de Mamaj y Pumachaca.

Pero cuando se encontraron el joven Mayta y el joven Chocta, sin conocimiento de sus padres, y con la mediación del sabio Yachay, de Poyunte Cucho, celebraron la ocasión con pescado asado y yucas sancochadas, con salsa de ají bravo y sal gema.

* * *

Desde entonces ambos príncipes empezaron a soñar con que el reino de los choctamallques volviera a resurgir unido como en sus comienzos, para contrarrestar la constante amenaza de los caxamarcas y el avance de las tropas incas que habían empezado a hacer incursiones en aquella región.

Juntos los dos se propusieron dar a sus sueños asidero en la realidad.

Mayta le dijo a Chocta que cuando eso ocurriera, le daría a su hermana Cori por mujer, y Chocta le ofreció a Mayta su hermana Sonco por mujer. El reino volvería a ser gobernado desde la fortaleza de la Chocta, el ombligo ancestral de los choctamallques, por el hombre que eligiera el padre Catequil, dios de la lluvia y de los fenómenos meteorológicos. Y se franquearía la ruta de sur a norte desde la fortaleza de La Chocta hasta Muyuc.

* * *

Originalmente, la Chocta era residencia de los jefes de la panaca real de los choctamallques, sólo cuando su espíritu subía como vapor al dios Catequil.

Las chulpas de techos de dos aguas contenían sus restos óseos, no momificados, y eran la imitación de las viviendas de los choctamallques. Incluso estaban cubiertas de embarrado y enlucido, y pintadas de blanco y de ocre, como las viviendas de los vivos. Pero a diferencia de las moradas de éstos tenían más de un piso, hasta cuatro o cinco, para albergar a muchos inquilinos en turno.

Originalmente, en la Chocta sólo había chulpas reales, y se las circundó con un muro de protección, aunque muchas de ellas quedaron fuera del muro.

Con aquel muro empezó el condicionamiento del lugar como fortaleza y acrópolis que mira allende el río Miriles, a las montañas azulescas del reino de los chachapuyas.

En aquellas acrópolis por largo tiempo sólo se hacían mutua compañía los muertos y los guerreros que desde su parte más alta contemplaban el movimiento de los indios. Y en las noches frías, el calor de las fogatas encendidas servía para abrigar a ambos y para alejar a los espíritus ajenos y hostiles a la panaca del sur.

Sólo a partir del avance de los ejércitos de los Incas hacia las tierras de los caxamarcas decidieron condicionar la fortaleza para residencia de los sacerdotes y los jefes militares, produciendo tal hacinamiento que no quedaba espacio para algún ritual que requería la presencia de muchos.

* * *

Las cosas no habían sido siempre de este modo.

Hubo un tiempo cuando los choctamallques estaban unidos a lo largo de la cuenca central y todos ellos disfrutaban de la belleza de los lagos del Huauco y de Chilindrín, y de los dones del valle de Llanguat. Hasta entonces los caxamarcas los consideraban unidos, y no se dejaban despistar por las desavenencias de panacas que podrían desvanecerse de un momento a otro. Y ciertamente, esto pudo haber ocurrido si no fuera por un trágico error de parte de los mismos choctamallques y un repentino asalto de las tropas incas que aniquiló a la mitad de su ejército.

Tampoco pudo haber un control estricto en las fronteras no trazadas, de modo que los del norte pasaban al sur, y los del sur al norte. Pero ninguno de la panaca del norte entró tan profundo en el corazón del territorio del sur como el príncipe Mayta, ansioso de contemplar la belleza lunar de Sonco, hija del jefe de la panaca del sur. El fue hasta allá burlando las advertencias de su padre y acompañado hasta cierto lugar por valientes guerreros.

Mayta llegó a entrar en la fortaleza de La Chocta como un súbdito que clamaba por arbitraje y justicia, por haber surgido en su entorno un altercado que degeneró en asesinatos y asaltos que estaban a punto de eliminar a las facciones y dejar sus tierras expuestas al pillaje de caxamarcas y de incas.

* * *

La burocracia de la fortaleza le impidió entrar en detalles, y él mismo no tenía intención de darlos, siendo todo fruto de su imaginación. Y después de haber contemplado a la princesa Sonco, se despidió de sus señores para volver a sus campos, ya que la emergencia le impedía permanecer más tiempo.

En aquella única visita a la Chocta había logrado el príncipe Mayta ver a la bella Sonco de quien se había enamorado antes de verla. El rumor de su belleza y jovialidad se hizo proverbial en toda aquella tierra sin respetar parcialidades. También había referido la verdad respecto de su familia dividida, que no era otra cosa que la síntesis de la rivalidad de las panacas choctamallques.

Pero pudo ver a alguien más: Era el príncipe Chocta, un joven adolescente como él, la belleza de cuyo corazón le pareció semejante a la suya.

* * *

El siguiente paso en el plan de Mayta fue atraer a Chocta a la frontera no declarada, lo cual logró con el pretexto de un torneo de remo y pesca que organizaron los supuestos súbditos de Chocta, con la bendición paternal. Allí compitieron los príncipes y empataron cada vez, y se llegaron a hermanar.

Catequil se había aliado con Inti, que se había levantado brillante y su calor empezó a despejar los vapores del lago que impedían la visibilidad a corta distancia cuando el príncipe Chocta recibió honores de sus súbditos y su comitiva se dispuso a partir rumbo a su fortaleza. Pero Mayta le instó a seguir compitiendo.

Aquel era el sexto día que competían y empataban. Era una situación misteriosa que sólo podía explicar Mayta, que le aventajaba en edad y fuerzas a Chocta. Quería retenerlo

todo el tiempo posible porque en su rostro veía las facciones y la sonrisa de Sonco a quien había visto en la fortaleza.

El príncipe Chocta aceptó permanecer un día más, pero vio necesario enviar nuevos chasquis a la fortaleza para informar que todo marchaba bien.

* * *

En el séptimo día, una vez concluido el torneo de pesca y remo en el lago Chilindrín, se dispuso lo necesario para el feliz retorno del príncipe Chocta a su hogar. Entonces, cuando para despedirse se apartaron los dos jóvenes de sus huéspedes, el príncipe Mayta le confesó diciendo:

—Yo soy tu servidor que acudió a la fortaleza para invocar arbitraje, para que mi señor ayudara a reunificar a mi familia desgarrada por una vil hostilidad.

—¿Eres el forastero cuyas tierras se encuentran en los confines de los caxamarcas y que pedía protección de las incursiones incas?

Le respondió:

—Sí y no. Sí porque soy el que tú piensas; y no, porque mis tierras están en Muyuc y mis valientes están dispersos hasta Poyunte Cucho.

Ante el sobresalto de Chocta, Mayta prosiguió:

—Yo penetré a la fortaleza, y lo que declaré era verdad. Mi familia es nuestra familia dividida que puede ser presa fácil de caxamarcas e incas.

—Entonces, tú eres. . .

—Yo soy Mayta, tu fiel servidor.

* * *

Chocta sólo había escuchado su nombre y su fama como valiente guerrero.

Tras un emotivo silencio, Mayta continuó:

—Yo te he hecho venir para decirte que tú y yo podemos sanar las heridas de nuestra familia si logramos convencer a nuestros padres de su desvarío. Aquí estás tú con pocos acompañantes que te quedan. Y aquí estoy yo con de una multitud de los míos dispersos en Poyunte Cucho. Ellos te escoltarán en paz hasta la fortaleza. Somos tus súbditos y queremos que la Chocta vuelva a ser nuestro ombligo y hogar.

El príncipe Chocta hizo un ademán de aceptación.

* * *

Después que Catequil se despidió de Inti al medio día, Chocta se dispuso a partir con sus acompañantes a los cuales se sumó Mayta, y les acompañaron hasta el tambo Machay. Allí se despidieron, y Mayta le entregó su lanza como obsequio, y una gran esmeralda cuyo verde brillante alumbró el rostro de Chocta.

Le dijo:

—Esta esmeralda es para Sonco, a quien se ha pegado mi corazón desde el primer momento que la vi.

Y abrazándole, le dijo:

—Y este abrazo, sin más explicaciones, es para tu padre y padre mío, en cuyas manos está la pacificación de nuestro reino.

* * *

No pasaron muchos meses hasta que los padres de Mayta y de Chocta se dieron cuenta de estos planes y de los repetidos encuentros de los jóvenes príncipes en el tambo de Machay. Y les sobrevino un ataque de celos de sus propios hijos y el odio generacional reverdeció y se intensificó como para que se acusaran mutuamente de secuestro —aunque no creyesen semejante patraña de consejeros dispuestos a sacar partida de toda situación violenta—.

El grito de guerra campeó al oeste de la cadena del Jelij y las hordas de ambas panacas se encontraron en Suro, para tomar el control de la laguna cuya agua definiría la victoria final.

El jefe de la panaca del sur había encerrado a su hijo Chocta en un torreón de la fortaleza, guardado por gente armada. En otro torreón encerró a su hija Sonco, y se dispuso a marchar en campaña.

Por su lado, el jefe de la panaca del norte envió tropas para limpiar su honor, y permitió que fuera con ellas su hijo Mayta, quien le prometió que de no lograr la rendición de los del sur se involucraría en sangrienta batalla hasta la victoria final.

* * *

El príncipe Mayta no logró la ansiada pacificación y tuvo que luchar en una contienda que se reanudaba hasta que las fuerzas de ambos bandos quedaron en extremo diezmadas.

Al no definirse la victoria de ningún bando, ambos convinieron en una tregua que dejase las cosas como estaban al comienzo en hostilidad constante y con fronteras indefinidas.

El príncipe Mayta volvió a casa con la frente alta porque no defraudó a su padre, y éste le recibió con alabanza y le delegó gradualmente el control de su panaca y de su ejército hasta que finalmente su espíritu se evaporó para mezclarse con su padre Catequil.

* * *

Poco antes de aquella última contienda, el jefe de la panaca del sur cayó enfermo. Si no avanzó hasta la laguna de Suro, fue por intuyó su partida para mezclarse con su padre Catequil. Pero no liberó a Sonco. Ella quedó prisionera en la fortaleza, acompañada de la esmeralda luminosa que alumbraba sus noches y sus días sin luz. Una ñusta fiel la había logrado introducir a su celda oculta dentro de su fondo.

Aquella esmeralda del color de la esperanza, más los besos que le enviara Mayta pudieron hacer que soportase su amarga y cruel desolación.

Los recados de Mayta le habían llegado por medio de la misma ñusta fiel, y tras grabarlos en su corazón, sus labios los repetían mecánicamente en voz alta, por lo cual su

padre pensó que deliraba y decidió que una vez informado de la muerte de su amado en la laguna de Suro, la pondría en libertad.

Pero el tiempo pasaba y ninguna noticia llegaba del campo de batalla.

* * *

Una mañana de Sol, cuando la niebla empezaba a elevarse por la evaporación de las aguas del lago Chilindrín, se encontraron de nuevo los príncipes Chocta y Mayta, quien acudió al lugar de la cita en persona, sin escolta.

Le dijo Mayta:

—Mi padre murió y descansa en paz.

Chocta, informado de la participación de Mayta en la batalla de Suro, sintió que una ráfaga de odio tomaba prisionera su alma, pero no quiso agredir a un hombre que había acudido a la cita sin escolta y desarmado.

Mayta se apresuró a decir:

—Yo salí al frente de las tropas de mi padre para evitar la guerra y para hacer de ambos ejércitos uno solo bajo el mando de mi señor.

Y recalcó:

—De vos.

Chocta le dice:

—¿Por qué no lo lograste? ¿Acaso no estabas en comando de tus fuerzas?

Respondió:

—No. Las tropas sólo obedecían las órdenes del general, y éste no tenía la intención de coordinar algo conmigo. Cayeron muchos de ambos lados; nuestro pueblo ha sido diezmado. Sólo cuando maté al general logré detener la mortandad, quizás no del todo tarde.

—¿Por qué?

—Porque todos los hombres que me quedan, juntos con sus mujeres y sus niños vienen conmigo en larga caravana para rendir pleitesía a nuestro señor y padre, en La Chocta, nuestro ombligo y capital.

* * *

El príncipe Chocta fue conmovido y abrazó a su amigo y hermano, y emprendieron viaje a la Chocta, seguidos de ambos ejércitos confundidos en uno solo.

En la cuesta de Cantange, rumbo a Oxamarca, el príncipe Chocta le dijo a Mayta:

—Quizás por tu gesto mi padre consienta en liberar a Sonco.

Mayta le dijo:

—Tendrá que hacerlo de todas maneras, porque ella no se quedará cuando todos tengamos que partir.

Chocta no entendía estas palabras, y tras un prolongado silencio volvió a decir:

—¿Por qué tendrá que hacerlo?

—Porque se enterará que la panaca del norte ha sido destruida y sus valientes han sido dispersados en dirección de las tierras de los chachapuyas, ante el avance del Inca.

* * *

Cuando el ejército de Chocta se aproximó a la fortaleza, el jefe de la panaca del sur creyó ver un ejército mayor que el que había salido de la fortaleza.

Cuando el vigía observó con más claridad vio una formación de mujeres y de niños.

El anciano jefe pensó que eran cautivos tomados de su rival.

Cuando se acercaron a la fortaleza por la cuesta flanqueada de cauchas, y para evitar cualquier ataque desde la fortaleza, Chocta se puso delante de la columna, en medio de sus dos comandantes. Y ante ellos las puertas de la fortaleza fueron abiertas de par en par.

Luego que entraron, los dos comandantes se ubicaron a la derecha y a la izquierda de la entrada para que por ella entrase segura la columna de mujeres y de niños de la panaca del norte.

El anciano jefe pensó: “¿No será que sin mi consentimiento mi hijo ha desposado a Cori, la hermana de Mayta, y ha llegado mi final?”

* * *

Con paso señero y desarmado se acercó Chocta a su padre y le besó. Y le dijo:

—Tus súbditos del norte vienen en paz para rendirte pleitesía.

Su padre preguntó:

—¿Dónde están? Yo sólo veo el ejército que salió bajo tu mando. . .

Le dice:

—Tus súbditos del norte vienen entremezclados con tus huestes que han sido diezmadas, el Mayta viene al final, flanqueado por dos generales tuyos. Sus mujeres y sus hijos vienen en primer lugar porque son tu pueblo que respalda la pacificación. Y en cuanto a los hombres de Mayta, no son muchas las que quedan porque fueron diezmadas por el avance del ejército inca. El padre de Mayta no alcanzó a ver el retorno de su ejército porque ha subido a mezclarse con Catequil.

Entonces el anciano jefe recibió en paz a la comitiva. Las tropas se dividieron en dos flancos y abrieron el paso a Mayta escoltado por dos generales, ambos tenidos en alta estima por el padre de Chocta.

Cuando Mayta llegó a él, hizo reverencia y dijo:

—La tierra ha quedado vacía, porque el ejército del inca retrocedió. Pero es necesario que por un tiempo nuestras mujeres y niños se queden aquí, en las inmediaciones de la fortaleza.

Al escuchar estas palabras, el anciano quedó confundido y apesadumbrado. Y habló a la oreja de su hijo ordenando que trajesen a Sonco de su celda. Luego habló a Mayta:

—¿Está tu hermana Cori en la comitiva? ¿Qué esperas para concederla a tu hermano Chocta por mujer?

Mayta le responde:

—Ella murió en la incursión inca.

Los ojos del anciano se anegaron en lágrimas, y Mayta, echando de lado el protocolo, lo abrazó.

* * *

Fue un abrazo largo e ininterrumpido, en medio de un sordo rumor de llanto aprisionado que salía de las gargantas de toda la comitiva. Y cuando los dos hombres se volvieron a ver la cara, encontraron de pie a Sonco y su hermano.

Acto seguido el anciano jefe ordenó que se convocara a la gente de las comarcas entre Choctapampa y Oxamarca para el banquete nupcial.

El anciano adoptó a Mayta como su hijo. De este modo llegó a tener tres hijos sobre los cuales depositó toda la autoridad.

En adelante pareció recuperarse de sus dolencias, pero de repente también él se evaporó para mezclarse con la niebla de Catequil.

El fue el último gran jefe de los choctamallques que gobernó a la totalidad de su pueblo desde su fortaleza de la Chocta. Y se procedió a preparar su cadáver para preservarlo en la chulpa de cuatro pisos que mira solitaria en dirección del río Miriles.

* * *

Sus súbditos llenaron el interior del cubículo que contenía sus restos con ofrendas de oro y plata, pero su hijo Mayta se opuso a ello. Una corazonada le hizo ver que eso no era prudente. Y les dijo:

—Las hueses del Inca volverán y llevarán consigo los huesos de nuestro padre para reclamar toda su tierra.

Su hermano Chocta pregunta intrigado:

—¿De cuáles hueses del Inca hablas?

—De las que incursionaron en Muyuc. Ellos deben estar ya informados de lo que ha ocurrido con nosotros en la fortaleza.

Le pregunta:

—¿Qué haremos entonces?

—Debemos esconder los restos de nuestro padre en un cubículo subterráneo, no en la chulpa misma.

* * *

No obstante las observaciones de los líderes choctamallques consideraron que había que seguir el consejo de Mayta. Eso hicieron, y después de los funerales, partieron de la Chocta y congregaron a sus súbditos desde tan lejos como Muyuc, Yanacancha y Chalán, porque empezaron a escuchar los pututos del Inca.

Los restos y los tesoros de los otros jefes de la panaca sacaron de sus chulpas, y fueron metidos en el mismo cubículo subterráneo junto con los restos del último jefe choctamallque.

Las mujeres, con Sonco a la cabeza, y los niños y ancianos serían conducidos por la gente de Choctapampa allende de la Serpiente de Oro, a la tierra de los chachapuyas. Sonco llevaba consigo la esmeralda color verde esperanza, con la esperanza de algún día volver.

Las demás chulpas, vaciadas de su contenido, fueron limpiadas y llenadas con atados de champas, para evitar su profanación. Fueron dejadas abiertas.

Y en cuanto a la chulpa de cuatro pisos del último jerarca, la destruyeron por completo e hicieron rodar sus piedras al precipicio del río Miriles. De este modo nadie sabe dónde se encuentra el cubículo con el tesoro de la Chocta hasta el día de hoy.

* * *

El destino quiso que las huestes de Mayta y de Chocta no volvieran jamás a la fortaleza de la Chocta. Ellos mismos no volvieron a la fortaleza jamás. Se piensa que lograron escapar con la ayuda de los pocos choctamallques que no pudieron emigrar antes a los dominios de los chachapuyas. Sus guerreros también hicieron lo mismo, esperando encontrarse allá con sus jefes y reagruparse para volver y derrotar al Inca.

Cuando las fuerzas del Inca Huayna Cápac llegaron a la acrópolis abandonada de La Chocta respetaron las chulpas vacías en medio de las cuales erigieron sus moradas temporales hasta la llegada de los mitimaes chilchos que serían traídos para remplazar a la población choctamallque en toda esta región.

Cuando los ingenieros chilchos cumplieron las órdenes del Inca, de construir una fortaleza inca sobre los restos de la fortaleza choctamallque con miras a la conquista de los chachapuyas, cavaron enormes zanjas para sus fundamentos por el frente que mira hacia el Miriles. Aquella sería una masiva construcción. Pero la evidencia indica que no alcanzaron suficiente profundidad como para dar con el cubículo de piedra revestido de oro, y el tesoro que allí guardaron Mayta, Chocta y Sonco, juntos con su corazón. Es que el acceso a ese ingente tesoro no era por debajo de la chulpa, cuya presencia se había desvanecido por completo, sino por un túnel horizontal labrado en la roca desde el declive de la acrópolis.

* * *

Sólo Mayta, Chocta y Sonco conocían la ubicación del cubículo. Nada han oído al respecto los que quedaron en Choctapampa y en Oxamarca. El arqueólogo celendino, Jorge A. Chávez Silva, el Charro, es el único que logró saber algo al respecto a partir de algunos rumores que perduran en la gente, no del lugar, sino de las serranías de Leymebamba, allende el Marañón, que los antiguos llamaban “la Serpiente de Oro”.

—¿Acaso se refieren al tesoro llamándolo “de la Chocta”?

—No. Se refieren a la ubicación del tesoro como que está en la vertiente de la fortaleza inca al otro lado del Marañón. Y como tu sabes, los incas, o sus aliados los chilchos, construyeron una fortaleza inca sobre los restos de la fortaleza de los choctamallques en la Chocta.

* * *

Cuando Julio C. Tello, padre de la arqueología peruana, visitó la fortaleza de la Chocta en 1937, acompañado por mi padre Juan Chávez Sánchez y otras personalidades de Celendín, encontraron intactas las chulpas de los choctamallques, pero sin su contenido óseo y sus tesoros votivos, exactamente como las encontraron los conquistadores incas.

La labor de Tello se circunscribió a recolectar fragmentos de cerámica en las inmediaciones de las chulpas para su posterior estudio. Pero no se le ocurrió merodear por

el frente oriental de la fortaleza inca ni levantar un plano de la fortaleza y de sus alrededores.

Otros que han escuchado de la partida repentina de las huestes choctamallques allende la Serpiente de Oro suponen que los ingenieros chilchos encontraron el tesoro mientras construían la fortaleza inca, pero guardaron silencio ante la noticia de la llegada de seres de otro mundo que se alimentaban con oro fundido, en lugar de comerse papitas con ají.

Pero los chilchos parecen no haber sabido nada del tesoro, de otro modo la noticia habría llegado a oídos de sus aliados los portugueses o judíos del Brasil.

Pero de una cosa podemos estar seguros: Que el tesoro no fue a parar en el Cuarto de Rescate en Cajamarca.

8 LA RESURRECCION DE LOS CHILCHOS

Cuando recorremos diversas regiones de América, ricas en legado arqueológico, los actuales habitantes se refieren a los que les antecedieron y dejaron los restos de sus monumentos como “infieles” o “los gentiles”.

Es interesante saber quiénes fueron y qué hicieron, pero muchas veces no se puede saber sus nombres o el nombre de sus pueblos. Los nombres por que son conocidas las culturas arqueológicas son el nombre del primer lugar donde sus manifestaciones culturales fueron descubiertas, como Chavín, Tiahuanaco, Nasca, Paracas, etc.

Es también el caso de los choctamallques, llamados así porque fueron súbditos del poder centralizado en la Chocta.

* * *

También es interesante que las palabras “infieles” o “gentiles” en boca de la gente de hoy, carecen de su sobrecarga religiosa despectiva original, a diferencia de su uso por los musulmanes o los judíos.

En los tiempos de la Reconquista de España, cuando surgieron tales designaciones, eran usadas para referirse a los pueblos no cristianizados, y de rebote, son los cristianos los que son considerados infieles por los musulmanes. Pero la gente que las utiliza en las Américas no asocia estas palabras con conceptos religiosos; más bien la sobrecarga es de misterio, pues cuando se señala las ruinas que han dejado se siente que es territorio de acceso vedado cuyos dueños ancestrales pertenecen a ultratumba pero sus fantasmas aún deambulan por sus querencias.

Pero los chilchos están en medio nuestro. Ahora sabemos, documentalmente, que así se llamaban, y una vez rescatado su nombre, se ha podido hacerlos resucitar y rescatar todo lo demás, o al menos algo.

* * *

La inundación de la pampa, es decir, de la campiña de Celendín, suscitó muchas conversaciones como ésta en las esquinas de la Plaza de Armas de nuestra ciudad.

—El testimonio de las fuentes etnohistoriográficas indica que a la llegada de los españoles a esta región ya no estaban los choctamallques. Aquí les sucedieron los chilchos y después los portugueses. Todo parece indicar que antes de que llegaran los españoles a la cuenca del antiguo lago de Chilindrín, ya les habían madrugado los portugueses.

—¿Cómo es que los españoles no se atrevieron a explorar antes que los portugueses esta región del virreinato que según la información bien documentada estaba fuera de los dominios de los caxamarcas y limitaba con la tierra de los chachapoyas?

—La respuesta es que aquí estaban los mitimaes chilchos a quienes el Inca Túpac Yupanqui, después de eliminar a los choctamallques en repetidas incursiones, les

encomendó la administración de los tambos, el mantenimiento de los caminos, la construcción de la fortaleza inca de la Chocta y la explotación agrícola que garantizaría el fácil abastecimiento y el desplazamiento de los ejércitos incas por toda esta región, con miras a la conquista del territorio de los chachapuyas, cuya capital estaba en Kuélap.

—¿Es que eran tan bravos los chilchos para que los españoles les tuvieran miedo y evitaran internarse en esta región misteriosa partiendo de Cajamarca?

—Ellos no eran aguerridos como los caxamarcas se los pintaron a los españoles. Eventualmente, los españoles fueron ingresando a partir de Cajamarca, como lo documenta la Sra. Consuelo Lescano Merino de Rodríguez en su obra, *El adviento de Celendín*, y se encontraron con que los chilchos eran pocos y amigables.

* * *

A tal grado alcanzaba nuestro desconocimiento de los chilchos, que el escritor celendino Alfonso Peláez Bazán, escribió al explorar el alma shilica:

Dentro del panorama demográfico racial del Perú, la provincia de Celendín presenta un caso excepcional, único tal vez en toda su extensión, y a despecho de todo: No existe un solo indio. . .

El primer momento del mestizaje en el Perú —cosa ésta que nadie ignora— está representado por la mezcla de blanco con indio. Esto no ocurrió en las hermosas tierras de Choctamallque, hoy la provincia de Celendín.

No hubo ese primer momento. El mestizaje comienza allí con la unión de blanco con mestizo; el elemento éste llegado de los pueblos vecinos (Cajamarca, La Libertad, Amazonas) en las postrimerías del virreinato. Lo que significa, en buena cuenta, que el poblador celendino tiene sangre india en la proporción de uno a cuatro. Pero sangre india, igual que la blanca, venida de otras partes.

Y el caso resulta aún más sorprendente y confuso cuando se constata que aquellas tierras formaron una zona densamente poblada por indígenas. Así lo demuestran los numerosos restos arqueológicos, notables algunos de ellos, como los de Oxamarca. . .

Inevitablemente surge esta pregunta: ¿Qué pasó, entonces, en estas tierras? Porque, necesariamente, tuvo que pasar algo, o mucho. . .

De todos modos, lo evidente es que los hombres blancos —españoles y portugueses— que llegaron a Choctamallque por el luminoso Oriente, por cierto en circunstancias muy distintas a las que acompañaron a los conquistadores, no encontraron, literalmente, un solo indio. . .

* * *

Surge así Celendín con sus características propias e inconfundibles, con sus grandes virtudes y su drama sin término. Es un drama que inexorablemente le señaló la historia: Salir, alejarse siempre. Y esto se cumple como un sino fatal: Todo celendino, cada día, deja su terruño. Nadie como él tiene tanta facilidad para romper los lazos que lo unen a la tierra. . .

Pero en todo eso hay una causa histórico-biológica. El poblador celendino no cuenta en su ser con ese poderoso elemento telúrico y ancestral que mantiene atado al hombre a su suelo. Más bien, parece que lo mueve una especie de nostalgia; la búsqueda de sus raíces que la historia le negó tenerlas allí donde nació.

* * *

Para la mayoría de nuestra gente, incluso para mí, las premisas de Peláez Bazán tienen status canónico. Por eso, cuando yo hablaba con un grupo de amautas acerca del factor aborigen del alma shilica, ahora representado de manera documentada en los mitimaes chilchos, alguien me dijo estas palabras: “¿De cuándo acá tenemos ancestro indígena? ¿Acaso no fue Celendín en sus orígenes un enclave étnico español?”

Peláez Bazán no avala necesariamente la postura de quien hizo tal pregunta. Lo que Peláez Bazán afirma, sin duda hubiera sido revisado por él mismo si cuando escribió sus palabras en 1962 hubiera tenido a su alcance la información respecto de la presencia en Celendín de ayllus mitimaes provenientes del Valle de los Chilchos. La evidencia de que ellos ocuparon los territorios que los choctamallques evacuaron no era conocida antes de 1967 cuando el antropólogo Waldemar Espinoza Soriano publicó el informe de la Visita de Cristóbal de Barrientos a Cajamarca en 1540, visita que fuera ordenada nada más ni nada menos que por Don Francisco Pizarro y que menciona a los mitimaes chilchos en el territorio de Celendín.

Menos conocía Peláez Bazán la información complementaria provista por el arqueólogo Dr. Peter T. Lerche, respecto de sus investigaciones en el Valle de los Chilchos, porque recién fue dada a conocer en 1989.

Peláez tiene pues razón al decir que en este territorio no quedó ningún indio, es decir, de los choctamallques. Y en cuanto a los chilchos, ellos constituían una población muy pequeña como para ser apreciada en un gráfico estadístico.

—Pero, ¿qué dice esa información?

—¡Paciencia, burro!

* * *

Podríamos suponer que las fortificaciones incaicas de la acrópolis o fortaleza de la Chocta estuvieron a cargo de ingenieros chilchos, y a lo mejor las construyeron ellos mismos siguiendo los cánones de la arquitectura inca.

Los mitmas o mitimes no siempre eran poblaciones desplazadas y llevadas en cautiverio. A veces eran agentes imperiales con muchos privilegios. Los chilchos eran los responsables del mantenimiento de los tambos militares y formarían parte del engranaje de inteligencia al servicio del estado inca.

Desde que el territorio de Celendín fuera delegado por el Inca a los chilchos, se ha ido cimentando el sentido de independencia absoluta de los habitantes de Celendín respecto de la administración inca y española centrada en Cajamarca o en Trujillo. Los curacas y señores de Cajamarca lo sabían muy bien y no interferían en los asuntos de Celendín, porque eran “cosa nostra” y de nadie más.

Las autoridades españolas sabiamente acataron este veredicto étnico al hacer depender a Celendín directamente de Trujillo, no de Cajamarca, desde el punto de vista político y administrativo.

—Pero, ¿qué dice esa información de los días de Don Francisco Pizarro? ¡Ya pué!

—¡Paciencia, burro!

* * *

Antes de que fuera descubierto el documento etnohistoriográfico de la Visita de Cajamarca por Cristóbal de Barrientos en 1540, sólo quedaba en Celendín una difusa designación de “chilchos” sin que se supiera qué pudiese significar. Por ejemplo, no se podía asociar el gentilicio “chilchos” con las ruinas de la acrópolis de la Chocta, que sin duda ellos construyeron y desde la cual administraron toda la región que sería la provincia de Celendín. Los lugareños sólo atinaban a señalar sus imponentes restos arquitectónicos y decir: “No conviene acercarse allí, porque allí están los fantasmas de los gentiles.”

Pero con el descubrimiento del documento de la Visita de Cajamarca, las cosas han tomado un rumbo diferente.

—Pero, ¡ya pué! Qué dice el documento acerca de Celendín y de los chilchos!

—¡Paciencia, burro!

* * *

El informe de la Visita de Cristóbal de Barrientos a Cajamarca menciona a los chilchos en el territorio de Celendín de la siguiente manera:

Ansimismo, fueron preguntados por el dicho señor visitador, con la dicha lengua, y en presencia de mí el dicho escribano, a los dichos señores de Caxamarca, qué mitimaes había en esta dicha su tierra que no fuesen sus sujetos.

Los cuales dijeron que los caciques de Guaman e Chilcho, que son en los términos de los Chachapoyas, servían al Inga en los dichos tambos de Caxamarca. . . E que hará mucho que están allí. . . E que ansimismo los mitimaes serranos de Guaman e Chilcho siempre sirvieron en tiempo del Inga con sus caciques e no con los dichos señores de Caxamarca.

* * *

En mi obra, *Arqueología de Celendín*, que representa el Informe de la Expedición a La Chocta a nombre de la Pontificia Universidad Católica del Perú en 1972, y que estaba destinado a convertirse en mi tesis doctoral en esta institución, me adelanté a interpretar la palabra “términos” como un arcaísmo español que significa “límites” o “fronteras”, y señalé que el límite de los Caxamarcas y los Chachapoyas era la cuenca del río Marañón.

Luego, “la tierra” de Cajamarca que se extiende hasta la frontera con Chachapoyas en parte es la banda occidental de la provincia de Celendín donde estuvieron los mitimaes chilchos. Y en parte es la provincia de Chota, al norte de Celendín, donde según el informe

de Cristóbal de Barrientos, estaban los mitimaes Huambos, cuya presencia ha dejado ecos en el nombre del distrito de Huambos.

* * *

Además, otros investigadores, como el alemán Ernst W. Middendorf, han sustentado la tesis de que en la región de la sierra de Cajamarca, incluido el territorio de la provincia de Celendín había indios que no eran quechuas y que preferían hablar el español al quechua, creando la impresión de que en la región no hubieran indios.

Esta tesis ha sido comprobada, e investigadores como Jorge A. Chávez Silva (el Charro) y Daniel Quiroz Amayo, enfatizan mucho en la presencia en Celendín del componente étnico culle o chimú.

—¿O sea que Don Alfonso Peláez también tendría algo de inga?

—¡Espérate que te muestro que también tendría algo de manginga!

—¡Guau!

—Vas a ladrar más cuando te enteres que de “chilcho” deriva “shilico”, y hasta donde yo pude conocer a mi vecino, Don Alfonsito, ¡él estaba orgulloso de ser shilico!

9 EL INDIO CATEQUIL

Después de todo, ¿quién habría sido ese tal Catequil?

Su status divino se ha venido por los suelos con el advenimiento del cristianismo, y si los estancieros de Celendín lo mencionan, es sólo para echarle la culpa de la falta de lluvias, porque en su cosmovisión lo consideran nada más que un indio cualquiera que está a su entero servicio.

Para aclarar el misterio que rodea a su persona, paso a referirte una anécdota:

El diluvio del 17 de marzo del 2005, día en que estaba programada mi conferencia magistral en la Casa de la Cultura de Celendín, sólo era comparable al diluvio que me hizo perder mi vuelo de Ciudad de México a Tel Aviv, el día que el dios Tlaloc hizo su ingreso al Distrito Federal.

Yo acababa de partir de mi hotel, el Hotel Covadonga, que se encuentra detrás del Teatro Blanquita, rumbo al Aeropuerto Internacional, con suficiente anticipación, pero de nada sirvió, porque el taxi avanzaba a metros a causa de las poderosas aguas del diluvio y de la congestión de vehículos que paralizaron totalmente la ciudad.

Recién entonces me enteré que acababa de ingresar al Distrito Federal, Tlaloc, el dios de la lluvia, a quien pocos días antes había tenido el gusto de conocer en su templete de Teotihuacán. Lucía tan inofensivo. . .

Para ir al centro y adentro, el Catequil es el Tlaloc choloandino.

* * *

Mi conferencia magistral coincidiría con la presentación en la Casa de la Cultura en Celendín, del libro *El Canal*, escrito por José María Salcedo, donde da los primeros pasos para exponer a los verdaderos culpables del desfalco en desmedro de la irrigación de Celendín. En este su libro cita las palabras del sabio maestro, Don Saúl Silva, que se refirió a semejante descalabro financiero diciendo: “¡Han gastado 14 millones de soles! Si en lugar de 14 millones de soles hubiéramos puesto 14 millones de ingenieros pegados boca con poto, a esta hora ya estuviéramos regando las pampas de Celendín.”

Salcedo estuvo a punto de exponer al pez gordo, y tan a punto, que menciona su nombre, pero no de una manera explícita.

Pero ocurrió que. . .

* * *

Los que venían a Celendín por avión para mi conferencia magistral no pudieron aterrizar en Cajamarca, porque el aeropuerto estaba anegado y persistían las lluvias. Decenas de vuelos fueron cancelados en Lima y en Trujillo, y los que lograron despegar tuvieron que ser desviados a Chiclayo.

Los que venían por la Carretera Panamericana se encontraron con inundaciones y puentes caídos, y derrumbe tras derrumbe a partir del Gallito Ciego.

Los que venían de Cajamarca se encontraron con que extensos tramos de la carretera habían desaparecido, como si hubieran sido tragados por un gigantesco dragón mitológico de consistencia acuosa.

* * *

En Celendín mismo las cosas iban de mal en peor. Hacía diez días que llovía tanto, que el antiguo lago de Muyucchocha, llamado Chilindrín en los tiempos de los chilchos, parecía volver y remplazar el floreciente damero.

En las calles el agua corría día y noche como ríos desbordados. La gente tiritaba de frío, y el Tragadero se encontraba tan atorado que ya no tragaba ni bestias ni cristianos. Hasta los duendes lo miraban compungidos. Y para colmo de males, no había agua potable en las casas a causa de los derrumbes en el canal, los cuales habían echado a perder las tomas de El Toro y de Sendamal.

Y allí me encontraba yo, dispuesto a entregar por escrito el nombre del culpable al Dr. Manuel Sánchez Aliaga, Director de la Casa de la Cultura de Celendín, y al Presidente de la República. Pero en ese preciso momento se desprendió un pedazo del embarrado del cielo raso y se precipitó sobre mi mollera, abriendo trocha a una enorme gotera que parecía una chorrera del Mutuy.

* * *

Me rasqué la cabeza y proseguí con mi conferencia magistral:

El hecho de que en sus dominios los Incas impusieran el culto de Inti, el padre Sol, no ha sido investigado hasta las últimas consecuencias. Prevalece el concepto de que Inti fue el dios de la civilización Tiwanaku y que los Incas derivaron su culto de la cuenca del lago Titicaca, como lo indica la versión oficial del mito de Manco Cápac y Mama Ocllo.

Yo mismo me he tragado el cuento, porque los aymaras que descienden de los antiguos tiwanakotas y con quienes convivo en el Altiplano boliviano no tienen memoria de otro dios precolombino que Inti. Pero las cosas parecen no haber sido así.

Yo sospeché desde un principio que había otro dios cuyas imágenes y atributos están a la vista, aunque no sepamos su nombre.

Yo lo identifiqué al buscar conocer mejor a otra persona que me apasiona más: El bienaventurado Padre Cayetano, el primer sacerdote español que vino a Celendín y definió el desarrollo de la mentalidad de nuestra gente y de nuestro folklore. El mismo que ha sido rescatado del Sheol, la morada de los muertos, por el antropólogo celendino Jorge A. Chávez Silva, el Charro.

* * *

Cuando examiné los entretelones de la versión shilica del Corpus Christi descubrí que las celebraciones nativas del día más frío del año fueron transferidas a la fiesta católica. Y sospeché que un dios desconocido había hecho del Padre Cayetano el burlador burlado.

¿Por qué?

Porque cuando el Padre Cayetano le cerró la puerta para que no entrara al templo católico, el indio resultó adentro, chupando gratis, bailando toda la noche con la novia y besándola en la boca ante la vista del novio. Sino, ¿de dónde salió esa musiquita cachacienta de las danzas de Corpus Christi que Don Alfonso Peláez califica de “cavernaria”? ¿Y de dónde salieron esos pasitos bufos al compás del bombo y del virucho?

¡Por Mariasantísima! Pensé encontrarme cara a cara con un dios desconocido, ¡y me encontré con un indio descosido!

* * *

Ahora bien, desenmascarar a un dios bufo no es asunto fácil, porque es posible que aunque no lo vemos allí y se burla de los que intuimos su realidad. Por tanto, se requiere de un sofisticado instrumental que sólo la moderna ciencia arqueológica y la antropología cultural han podido implementar.

Después de graduarme como arqueólogo en la Universidad Hebrea de Jerusalem me propuse estudiar estos hechos con la Dra. Josefina Ramos de Cox, Directora del Seminario de Arqueología del Instituto Riva Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde yo era profesor. Por un tiempo estuve escribiendo mi tesis doctoral al respecto.

Había que estudiar sus atributos y símbolos en todo el radio de su manifestación. Y para evitar que se nos escapase, había que dar la impresión de que no nos interesaba saber su nombre. Pero el nombre es la llave de la persona, y quien tiene acceso al nombre, tiene acceso a la persona y a todo lo que es, y posee, y es capaz de hacer.

* * *

Ahora bien, la mayoría de los investigadores se enfrascan en la máscara y el atuendo. A causa de esta limitación conceptual se quedan con la sábana entre las manos después de que el bufo se les ha escapado sipralla. Por eso, al estudiar la divinidad que está detrás de la estela de Muyuc Chico, descubierta en Celendín, intenté definir sus atributos órnito-felino-ofídicos (de pájaro, felino y serpiente) sólo como punto de partida, sospechando que en las civilizaciones Chavín y Tiwanaku, y en las culturas más tardías, la divinidad principal habría sido otra, y no el Sol.

Antes de que yo publicara mi artículo sobre la divinidad de Muyuc Chico en *Cuadernos de Arqueología Andina*, el Dr. Federico Kauffmann Doig había llegado a la misma conclusión que yo, y en su *Manual de Arqueología* llama a ese dios, “la divinidad de los fenómenos meteorológicos”, enfatizando en la lluvia.

Estaríamos, pues, en la antesala de afirmar que la divinidad común de los antiguos quechuas y aymaras, esa que a menudo se disfraza de niño para mearnos y anegarnos, es semejante al dios Tlaloc de los mexicanos, por no decir que es el mismo cholo con diferente taparrabo.

* * *

¿Cómo representarían a esta divinidad?

Su atuendo ceremonial de pájaro representa su dominio en el aire.

Su atuendo de felino representa su dominio en la tierra.

Su atuendo de serpiente representa su dominio en el mundo subterráneo. Y en el caso de la divinidad de Muyuc Chico, la representación de estas serpientes se confunde con la de flechas, que no son sino los rayos que lanza a los cuatro vientos en el apoteósico momento de su manifestación.

LA DIVINIDAD ORNITOFELINOFIDICA



¿Lo has visto? ¡Claro que sí! Pero así como yo, no lo conocías. . .

Su foto aparece en la Estela de Raimondi, de la civilización Chavín.

Está representado en la Puerta del Sol, de la civilización Tiwanaku, erróneamente designada como “del Sol”, cuando debía ser llamada “de los rayos y de la lluvia”.

Está representado en los diseños de los tejidos de la cultura Paracas.

Está representado en la cerámica Wari-Nasca, y de manera más estilizada en la cerámica de Cajamarca.

Está magistralmente representado en piedra en la estela de Muyuc Chico, donde se observa con más claridad que de dicha divinidad proceden los rayos —representados como flechas— lanzados a los cuatro puntos cardinales.

Con ligeras variantes se encuentra también representada en la Puerta del Sol en Tiahuanaco, en la lejana Bolivia.

Su difusión es pan-andina. Pero, ¿cómo se llama?

* * *

Identificar por nombre a este dios podría ser el acontecimiento arqueológico del siglo, después que los Incas y los españoles hicieron todo cuanto pudieron para mantenerlo oculto.

Sin duda tuvo diferentes nombres en las diferentes regiones del Ande, desde Ecuador hasta Chile y Argentina. En Celendín se ha pegado al habla de los estancieros el nombre Catequil, asociado con las lluvias. De cualquier catástrofe meteorológica le echan la culpa a “ese indio tal por cual”.

Su fiesta era celebrada por los chilchos en la noche más fría del año, en el solsticio de verano, el 21 de junio, un hito tan importante para la agricultura que los aymaras consideran el primer día del año.

Las celebraciones, con música “cavernaria”, danzas bufas y ofrendas representadas por el maíz se han conservado en Celendín en las danzas de Corpus Christi.

* * *

Al Padre Cayetano se le ocurrió una triquiñuela que consideró genial: Madrugarlo al indio Catequil canalizando sus ofrendas a las celebraciones de Corpus Christi el 8 de junio. Pero el cura no se imaginó, que junto con sus ofrendas el indio Catequil se metería en la religión católica para quedarse —lo que se llama sincretismo—. Después de todo, ¿en dónde podía estar más a gusto el maldiciau? Sin esta triquiñuela del Padre Cayetano, el indio Catequil sería todo un don nadies.

El Padre Cayetano no se imaginó que sus danzas del Catequil harían pareja con los toros de poncho del cura para caracterizar al Corpus Christi shilico *per seculo seculo seculorum*, ¡amén!

* * *

Por allí había que empezar; por la investigación del fenómeno de las danzas de Corpus Christi.

Pero, volviendo al Catequil, ¿por qué se lo recuerda con tan poca emoción hasta el punto de que ahora no se sabe si fue un dios, un demonio, un guerrero o un indio cualquiera?

¡Cuidado! Podríamos estar ante otro subterfugio del Catequil y de nada nos serviría exponer su sincretismo con la religión católica. El Doctor Nelo (Daniel Quiroz Amayo) indica que Fernando Silva Santisteban identifica con Catequil al “guerrero mitológico” representado en un fragmento de cerámica Cajamarca II, que porta un escudo y una

mazorca de maíz, y danza como descosido. El podría ser el mismo personaje que en otro fragmento porta una flecha, el símbolo del dios.

—¿Y si fuera Catequil?

—Aparte de sus atributos meteorológicos resultaría también ser chocarrero y bufón, exactamente como sus súbditos de las danzas de Corpus Christi: Como las danzas de la Guayabina y de Llangat.

—¡Qué pendejo el indio Catequil! ¿Di?

* * *

El Catequil es pues el mismo Tlaloc de México, de modo que. . . ¡respetos guardan respetos!

Al principio de esta historia me referí al ingreso del ídolo de Tlaloc a Distrito Federal, para su establecimiento en su nueva morada en Chapultepec, en el exterior del Museo de Antropología.

Afirmaron autopistas y avenidas para el paso de la enorme plataforma sobre ruedas que transportaría al enorme ídolo de piedra. Se escogió el día y la hora más adecuados para el acontecimiento que sacó a la calle a millones de ciudadanos orgullosos de su cultura mexicana. Pero cuando el cortejo sagrado ingresó a la ciudad, se abrieron de par en par las compuertas de los cielos, y el universo acuoso se precipitó encima de la ciudad.

10 EL ECO LEJANO DEL MUCHIK

Quedamos, pues, con la evidencia de los chilchos, que eran pocos en número, pero tenían gran poder e influencia en la región que con el devenir del tiempo llegaría a ser la provincia de Celendín. Ellos convivirían con los pocos choctamallques que quedaron en la región deambulando cual fantasmas.

Pero hubo otros indígenas que llegaron a formar parte del alma shilica, y en ellos han puesto mucho énfasis el genio de Alfredo Rocha, el antropólogo Jorge A. Chávez Silva (el Charro) y el profesor Daniel Quiroz (Doctor Nelo), un énfasis que compartimos a causa de la evidencia arqueológica y lingüística, con el Dr. Federico Kauffmann Doig, el arqueólogo más prominente del Perú en la actualidad. Nos referimos a los indígenas de origen chimú, cuyo idioma era el muchik, cuya lexicografía se ha conservado en parte en Celendín y en la cuenca del río Marañón, como lo ilustra el epíteto “fuscán” o traficante en oro.

* * *

Para comprender la manera cómo los chimú y su idioma entran a formar parte de la trama del alma shilica, vayamos primero a ver sus orígenes que se remontan al horizonte de Chavín y la cultura Mochica.

Los chimú son los descendientes de los mochicas que florecieron entre el Siglo 4 y 8, y como cultura Chimú volvieron a resurgir en el Siglo 14, siguieron en pie a lo largo del Período Inca, y han conservado su idioma hasta nuestro tiempo.

—¿Hasta nuestro tiempo?

—Sí y no. Junto con la lengua de los habitantes de Tupe, un enclave étnico y lingüístico de origen misterioso en la serranía de Yauyos, el caso del muchik se torna muy interesante por ser un idioma pre-incaico que no fue avasallado por el quechua expansivo de los conquistadores incas y sobrevivió en el puerto de Eten, en el departamento de Lambayeque, hasta la primera mitad del Siglo 20, por lo que es posible escuchar su eco lejano y misterioso, incluso en la vertiente oriental del cerro Jelij.

—¡Ay Amito!

* * *

¿Acaso quedan en Celendín huellas de la gente chimú y de su idioma?

Sí se escucha el eco lejano del muchik, y las huellas de los chimú están marcadas sobre el terreno.

El pueblo chimú, cuya capital, Chan-Chan, estuvo, casualmente en Trujillo no fue sólo un pequeño reino conquistado por los Incas en el Siglo 15, sino un vasto imperio con muchos intereses comerciales en la sierra norte, incluyendo Celendín. Este hecho estaría detrás de la estrecha relación que tiene Don Baltazar Jaime Martínez Compañón, Obispo de

Trujillo con la fundación de la ciudad de Celendín. Es posible que él haya estado informado que los antiguos habitantes de Celendín habían dependido en tiempos pre-incaicos de la metrópolis de Chan-Chan, y se siguió esta pauta para la demarcación política de la provincia de Celendín.

—¿Acaso vinieron los chimú a Celendín desde Chan-Chan?

—Podría ser que sí, aunque es más probable que vinieron desde Lambayeque y llegaron a Celendín antes que sus descendientes fueran sometidos por los Incas, y por consiguiente, antes de que llegaran los mitimaes chilchos a Celendín, porque los chimú convivieron con los choctamallques.

* * *

Sobre el nombre de su lengua, muchik, tenemos el testimonio de Don Toribio A. de Mogrovejo, Arzobispo de Trujillo, en su *Libro de Visitas de 1593*, que es confirmado por los testimonios de Zárate y Oviedo, de Ruviños (1782) y del agustino Fray Antonio de Calancha.

Otros testimonios, como el del cronista Don Pedro Cieza de León, revelan que era una sola lengua. Pero sin duda, su difusión territorial, las influencias de las civilizaciones Tiahuanaco e Inca, y la falta de escritura, produjeron marcadas variedades locales.

Sobre los esfuerzos de catequización en idioma muchik, contamos con el testimonio de Fray Jerónimo de Oré en 1607, de que en el “Rituale seu manuale Peruanum” atestigua que se ha traducido al muchik el “Pater Noster” y el “Ave María”.

Sobre la difusión y la investigación del muchik contamos con el aporte del cura lambayecano Fernando de la Carrera y Daza, que escribió la primera Gramática del Muchik en 1644.

Entre los investigadores modernos están el erudito lambayecano, Dr. Jorge Zevallos Quiñones, que opta por llamar “yunga” al idioma chimú.

En 1892 el investigador alemán Ernst W. Middendorf consideró, como Calancha y Ruviños, que el idioma era efectivamente el muchik, y se dedicó a estudiarlo con los recursos de la lingüística moderna. Un examen general importante ha sido realizado por Paul Rivet.

En nuestros días, Josefina Ramos de Cox rastreó vestigios de las formas lingüísticas de la región Tallán, al norte de Lambayeque, y Alfredo Rocha lo hizo en Celendín y en la cuenca del Marañón.

* * *

Estos investigadores observan que el muchik tenía variedades dialectales tales como:

1. La variedad Quingham, que según Jorge Zevallos Quiñones fue el idioma particular del valle de Chimor en Trujillo, y que su propagación se efectuó con las conquistas de la gente de este valle.

2. La variedad conservada en Eten, y que ha sido objeto de estudios lingüísticos por Ernst W. Middendorf a partir de 1892.

3. La variedad Tallán, del norte de Lambayeque, fue investigada por la arqueóloga Josefina Ramos de Cox a partir de escasos vestigios lingüísticos.

4. La variedad Sec, bien puede corresponder al Secchura, mencionado por Martínez de Compañón.

5. La variedad Culli o Culle, mencionada por el Obispo de Trujillo, Martínez de Compañón, como que era hablada en las serranías de Huamachuco, región incluida en el antiguo Obispado de Trujillo. La misma variedad se habría dado en Celendín.

* * *

No es posible establecer el grado de parentesco entre la variedad Culli y los de la costa norte, pero habría tenido influencia en la provincia de Celendín.

Por ejemplo, se observa en la lengua culli la tendencia a acentuar la última sílaba de las palabras, como lo atestigua la letra original del Chilalo o Carnaval Celendino, en las palabras *siluló* y *guayluló*, que castellanizadas se pronuncian “silulo” y “guaylulo”.

En tiempos más recientes, el escritor celendino Jorge A. Chávez Silva (el Charro) se refiere a los indios culle como el mayor componente étnico indígena en la región. Esto hace en su novela, *Travesía del amor desesperado*.

* * *

¿Cómo es que se conservó el muchik hasta nuestro tiempo?

Los chimú fueron conquistados por los Incas 50 a 80 años antes de la llegada de los españoles, pero su marcada identidad cultural y política significó una barrera para la difusión del quechua en la región, aparte del hecho de que aquí los Incas no encontraron las variedades de quechua que encontraron en otras regiones conquistadas.

Según Middendorf, el hecho de que en algunas zonas de Cajamarca no se hable el quechua, sino sólo el español, se debe a que la gente de habla muchik establecida aquí ofreció menos resistencia al español que a la lengua quechua. Este puede ser el caso de Celendín, y no la total ausencia de indios, como estima Don Alfonso Peláez Bazán.

Se estima que hasta la primera mitad del Siglo 17 hablaban la lengua muchik cerca de 50.000 personas. Y según trasciende de la obra de Fernando de la Carrera, se hablaba también en algunos lugares de la sierra norte. Se puede incluir a Celendín, al juzgar por su cerámica negra contemporánea de la cultura cerámica Cajamarca, y algunas posibles toponimias como Pallac, Pallán, Llanga, Llanguat, Jelij, etc., aparte de vocablos aislados, como el apodo “fuscán”, dado al traficante de oro.

* * *

Como el chino, el muchik es monosilábico, y las palabras aparentemente multisilábicas que se han conservado en español pueden ser compuestas.

—¿Cómo la antroponimia Failoj?

—Quizás. Como también pueden ser muchik las interjecciones onomatopéyicas ñej y cheñej.

Son palabras muchik, “cuculí”, “capulí” y “china”, que han logrado abrirse camino al español.

La palabra “china” parece derivar de los vocablos monosilábicos SI, “mujer” o “hembra”, y ÑAÑ, “joven”. Esta voz podría estar contenida en el nombre Shinan o Sinan, con que se conoce a una huaca chimú a corta distancia de Pacasmayo, y que podría ser un monumento relacionado con el culto a la Luna.

Federico Kauffmann Doig dice: “Los Incas, que llevaron para su servicio al Cusco a muchas de ellas, variaron su significado al asimilar esta voz al quechua. Le dieron a la palabra el sentido peyorativo con el que a su vez ha pasado al castellano del Perú: Criada doméstica. Aunque lo ignoran, los trovadores populares de hoy que cantan a su “china” —que no necesariamente resulta ser asiática— dan a la palabra una acepción más apegada a la forma primitiva:

*¡Ay, mi china linda,
palomita cuculí,
ojitos de capulí!
¡Do re mí fa sol la sí!*

* * *

Es importante la siguiente observación respecto de la palabra SI: No significa exactamente “mujer”, sino “hembra”. Y su proliferación como prefijo en términos compuestos revelaría el énfasis de los chimú en el culto a una divinidad femenina y sus reflejos en la personalidad y en el rol de la mujer.

Su uso como epíteto para referirse a la divinidad principal, la Luna, parece evidente en la Crónica Moralizadora del agustino Fray Antonio de la Calancha, lo cual indicaría que pudo haber existido entre los chimú una sublimación de la mujer con una carga emocional y cultural que se advierte en la palabra “china”, que significaría la hembra por excelencia.

* * *

El Chilalo, nombre de la letra original del Carnaval Celendino, bien podría constituir un documento etno-lingüístico dilucidador, debido a sus términos ahora desconocidos por los celendinos, y que pueden haber sido introducidos en la región por los chimú, términos como “silulo”, “guaylulo” y “chilalo” mismo.

Las investigaciones del Amauta Don Orestes de Tavera y Quevedo al respecto indicarían que los dos primeros términos son frutos decorativos propios del valle encantado de Llangat. El silulo puede haber sido el achiote o la higuera.

“Chilalo” es el nombre de un ave, posiblemente la llamada “chinalinda” o “apalina”. Esta identificación tendría, además, sustento lingüístico, porque “chinalinda” puede derivar del componente muchik SI, que como hemos visto, en otras variedades dialectales era pronunciado CHI y SHI.

—¡No me digas que la palabra “chicha” también es muchik, porque empieza con CHI.

—Chi, cheñó. . . Porque en quechua se dice ajata.

* * *

Es realmente conmovedor escuchar el eco de todos aquellos hombres y mujeres que nos antecedieron en la tierra de Celendín. Sobre todo cuando el tiempo, como el agujero negro, chupa y hace desaparecer todo recuerdo y nos sepulta en la nada.

Lo primero en desaparecer es la onomástica, es decir, el nombre de los personajes que hacen la historia.

Las toponimias, es decir, los nombres de los lugares, prevalecen más tiempo porque se arraigan en el suelo, muchas veces confundidos con los nombres de los pueblos y de los grupos étnicos, o con la designación de sus idiomas y dialectos.

—Con todo, las toponimias precolombinas más difundidas en Celendín, siguen siendo las del quechua, el idioma de choctamallques y chilchos. ¿No es cierto?

—Así es. El Amauta Don Orestes de Tavera y Quevedo indica que hasta sus tiempos se les llamaba “chilchos” a los moradores de Pallaj. La misma toponimia Pallaj no sería quechua, sino muchik, porque suena como Yampallej, nombre del ídolo epónimo de los chimú, el mismo personaje que ha sido representado con alas en sus hombros en el famoso tumi de Lambayeque.

—¿Y los apodos? ¿Conlleven alguna carga etnológica?

—Los apodos son una variedad de la onomástica que perdura por más tiempo. Por ejemplo, hasta ahora existe el apodo de “Chilcho” al lado de “shilico”, que se hereda de generación en generación, como ocurre con los “Churgapes”.

—¿Como “el Fuscán”?

11 ¿QUIENES FUNDARON CELENDIN?

—¿Podría un estudio antropológico conducir a la verdad de los hechos?

—Quizás no. Pero podría señalar el camino.

—¿Y cómo se llegaría finalmente a la verdad?

—Sólo si se descubre en algún entierro alguna joya valiosísima que tenga la Estrella de David o la Menoráh, o una partida de matrimonio en el formato de una Ketuváh, o siquiera una página o un retazo de página de la Hagadá de Pésaj, o un fragmento de Sidur (libro de oraciones). O lo que sería más conmovedor y espectacular: Un Séfer Toráh escrito en pergamino, conforme a la halajáh o normatividad judía. Si esto se descubriera aquí, en Cashaconga, se cumpliría al pie de la letra la visión del bienaventurado profeta shilico Alfredo Pita en su rollo, *Le Chasseur Absent*, capítulo 7, versículo 28, donde predice que en la Villa Amalia de Celendín se levantará en la era escatológica, no una simple sinagoga, sino el mismísimo Templo de Salomón.

—¡Ay Amito!

* * *

Después de una corta interferencia volvemos al asunto de la revista, “El Trotamundos”.

El Charro hace esta observación:

—Nosotros hemos estado acostumbrados a la versión de que los judíos llegaron a Celendín del Brasil, por el oriente, y se asimilaron al grupo de españoles que había llegado previamente. Después vienes tú con tu hipótesis de que llegaron antes que los españoles. Ahora, Don Lázaro Cohen nos viene con que sesenta familias judías de “procedencia portuguesa” fueron enviados por la Reina de España a Cajamarca, para asesorar a los indios en las minas, y que ellos, asociándose con los indios huyeron a las regiones más recónditas de Cajamarca y llegaron acá. Estos acontecimientos son fechados tan temprano como en los tiempos de Don Francisco Pizarro. ¿Es esto posible?

Respondo:

—Sí es posible, aunque no se habría tratado de sesenta familias sino de sesenta individuos, algunos quizá con mujer o hijos. Esta declaración hace eco del hecho de que en esos primeros momentos de la colonia los judíos portugueses tenían fama de ser expertos ingenieros mineros, como lo atestigua Don Ricardo Palma.

Y le digo:

—Guarda en mente el detalle de que los judíos portugueses se aliaron con los indios y se escaparon. . . tú ya sabes a dónde. Este decir puede tener trascendencia cronológica. La leyenda alude a las minas de plata de Chiquelete (o Chilete) que habían estado en explotación desde los tiempos de los Incas, y que el conchasumadre del Melchor Verdugo, el encomendero de Cajamarca, se ufanaba de haberlas descubierto él mismo.

* * *

La posible presencia de mitimaes chilchos de Celendín en Chiquelete no ha de extrañarnos, porque siendo mitimaes podían estar en diversos lugares, siempre al servicio del Inca. Pero como las minas cambiaron de dueño con la llegada de los españoles, no me sorprendería que los chilchos y sus amigos judíos, hayan cometido la marranada de largarse con la plata. ¿Y a dónde más? ¡Pues a Chilindrín, donde los chilchos vivían como diablos sueltos a lo largo del Período Colonial.

Pero yo sigo prefiriendo la versión popular de que los judíos llegaron a Celendín por el oriente, procedentes del Brasil, algunos posiblemente de Recife. Ellos habrían sido bienvenidos por los chilchos en la cuenca del lago Chilindrín antes que los españoles llegaran vía Cajamarca, Sorochuco, La Conga y Huangashanga. Esta versión se sincroniza con las migraciones de los judíos del Brasil a Surinam, Curazao, las Antillas y América del Norte hacia 1750.

—La misma versión indicaría que efectivamente los chilchos vivían de su cuenta en pleno Virreinato.

—Como hasta ahora los shilicos viven como diablos sueltos, ¿di?

* * *

El Charro trae a cuestión la opinión del Amauta Don Orestes de Tavera y Quevedo, en el sentido de que esta versión explicaría el por qué a los celendinos —tanto chilchos como portugueses, y quizás también españoles— se terminó por llamarlos “chilicos” o “shilicos” (gentilicio derivado de “chilchos”), y por qué a la hacienda que se conformara en esta apartada región se le dio el nombre de “Chilindrín”.

El Charro inquiriere:

—Pero el gentilicio “shilico” suena algo diferente que “chilcho”. . .

Respondo:

—Eso se habría debido a su deficiente pronunciación por los caxamarcas, que fueron los que acuñaron el gentilicio como despectivo. No se debería descartar la metátesis (transposición de las consonantes de una palabra) con el objeto de hacerlo ridículo e hilarante, como cuando el Amauta Alfredo Rocha decía “sucretino” en lugar de “sucreño”. Cualquier sensibilidad de fondo ha desaparecido, pues los celendinos adoptaron el gentilicio a toda honra y mejor humor.

—¿Y por qué les tendrían que llamar “chilchos” o “shilicos” a todos?

—Porque los chilchos estuvieron aquí primero, antes que los portugueses y los españoles. Además, como en el caso de los “Churgapes”, en Celendín los apodos se heredan de manera generacional.

El Charro exclama:

—¡Realmente deben haber sido colosales esos chilchos de Celendín para haber actuado libre e independientemente al lado de sus socios judíos, poquísimos en número. De esta manera, como lo hace el artículo de “Expreso”, se podría decir que un grupo de hebreos fundó Celendín.

* * *

Pero nunca, nunca, nunca debemos relegar a un segundo plano a los chilchos, incluso a los colonos de origen culli y chimú, que también han dejado huellas indelebles en Celendín, sobre todo en la toponimia. Todos ellos son los verdaderos fundadores de Celendín, contrario de lo que opinaba mi tío, Don Alfonso Peláez Bazán.

—Pero, ¿existe realmente algo para confirmar que nuestro origen se relaciona con el Brasil?

—Respecto de las migraciones de los judíos del Brasil son muy elocuentes los documentos de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales en las Publicaciones de la American Jewish Historical Society (PAJHS).

—¿Qué tienen que ver los holandeses en todo esto? ¿Qué tiene que ver el Van der Brook.

—La Compañía Holandesa de las Indias Occidentales fue la gran empresa que entre los años 1621 y 1674 surtió a toda Europa de azúcar de caña manufacturada en el litoral del Brasil, aparte de muchas otras actividades comerciales y empresariales. Ahora bien, la empresa era realmente holandesa, pero sus agentes minoristas eran judíos sefaraditas, o como se los llamaba en las colonias españolas, “portugueses”.

* * *

En la costa atlántica del Brasil los “portugueses” estaban concentrados en la ciudad de Recife y en la cuenca del río San Francisco, en el estado de Pernambuco. E interesantemente en los documentos del judaísmo del Brasil en tiempos del dominio holandés, antes de que el Brasil fuera reconquistado por Portugal, figuran varios apellidos frecuentes aquí en Celendín, como Chavis y Pereyra.

Cuando se desmembraron las comunidades judías del Brasil, a causa de la crisis de la industria azucarera y la reconquista del litoral del Brasil por el Portugal, hubo grupos de judíos que emigraron al norte de Sudamérica y a las Antillas. Ellos se sumaron a las comunidades judías existentes en Surinam o Guayana Holandesa, y de Curazao, frente a la costa de Venezuela, y algunos llegaron a América del Norte donde los judíos habían fundado la ciudad de New Amsterdam en honor de la capital de Holanda, que era su adoptada metrópolis.

A propósito, la ciudad de New Amsterdam es en la actualidad New York. Los así llamados “judíos de Holanda” que fundaron New York anhelaban que esta ciudad se convirtiera en un nuevo y poderoso bastión del judaísmo, como realmente ha ocurrido.

* * *

El Charro piensa que nos hemos apartado del tema, e inquiera:

—¿Quieres decir que algunos de aquellos judíos se desviaron de su derrotero norte, rumbo a occidente, y se internaron en la Amazonía, y finalmente vinieron a parar aquí, en Yungamar, que digo, en Celendín?

Respondo:

—Algunos judíos habrían llegado a Celendín décadas después de la reconquista del Brasil por el Portugal tras escalas en la Amazonía que a veces duraban generaciones. Aunque es posible que ya eran católicos desde mucho tiempo atrás, pero católicos “marranos”, después de todo.

Su llegada a la cuenca del lago Chilindrín habría ocurrido hacia 1750.

Su ruta, a partir de Recife, habría seguido por cabotaje la costa del Brasil que se perfila al nor-oeste, hasta llegar a Belém, en la desembocadura del río Amazonas.

Después habrían seguido hacia el oeste por el río Amazonas, pasando por Manaus y llegando a Iquitos.

Después habrían seguido por el río Huallaga en dirección sur, hasta Yurimaguas y las inmediaciones de Tarapoto.

Después habrían seguido por tierra en dirección nor-oeste, a Leymebamba.

Después de cruzar el Marañón habrían entrado al territorio de los chilchos por la cuenca del río Miriles, a la región de Oxamarca.

Las siguientes escalas fueron necesariamente la cuenca del lago del Huauco y Huacapampa. Así llegaron al lago de los Chilchos o Chilindrín. Ellos habrían hecho los primeros esfuerzos para drenar el lago.

* * *

El Charro inquiera:

—A propósito, ¿conservas en tu poder el artículo del periódico “Expreso”?

Le digo:

—Aquí lo tengo en mi laptop. Lleva por título, UN PEQUEÑO ESTADO JUDIO EN PLENA SIERRA PERUANA: HEBREOS PERSEGUIDOS POR LA SANTA INQUISICION FUNDARON CELENDIN.

Me dice:

—¿Qué dice de los striptiseros shilicos?

—Dice que “a los celendinos se les ha conocido secularmente entre los pueblos de la sierra norte como ‘los judíos peruanos’.” Tú los llamas “striptiseros shilicos”; yo los llamaría “diablos sueltos” . . .

—¿Y qué dice sobre su llegada del Brasil?

—Interesantemente enfoca la llegada de los “portugueses” a Celendín en el año 1780, unos veinte o treinta años después de la fecha que yo he calculado a partir de las referencias de los documentos de la American Jewish Historical Society respecto de las migraciones de los judíos del Brasil en la cuenca amazónica.

12
STRIP-TEASE CULTURAL



A raíz de la publicación de “El Trotamundos”, revista de la Asociación Celendina en su edición especial de lujo por el Bicentenario de nuestra ciudad, tuve una interesante conversación con el Charro, el artista y escritor más destacado de Celendín, la cual intento reproducir a continuación.

El empieza por preguntar:

—¿Has leído el artículo, “Origen judío de los celendinos”, escrito por el dramaturgo Grégor Díaz? ¿Qué opinas respecto de la leyenda que ha incluido? Dice que le ha sido referida por Don Lázaro Cohen, alcalde de Pucallpa, quien squé mostraba mucho cariño por sus amigos shilicos de Pucallpa y brindaba con ellos diciendo: “¡Con ustedes, los celendinos, porque son mi sangre!”

Le respondo:

—Me parece que su inclusión en un artículo que se encuentra ubicado exactamente en el centro de la revista del Bicentenario de Celendín habla entre líneas y dice muchas más cosas de las que las palabras pueden expresar.

—¿A qué cosas te refieres?

—A que uno de los valores centrales de nuestra gente de Celendín es su identificación sentimental con el pueblo de Israel; no tanto con el poderoso Estado moderno, sino con un pueblo malentendido, perseguido y masacrado. Porque cuando la palabra “judío” era un insulto, los celendinos nos enorgullecíamos de ser llamados tales. Teníamos la intuición de que eso que la gente creía ser un insulto, era un cumplido, porque no es poca cosa ser descendientes del patriarca Abraham y primos hermanos de Albert Einstein y de Jesucristo. Y a ti te consta, que los shilicos viven cómodamente como en la novela turca, “Entre dos amores”,

—¿Te refieres a Moisés y a Jesús?

* * *

El Charro me ajocha con sus preguntas, por el hecho de haber yo estudiado en la universidad más importante del mundo, la Universidad Hebrea de Jerusalem:

—¿No será simplemente que detrás de todo está el sentirse un fenómeno étnico interesante? El prurito de ser diferentes del resto, o como dice la sensual Brooke del programa Shields, sentirnos “the best and the rest”?

—Quizás, mi querido Charro. Como dice la canción mexicana: “Les dirás que llegué de un mundo raro.” No me digas que no llaman la atención los estigmas étnicos que tienen su respectiva cuota de misterio, como es el caso de Tupe, un enclave étnico refundido entre los inaccesibles picachos de los Alpes de Yauyos que pertenece a la región de Lima. Cierta investigador israelí revela que sin saber por qué, los de Tupe llevan debajo de su ropa convencional una especie de chalequito con flecos, a manera de efod, una prenda de vestir de los sacerdotes levitas.

—¿Di?

* * *

El Charro inquiere sobre el origen de la leyenda referida por Don Lázaro Cohen:

—¿De dónde habrá sacado esa leyenda?

Y le digo:

—Si la ha sacado de su imaginación o de alguna otra fuente, es secundario. Importa más lo que dice entre líneas. El Sr. Cohen es uno de quienes corresponden con gentileza a nuestro cariño por el pueblo judío. Otro caso conmovedor es el Dr. Michael Simon, Embajador de Israel, quien visitó Celendín en 1964 en un helicóptero, acompañado de su señora esposa. Entiendo que estuvo aquí nada más que un par de horas; pero su interés y cariño eran evidentes.

Su visita fue reportada por el periódico “Expreso”, y aunque el autor del reporte no se identifica, revela conocer a fondo las investigaciones del historiador Apolonio Carrasco Limas, cuyo interés por Celendín se origina en sus estudios sobre la dispersión de los judíos de España y Portugal en las Américas.

* * *

La insistente pregunta es: ¿Qué es lo que realmente se sabe, y lo que no se sabe?

Cualquier cosa que digamos es podría ser conjetura. Sin embargo, la investigación antropológica hace posible que despeguemos del terreno de la leyenda y que a partir de hechos conocidos podamos develar el misterio o llegar a conclusiones válidas.

—¿Hechos conocidos? ¿Cuáles?

—La leyenda de que parte de las personas que contribuyeron a formar el perfil de nuestra gente de Celendín fueron “portugueses” que vinieron del Brasil después de haber atravesado la Amazonía en un viaje sin retorno. Sus nombres bíblicos confirmarían su origen étnico. Nomás en la plaza de armas teníamos al “Tío Elías Buenos Díaz”. En la cuadra donde está mi casa había una Miriam, dos Moisés, una María Benjamina, dos Esther, una Judit y una Sara. En la esquina abajo de mi casa vivía el tío Salomón Mori y una hermosa chica Esther Mori. Pasando la calle para continuar más abajo, vivía una preciosura llamada Sarita León. Más abajo, casi llegando a Chacapampa, vivían el tío Abraham y el tío Isaac. También teníamos un Neftalí y un Leví que llegó a ser secretario del Presidente Miguel Iglesias, que también era shilico.

—Y no te olvides del “Loco Israel”, que con el Alfonsí y mi tío Miguelino formaban el Trío Dinámico. . . Pero, ¿pueden los nombres ser objeto de estudio válido?

* * *

Los judíos sefaraditas procedentes de la Península Ibérica tenían nombres comunes al resto de la gente del mundo cristiano. A veces tenían dos nombres: Uno hebreo y otro gentilicio. Y a veces un nombre hebreo que no era legalmente su nombre sino su “alias” o pseudónimo utilizado en la clandestinidad, porque en aquellos tiempos escaseaban los Derechos Humanos y uno podría ser juzgado por su nombre.

De sus apellidos no se puede derivar gran cosa, y a nada conduce decir que su forma original haya sido tal o cual palabra hebrea. En Celendín sólo hay tres apellidos hebreos en el sentido de que derivan de palabras hebreas:

El apellido Rabanal, que nos es conocido por el nombre del sabio Av-rabanel, que significa “Padre grande es Dios” (hebreo: av-raban-el). Rabanal (variante de Rabanel) significa “Grande es Dios”, y equivale, desde el punto de vista semántico, a la interjección árabe, Al’áh ákbar. Este apellido no significaría, pues, “parcela sembrada de rábanos” porque la terminación “al” como en “naranjal” expresa gran tamaño, y las parcelas de rábanos eran cosa muy pequeña.

El apellido Mori, significa “mi maestro”, y equivale al apelativo Rabí.

El apellido Pérez, aunque muy difundido en el mundo cristiano, es una palabra hebrea que deriva del verbo que se traduce “irrumpir”.

* * *

La designación de los judíos como “portugueses” se da en Celendín de la misma manera de la tradición referida por Don Ricardo Palma en 1868 acerca de la así llamada “Casa de Pilatos” que fue la sinagoga de “los portugueses” en Lima, a cuyos miembros les cayó encima la Santa Inquisición. Los llamaban “portugueses” porque provenían del Brasil,

cuya costa nor-atlántica fue sede de judíos sefaraditas de habla portuguesa, asociados con los holandeses que por un corto tiempo despojaron al Portugal de sus territorios en esa parte del Brasil. Estos judíos sefaraditas-portugueses entraban al territorio del Virreinato del Perú por la cuenca del Amazonas.

En cuanto a la historia referida por Don Ricardo Palma, cae por su propio peso la falsedad de la acusación hecha contra los judíos portugueses de Lima, de darle de “ramalazos” a la imagen de Jesús crucificado, porque los judíos no odian a su paisano; sólo no lo aman, y por consiguiente, lo ignoran.

Palma resume los hechos diciendo: “Pérez y diez de sus correligionarios fueron quemados en el auto de fe de 1639, y penitenciados cincuenta portugueses más, gente toda de gran fortuna. Parece que al portugués pobre no le era lícito ni ser judío, o que la Inquisición no daba importancia a descamisados.”

—Entonces, con respecto a Celendín, ¿se puede decir que si el río suena, piedras trae?

—Me parece que sí, querido Charro.

* * *

Más adelante en nuestra plática le digo al Charro:

—La conjetura es interesante; pero si no han quedado rasgos de la religión judía, nos quedamos sólo con la conjetura. Pero yo veo algunas pocas evidencias de que los judíos de Celendín tuvieron un minián para la oración Maarív (la oración vespertina), aunque jamás haya habido sinagoga.

—¿Qué cosa es el minián?

—Es un grupo de diez judíos varones que se ponen de acuerdo para la práctica de la oración. El minián es la materia prima de la sinagoga, y no requiere de local. Si los judíos de Celendín tuvieron alguna vez un minián, el único indicio es la persistente alusión a las 6.00 de la tarde como “la hora de la oración”, de decir, de la oración vespertina o *maariv*.

—La hora del encuentro de los enamorados. . . ¿Vamos al río?

—Es cierto que la expresión se puede encontrar en muchos otros lugares de tradición hispánica sin conexión con la tradición judía, porque la práctica judía fue asimilada por la religión católica. Aunque en este caso no hay propiamente oración, sino la recitación del Angelus o el pasaje del Evangelio de Lucas sobre el Anuncio del Angel a María. Sin embargo, en Celendín la expresión perdura de manera más persistente, quizás porque antes de la llegada de los españoles católicos a Celendín, los portugueses judíos sí oraban en grupo a esa hora del atardecer.

—Escasa evidencia. . .

—Es cierto, Charro, pero esta simple frasecita, “la hora de la oración”, indicaría que los judíos llegaron al lago de Chilindrín antes que los españoles, y su primer contacto fue con los chilchos de los alrededores, sobre todo los de Poyunte y de Pillco.

A propósito, en el judaísmo también hay la “oración matutina” o Shajarít. A diferencia de la oración vespertina, que es en grupo, la oración matutina es personal y requiere del uso de filacterias.

Esta influencia judía en la cultura hispánica no es de extrañarnos dada la estrecha conexión del pueblo judío con España o Sefarad. La palabra “don” (y su femenino “doña”), por ejemplo, viene del hebreo *adón*, “señor”.

* * *

Otra evidencia interesante es la costumbre de contar los días festivos empezando de las 6.00 de la tarde del día anterior, lo que se denomina “víspera”, y equivale a la palabra hebrea *érev*. Erev es el comienzo de la primera parte del día (la parte a oscuras) en la cultura hebrea, y en los días festivos el comienzo de la víspera es celebrada con una cena festiva a la luz de las velas.

—En Celendín todavía se da más importancia a la víspera de las fiestas, que al mero día de fiesta en la parte iluminada del día. ¿Alguna otra evidencia?

—Sí, Charro. Aunque otras evidencias se habrían ido extinguiendo con la llegada de los españoles y el catolicismo que contribuyeron a que se produjera el strip-tease cultural “marrano” de los portugueses de Celendín. Es decir, se dio paso a la práctica de inveteradas costumbres judías, a escondidas, simulando ser católicos. El apelativo de “marranos” es casualmente despectivo.

* * *

Al escuchar la palabra “marrano” el Charro se ríe:

—¿“Marranos”, dijiste? ¿O sea, “coches”?

—Es cierto. En el programa del Chavo del Ocho, don Ramón le llama “cachetes de marrana flaca” al Quico.

Las publicaciones de la American Jewish Historical Society indican que los judíos del Brasil en su mayoría eran “marranos”, apelativo dado a los judíos que se habían convertido al catolicismo bajo compulsión y miedo de la Santa Inquisición, o por pura conveniencia, pero que tenían la osadía de practicar en secreto los ritos y costumbres de la religión judía, entre ellos, ducharse el día viernes, antes del anochecer, para estar limpios en el momento del comienzo del Sábado (hebreo: *qabalát Shabát*).

Sus nombres y apellidos eran los mismos de los españoles y portugueses católicos, pero su alma era judía. Sus descendientes llevaban tales huellas imborrables en su alma y anhelaban que las circunstancias históricas cambiaran para volver a profesar su judaísmo con libertad.

A esta hipocresía la Iglesia Católica consideraba una marranada; a la misma yo denomino con el término antropológico de “strip-tease cultural”.

* * *

El Charro me ajocha con sus preguntas:

—¿Y por qué les llamaron “marranos” a los pobres judíos que como es sabido les tienen alergia a los coches?

Le digo:

—Yo me he hecho la misma pregunta, porque me intriga que los españoles, que tanto aman y adoran a los marranos, hayan llamado “marranos” a los judíos que tanto odiaban y acabaron por expulsar de España. Pero un amigo israelí me dio esta explicación: “El apelativo lo sacaron de la Segunda Epístola de San Pedro, capítulo Segundo, verso 22: ‘A ellos les ha ocurrido lo del acertado adagio: El perro se volvió a su vómito, y la marrana lavada a revolcarse en el lodo’.” —Porque squé, volver a las prácticas del judaísmo era considerado como volver a revolcarse en el lodo después de haber sido bautizado—.

* * *

El Charro inquiera:

—¿Cómo estás convencido de que jamás hubo una sinagoga en Celendín?

Y respondo:

—Los documentos publicados por la American Jewish Historical Society respecto de los judíos del Brasil indican que aun en medio de las comunidades judías grandes y bien organizadas, muchas veces no recibían autorización ni del gobierno holandés protestante ni de la autoridad judía central que respondía al gobierno de Amsterdam, para tener una sinagoga oficial. Si así eran las cosas en Pernambuco, peor en Celendín, en los tiempos del Virreinato.

—¿O sea que se quedaron en la intemperie y fueron desapareciendo?

Respondo:

—Ellos no sólo conservaron las huellas en el alma, sino que contagiaron su espíritu y dieron origen a uno de los valores generaciones de los shilicos. Pero de ellos mismos tenemos difusos recuerdos, como las seis letras Alef del sello esotérico del Capitán Don Zaturmino Chávez Baella, distribuidas tres a cada lado de la palabra CELENDIN, con caligrafía de derecha a izquierda.

13 LA CARROZA DE LA JUDIA



En la publicación cultural, *Literatura de la Provincia de Celendín*, de la Serie ENCENDER LECTURAS SIN APAGAR CULTURAS (Antonio Goicochea Cruzado, Editor - Editado por la Organización de Estados Iberoamericanos – OEI, 2010) aparece una interesante leyenda captada por el Dr. Luis Daniel Quiroz Amayo (el Doctor Nelo) con el título de “La carreta de la mujer judía” —o más propiamente, “la carroza”, porque se la describe como una calesa con cubierta de vaqueta—.

Este es el relato del Doctor Nelo:

A fines del Siglo 18 Celendín ya estaba delineado con sus calles derechitas, trazadas a cordel por el enviado del rey, topógrafo español llamado José de Comezana.

De acuerdo a la usanza virreinal las mujeres de dinero andaban en carruaje jalado por caballos y conducido por un mozo de caballería látigo y espuelas.

El sereno municipal encendía las luces de la ciudad y apagaba los faroles de la calle principal y de la Plaza de Armas a las 11 de la noche, después de lo cual, de acuerdo con las leyes españolas, nadie podía transitar por la población sin permiso del Intendente y sin permiso del ilustre Ayuntamiento.

La carreta de la judía era elegante y veloz, tirada por dos hermosos caballos y dos mulares y recorría la calle principal a las 12 de la noche. Aparecía por la Plaza de Armas, y se perdía por las últimas cuadras de la ciudad.

Conocido el hecho por el alcalde, el cura doctrinero y el propio Intendente de Trujillo (Celendín pertenecía a la Intendencia de Trujillo), las autoridades ordenaron a los alguaciles de la Justicia Mayor, dar caza a aquella carreta furtiva que recorría las calles de Villa Amalia de Zelendín transgrediendo las ordenanzas reales en abierto desafío a la autoridad del rey, del virrey, del intendente y del cabildo, siempre después de las doce de la noche.

Preparados los alguaciles por mandato de la autoridad virreinal, se parapetaron en los sitios menos visibles de la Villa y vieron pasar la rauda carreta que llevaba a una mujer judía en la calesa.

Las mulas echaban chispas centelleantes en la noche al vuelo del carruaje. Asombrados por el hecho vieron estupefactos que la carreta no tenía mozo de látigo y que las mulas y caballos se manejaban sin el mozo que todo carruaje lleva.

Capturada la carreta, descubierta la calesa encontraron a una mujer ataviada de joyas y alhajas de gran valor. Era una mujer de raza judía que cuando se fundó Celendín había rechazado el santo bautismo después que varios judíos portugueses habían aceptado la fe y desde entonces fueron llamados “nuevos cristianos”, adquirieron derechos de ciudadanía y la protección del rey y de la Iglesia. Por lo tanto esa mujer no tenía derecho ni podría entrar al reino del Señor. Por eso vagaba de noche desesperada por las calles de la ciudad de Celendín.

Este es el comentario del Dr. Moisés Chávez:

En mi última visita a Celendín en febrero del 2016 fui abordado por varios profesores de la Escuela Normal respecto de esta leyenda, porque hace algún tiempo me había referido a la misma en una entrevista en Radio “La Tuya” de esta ciudad. Entonces dije lacónicamente tres cosas:

1. Yo había escuchado la leyenda de otras fuentes.
2. Yo la había escuchado con variantes.
3. La leyenda incluye detalles históricos auténticos.

A continuación refiero lo que yo escuché:

En tiempos antiguos hubo en Celendín una mujer judía, señalada como tal porque no era católica. Y aunque con el devenir del tiempo ella habría podido aceptar el bautismo cristiano como otros, ocurrió que murió y no fue enterrada en el primer camposanto que estaba al frente de la Iglesia de la Purísima Concepción.

Se dice que su riqueza estaba invertida en joyas de oro y piedras preciosas, y que se había mandado armar una calesa con unas ruedas de fierro que llevó a Celendín a lomo de mulas.

Cuando su recuerdo estaba a punto de perderse, dos alguaciles detuvieron una calesa como esa en medio de las tinieblas de la noche, pensando que se trataba de un infractor de

la ley. Y constataron que a pesar del estruendo de su desplazamiento no tenía caballos, ni cochero, ni ruedas.

La visión duró hasta que miraron que nadie estaba en su interior, y en un santiamén todo se desvaneció en media calle sobre el empedrado; incluso los alguaciles, a quienes los serenos socorrieron minutos después.

* * *

¿Qué podría haber detrás de esta leyenda?

Yo había escuchado que los judíos portugueses que llegaron a Celendín por la ruta de la Amazonía provenientes del Brasil ya eran católicos, pero la versión captada por el “Doctor Nelo” podría revelar que algunos se aferraron a la fe de Israel hasta el final. De lo contrario, no hay razón para que se haya generado esta leyenda.

Como es referida, la leyenda contiene detalles ingenuos que revelan que se trata, no de elaboración literaria, sino de una tradición popular originada en el común testimonio de los alguaciles. Por ejemplo, ¿por qué se desvanecerían ellos en media calle, aun si hubieran bebido? ¿Y por qué tendría que referirse la gente, casualmente, a una carreta “de una mujer judía”?

En honor a la verdad hay que decir que la gente de Celendín nunca se ha referido a los judíos con miedo, incluso en historias relacionadas con ultratumba, sino sólo con aprecio y amor.

14 EL TOQUE FINAL

Me encuentro en el atelier de Jorge A. Chávez Silva, el artista celendino más conocido como El Charro.

Es el verano más caluroso que he pasado en Lima. El ventilador funciona con toda su fuerza, y Emma, su esposa, nos invita un refresco.

Tengo especial placer en verle pintar con témpera, y cómo, de repente, les da a los cuadros profundidad, brillo, sombra y luz con un solo toque de témpera: Es el toque final.

El toque final lo da con la témpera de color negro, en el preciso momento en que el cuadro cobra vitalidad y sus personajes se elevan del pliego de papel y salen a mi encuentro.

Mientras él pinta, conversamos, compartimos anécdotas y diseñamos proyectos, como el de la página web diseñada por Alfredo Pita, destinada a los temas relativos a Celendín. Entre ellos hablamos del misterio que todo celendino lleva escondido en su alma: Su alma misma.

A todos por igual nos inquietan estas cosas que a los extraños les pueden parecer sonseras, porque al fin de cuentas, todos los celendinos somos una sola familia extendida.

— Eso crees, t o?

—S , hijo.

* * *

El artista me pregunta:

— Dijiste que “chilalo” habría sido el nombre aborigen del ave apalina o chinalinda?  Y qué tiene que ver el “chilalo” con minúscula con el “Chilalo” con mayúscula, el nombre de la letra del Carnaval celendino?

Cuenta la tradición que en un primer momento “Chilalo” llegó a ser el apodo del que creó la letra y la música del Carnaval, por el hecho casual de que la compuso mientras tenía bajo su brazo un ave chilalo que había atrapado viva en Llanguat.

Era un ave que tenía los ojos pintados al estilo de la Pava de Oro, y la llevaba a Celendín como un regalo para su amada, Carolina, como quien dice: “Para no llegar con las manos vacías.”

El se había ido a Llanguat con su comparsa de Colpacucho para aprovisionarse de yucas, camotes, chancaca, miel, frutas de temple y otras cositas para la decoración de la fiesta, como guaylulos y silulos. Pero con esa ave de aspecto antediluviano se lucir a ante los ojos de su amada,  a lo grande!

— Y se puede saber quién era realmente el Chilalo?

—Era nada más ni nada menos que. . .  el Negro Eusebio Baella Díaz! —con nombres y apellidos—.

—Con razón le decían “Negro”. Dicen que el primer Baella fue un zambo que llegó a Celendín, y se enamor , y se quedó aquí para siempre.

* * *

El Negro Eusebio era el cuarto y último hijo del matrimonio de Don Isidoro Baella y Doña María Antonieta Díaz, abuelos del Capitán Don Saturnino Chávez Baella, los dueños de casi todo el valle encantado de Llanguat desde las fuentes termales hasta Pumachaca.

Cuenta la tradición que ellos tuvieron cuatro hijos:

El primero se llamaba Exequías. De él se cuenta que se fue a Chachapoyas y se casó con una preciosura de apellido Tuesta, de donde deriva la familia de los Baella Tuesta a la que pertenece Don Alfonso Baella Tuesta, el destacado periodista del programa televisivo “Frente a frente”.

El segundo se llamaba Catalino y fue cura, y sirvió a su grey en Colasay, Jaén, por cuarenta largos años. El llevó allá a su pequeño sobrino Zaturino (el Capitán) para educarlo, pero como éste no se acostumbró lo devolvió a Celendín al cabo de poco tiempo.

La tercera se llamaba Isabel, la renombrada “Chocha Bailla” (Baella). Ella fue la madre de mi abuelo, el Capitán Saturnino Chávez Baella, héroe de las batallas de San Juan y Miraflores en la Guerra con Chile. Ella murió a los 108 años de edad, la misma edad que tenía al morir su marido. De ella se cuenta que tenía una mirada muy penetrante, que con sólo mirarla a tu gallina la tumbaba muerta. Las madres escondían a sus bebitas para que no les fuera a fijar la mirada, porque si las lograba mirar se ponían cursientas. El único remedio era que la Chocha Bailla misma escupiera dentro de su boca, ¡y santo remedio!

El cuarto, el shulca, era el Negro Eusebio, que creó la música y letra del Carnaval de Celendín cuando él y sus compañeros de juerga pasaban por Shururo, de vuelta a Celendín después de haberse paseado en Llanguat.

* * *

Cuentan que los de la comparsa del Negro Eusebio, todos eran unos gringazos, sarcazos con excepción de él. Pero desde esos tiempos, anteriores a la Guerra con Chile, ya era tradición en Celendín que cada familia tenga su respectivo negro, el que da el toque final.

Qué lástima que ya no esté vivo Don Alfonso Peláez Bazán, porque me gustaría pedirle, juntos con el poeta venezolano Andrés Eloy Blanco: “¡Píntame angelitos negros!”

Masque te lo recito a continuación:

*¡Desengáñese, comadre,
que no hay angelitos negros!*

*Pintor de santos de alcoba,
pintor sin tierra en el pecho
que cuando pintas tus santos
no te acuerdas de tu pueblo,
que cuando pintas tus vírgenes
pintas angelitos bellos,
pero nunca te acordaste
de pintar un ángel negro.*

*Pintor nacido en la tierra
con un pincel extranjero,
pintor que sigues el rumbo
de tantos pintores viejos,
aunque la Virgen sea blanca,
¡píntame angelitos negros!*

* * *

—¡Pasumacho! Esto me aclara el enigma. . .

—¿Cuál enigma, Charro?

—Por qué en Celendín se casa una zarca con un zarco, ¡y guishpún, les nace un negro! Y si no a la primera, a la segunda, a la tercera, o a la cuarta. . .

—Y son squé más cotizados por su rareza, ¿di?

—Más bien lo son por su nobleza. Muy noblecitos squé son. La Misha me dijo que si algún día se llegase a casar, tendrá que ser con un negro shilico, ¡y si no, squé no!

—Esto confirma la palabra que dice: “El que no tiene de inga, tiene de mandinga.”
¡Ya me imagino ver a los fantasmas de los choctamallques, a los chimú, a los chilchos, a los portugueses, a los españoles y a los Baellas, bailando todos juntos el Chilalo ante su mismísima presencia del indio Catequil!

—¡Jué!

15 SIMPLES CELENDINOS



Los fantasmas de los choctamallques, el eco difuso de los chimú, el protagonismo de los chilchos, y la empresa de los portugueses y los españoles se fusionan en el alma celendina.

Las versiones legendarias de los orígenes de Celendín han hecho resaltar la gesta de los portugueses en desmedro de sus antecesores inmediatos, los chilchos, cuya grandeza nos ha correspondido rescatar, porque ellos estaban aquí cuando llegaron los portugueses.

—¿De dónde, pues, vinieron los chilchos?

—Ellos eran originarios del Valle de los Chilchos, que se extiende desde San Martín hasta Leymebamba, en los Andes orientales del norte. La evidencia acerca de su presencia en la cuenca del lago de Celendín no era conocida antes de 1967 cuando Waldemar Espinoza Soriano publicó el informe de la Visita de Cristóbal de Barrientos a Cajamarca en 1540 donde se menciona a los chilchos en el emplazamiento de la provincia de Celendín y se da el dato importante de que eran mitimaes de los Incas. A estos datos hay que agregar la información acerca de ellos provista por el Dr. Peter T. Lerche tras sus investigaciones en el Valle de los Chilchos, que fue dada a conocer en 1989.

* * *

—De “chilchos” viene el gentilicio “chilico” o “shilico”, ¿verdad? ¿Y por qué son tan importantes los chilchos en la conformación del espectro étnico de Celendín hasta el punto de que los celendinos saquen pecho de ser shilicos, es decir, chilchos?

—Porque fueron ellos los que trajeron aquí a los portugueses. Los portugueses, como los mismos chilchos vinieron otro mundo. Es muy posible que ellos entraron en contacto con los portugueses en el mismo Valle de los Chilchos, en las inmediaciones de Rioja. Ellos introdujeron a Celendín la artesanía de la paja toquilla y una modalidad del quechua que lamentablemente no se ha conservado, salvo algunos rezagos de carácter fonético en las expresiones del dialecto shilico. El Amauta Don Orestes de Tavera y Quevedo piensa que ellos no pronunciaban “chilchos”, como en el documento de la Visita a Cajamarca, sino “shilshos”, y que como todos los epítetos étnico-religiosos, el gentilicio fue creado por extraños y adoptado por propios.

* * *

Luego llegaron los portugueses, antes que los españoles, trayendo los apellidos, Rabanal, Mori, Pérez, Pereyra, Díaz, Reyna, Chávez, y ostentando nombres bíblicos como Israel, Abraham, Isaac, Sara, Ester, Absalom, Leví, etc, que no eran otra cosa que sus “alias” que volvieron a convertirse en sus nombres verdaderos una vez que se vieron lejos y libres de las presiones de la sociedad cristiana.

—¿De veras llegaron del Brasil? ¿O de la Avenida Brasil?

—Vinieron del Brasil surcando las cuencas del Amazonas y del Huallaga, y se acercaron a los fueros de los chilchos por Rioja y Leymebamba, y cruzaron el Marañón y el Miriles rumbo a Oxamarca y Choctapampa.

Los chilchos los recibieron con los brazos abiertos y se contagiaron de su espíritu emprendedor. Inteligentemente consideraron que una alianza con ellos podría reforzar su status de autonomía que ostentaban y que la administración de Francisco Pizarro había optado por respetar.

Los españoles vinieron poco después, cuando se convencieron de que los chilchos no eran de temer, y que antes de guerreros aguerridos, más bien eran estrategas, ingenieros militares, quipucamayocs y administradores, gente empresaria que daban la bienvenida a todos los hombres que lucían inteligencia emocional y buena voluntad. Su primer contacto con la tierra santa ha sido trazada por la Sra. Consuelo Lescano Merino de Rodríguez en su obra, *Adviento de Celendín*.

* * *

Los trabajos de drenaje del lago de Celendín habrían empezado con la llegada de los portugueses, y prosiguieron con el recurso de los españoles, rompiendo las rocas que causaban embalses en la entrada a Poyunte. El drenaje se completó con la construcción de lo que conocemos como Río Chico y Río Grande, que en realidad no son ríos sino canales de drenaje del agua de las lluvias el primero, y del agua de manantiales el segundo.

Dicho sea de paso, no todo el valle de Celendín era lago. En su mayor parte era un pantano cuyo nivel se incrementaba en tiempos de lluvia. Los portugueses vieron que su drenaje lo convertiría en un área amplia para dar cabida a una ciudad y su respectiva campiña.

¡Estos son tus orígenes, shilicazo! A tal fundamento añádele el amor de mi abuelo, el Capitán, que sembró este suelo de eucaliptos esbeltos y fragantes, que plantó en la plaza de armas los pinos gigantes de la variedad Araucaria Excelsa, y fundió en bronce las campanas de la Iglesia Matriz, convirtiendo el lecho del extinto lago en un abigarrado óleo en que cada shilico añade su propia pincelada de amor, como lo expresa mi poema, “Celendín”:

CELENDIN

*Infancia fugaz de sello indeleble.
Horas de escolar, días de recreo.
Infancia tenaz, don saludable.
Hombres que se nutren del recuerdo.*

*Campiña bordada con garzas de plata.
Olor de eucaliptos, frescor de alborada.
Luz auroral que inunda la plaza.
Colegiales que escoltan cada madrugada.*

*Formación de tejas, tablero perfecto.
Calles rectilíneas, sin repliegues.
Amplias portadas, balcones celestes.
Quietos zaguanes y patios floridos.*

*Torres compiten con las blancas nubes.
Almácigo de blancos sombreros de paja.
Blancas paredes reflejan las luces.
Gracia femenil, piernas blancas.*

*Olor de leña fresca, lata de panecitos.
Hornos de cúpula, llama, traqueteo.
Hora de la oración, del galanteo.
Tímido pestañear del cielo andino.*

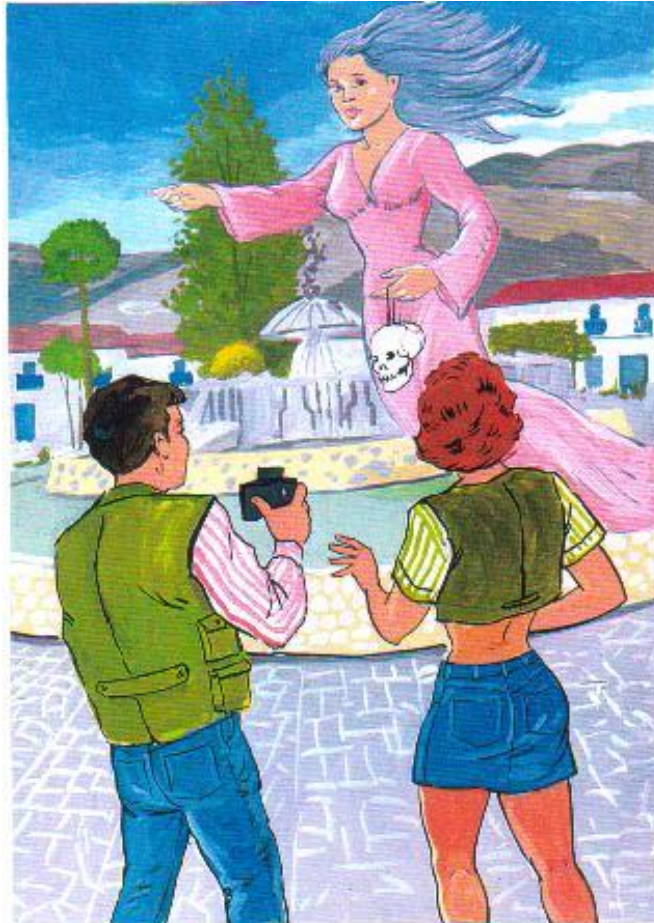
*La Luna se yergue en el negror del cielo.
Estrellas salpican la Vía Láctea.
Tinieblas encubren el amor, los celos.
El silencio, desgarrar una serenata.*

*Una canción de cuna, un tarareo.
Una canción de amor que rompe el alma.
Un “adiós”, un brindis de bohemio.
Un pañuelo blanco, sin palabras.*

*Retienes a tus hijos, sólo hasta la hora:
La hora del umbral, la faz de la hombría.
¡Bendícelos das das, que vayan sin demora!
El mundo es su patria y ciudadanía.*

*Oh, caravana de místicos taurinos:
¡Volveos a casa del último rincón!
Es hora de sentirse simples celendinos,
¡emoción que sublimiza el corazón!*

16 LA FELICIANA



La Feliciano y los periodistas Mullushingos

La historia de la Feliciano, la hermosa Cenicienta de Celendín, de trágico fin, ha adquirido con el transcurso del tiempo varias versiones, algunas un tanto diferentes en su trama.

Una versión la sitúa en los orígenes mismos de la ciudad de Celendín, cuando todavía convivían por separado los chilchos con los colonos europeos. Interesantemente, no se la asocia con los chilchos mismos, sino con los choctamallques, y se dice que fue una princesa nativa que no alcanzó a cruzar el río Miriles en la retirada de los Choctamallques hacia Chachapoyas porque era recién nacida y su madre se resistía a perder las esperanzas de que los valientes choctamallques volvieran a sus fueros al occidente del río Marañón.

Pero los que llegaron más bien fueron los colonos europeos, y allí empieza el dilema de la madre de la Feliciano respecto del destino de su hija, puesto que era de sangre real india y por tanto tenía el aliento de los dioses.

* * *

Una segunda versión dice que su madre era portuguesa y que no quería que su hija se juntara con la chusma.

Si fuese verdad que su madre era “portuguesa”, su historia podría estar relacionada con la leyenda de “La carroza de la judía” que ha sido rescatada de la tradición oral por el gran antropólogo shilico, Dr. Daniel Quiroz Amayo, y que hemos incluido en la antología relacionada con su bendita memoria. Su fe judía, antes que su abolengo, explicaría las razones para que esta trágica familia no se integrara con los demás pobladores de la naciente ciudad de Celendín.

Y una tercera versión ubica a la Feliciano en tiempos más tardíos y enfoca el carácter mezquino de la madre, a la cual acusaron del asesinato de su propia hija con el encubrimiento de autoridades corruptas y vendidas.

* * *

Sea cual fuese la versión correcta, y no estamos avalando ninguna, las tres tienen un común denominador: La actuación de la nodriza. Ella habría sido una india de origen chilcho, y vivía aislada tanto de otros chilchos como de los europeos, en una choza que tenía en Pumarume.

La nodriza, haya sido hechicera o no, es secundario, porque más que la madre de la Feliciano, ella habría sembrado en el alma de la niña valores eternos y quedó tan dolida de su muerte que al fin ella también desaparece de la escena sin que se sepa cuál haya sido su final.

Por supuesto, el común denominador de las versiones es que la Feliciano fue encontrada muerta en su encierro al cual le había confinado su madre. Se ha hablado de asesinato y se ha señalado como culpable a la madre, cuyo nombre se ha perdido. Este es el punto donde los hechos empiezan a desvanecerse.

* * *

Las causas de su muerte pudieron haber sido otras. De todas maneras su muerte conmocionó a los primeros habitantes de Celendín en aquellos tiempos cuando el lago de Chilindrín recién estaba en proceso de drenaje y la planicie donde se trazan las actuales calles todavía estaba vacía o con pocas casas y huertas sin trazo urbanístico.

El lugar donde estaría la casa de la Feliciano habría sido a ruta a La Tranca o más probablemente en el lugar donde en la actualidad está la capilla de La Feliciano —que las autoridades católicas le han cambiado su nombre a “Capilla de la Virgen de Lourdes”—.

El hecho de que esa parte de antigua campiña haya heredado su nombre confirma que los hechos ocurrieron en dicho entorno y de manera tal que robaron la paz de la población desde sus primeros momentos.

* * *

Existe un factor más que ha de tomarse en cuenta, si acaso después de tanto tiempo se pudiese arribar a conocer la verdad de los hechos: La calavera, o para hacer las cosas más difíciles, las dos calaveras que se asocian con esta historia.

Cuando yo era un niño pequeño, juntos con mis amigos de la infancia pasábamos por la capilla de La Feliciano, edificada solitaria. Nos acercábamos allí con temor, a pesar de ser de día. Los rayos de luz solar iluminaban el interior de la capilla que tenía sus puertas selladas. Pegábamos nuestros ojazos curiosos y escrutadores a las rendijas de las puertas, y recuerdo que vi una imagen pequeña en el altar, y en el lado derecho del altar, como quien se entra, estaba sobre una mesita una calavera.

* * *

La única asociación de esa capilla con el nombre de la Feliciano es que esa parte de la campiña había heredado el nombre de esa muchacha angelical. Nadie ha asociado milagros con la memoria de esa joven. Tampoco se trata de una capilla erigida en su memoria, sino de un oratorio. La capilla fue originalmente la tienda donde se veló la Feliciano convertida en el oratorio del Padre Cayetano, en el solar que el cura adquirió para él mismo.

Pero, ¿de quién era esa calavera? ¿Y por qué se conservaba en la capilla?

La explicación que nos da la persona encargada de la custodia de la capilla es que se la había encontrado en las inmediaciones del solar, y al construir la nueva capilla el Cura Mundaca decidió volverla a enterrar tras un ritual de respeto a las ánimas benditas.

Pero las tres versiones de la leyenda indican que era la calavera que acompañó a la Feliciano todo el tiempo que su madre la encerró en el piso alto de su casa, que después fue demolida.

¿Sería la calavera que la nodriza usaba en sus rituales de brujería?

¿O sería la calavera de la nodriza misma?

* * *

Las cosas ocurrieron en aquellos días cuando había poquísimas casas en Celendín, y en lo que ahora es el barrio de La Feliciano no había más que una sola casa, una casa de campo: La casa donde vivían una mujer de procedencia europea y su hija. No se menciona al padre o a otro familiar.

Cuando la Feliciano creció y se convirtió en una hermosa muchacha adolescente, la madre habría mandado construir un muro alto alrededor de aquella casa para que no pudieran acercarse a su puerta los muchachos que se sentían fuertemente atraídos por aquel ser humano de excesiva belleza y bondad.

Cuando la Feliciano tendría unos quince años y tendría un enamorado secreto, la madre habría construido un segundo piso, que a manera de torre no tenía ventana ni balcón.

Se cuenta que allí tuvo encerrada a su hija, lejos del calor del Sol. Se cuenta que por entre las tejas lograba escabullirse furtivamente un haz de luz que iluminaba una repisa

sobre la cual había una calavera. La continua exposición de la calavera a la luz solar habría sido la causa de su aspecto albeo y brillante.

La madre quitó la escalera de maguey, y sólo la volvía a poner la india que le había servido de nodriza para llevarle sus alimentos “hasta que llegara el momento”. . .

* * *

En este punto empieza a entretenerse la leyenda: ¿Hasta que llegara el momento de qué, para qué?

Hay los que piensan que la madre tenía el compromiso de darla en matrimonio a alguien que debía llegar y que nunca llegó.

Otros piensan que la madre idolatraba su belleza y su virginidad, que enfermizamente quería conservarla a toda prueba. Pero esto se convirtió en una aberración.

No faltan los que piensan que la madre le celaba. Podría haber algo de verdad en esta versión, porque cuando las madres son muy jóvenes, y además “chiboleras”, cosas como éstas pueden ocurrir, y ocurren.

* * *

No se sabe cuánto tiempo habría tenido esa madre encerrada a su hija ni cuanto tiempo pasaría hasta que los muchachos se percataran del silencio del alma de la Felicianita.

Es posible que alguno de ellos haya estado espiando y pueda haber visto desde la copa de algún árbol alto a la madre o a la nodriza subiendo tazones de comida o bajando becenicas a tutiplín. En esos tiempos no había eucaliptos en Celendín.

Todos llegaron a enterarse que en ese tenebroso lugar se encontraba encerrada la Felicianita, y más de un príncipe azul shilico habrá soñado con sacrificar su vida para librarla de su prisión.

Hay quienes creen que su amante pudo burlar la vigilia, acaso con la ayuda de la nodriza. Quizás esto explica el hecho de la desaparición de la india.

¿Y qué hacía allí la calavera?

¿Serviría para torturar a la niña?

Aun a una persona mayor, una calavera le asusta, debido a que es el resto más expresivo de una persona muerta. Una calavera siempre tiene asociaciones espeluznantes.

La presencia de dicha calavera al frente de la cabecera de su cama, a la cual dejaba de ver cuando caía la noche y volvía a ver cuando amanecía, habrá sido algo aterrador.

* * *

Se cuenta que cierta mañana la madre bajó al pueblo, gritando y arrancándose los pelos diciendo que algún malvado había invadido la privacidad de su casa y habría abusado de su hija hasta dejarla muerta. En su desesperación y paroxismo decía que al juzgar por los destrozos no habría sido uno, sino varios violadores.

El escándalo era grande en la población, y lo sigue siendo aun hoy día, porque era un hecho consumado que aquel ángel de Dios había sido arrojada en brazos de la muerte.

La madre no escondió el cadáver; la expuso en un suntuoso velorio, en su casa de campo. Pero no se le ocurrió que al día siguiente, a la hora del entierro, a las autoridades se les ocurrió una coartada fatal: Los alguaciles fueron a la casa con la orden de llevarse el cadáver, no a la tumba, sino a una casa que funcionaba como comisaría en la parte disecada de la naciente ciudad. Allí esperaban varias comadronas que examinaron el cadáver.

La respuesta unánime de ellas era que la Feliciano era una chica virgen. Y como no había señales de golpes y magulladuras, todas decían que se no haber sido muerte natural, habría sido envenenada.

Acto seguido se procedió a enterrarla.

* * *

Al día siguiente, cuando los alguaciles se acercaron a la madre para explicarle que la ley les asistía, y para pedirle disculpas y darle su sentido pésame, dicen que se encontraron con una mujer agresiva que les cerró la puerta en sus narices.

Esa actitud de ella les facilitó a dar el segundo paso en la investigación de la tragedia: Subir a la torre y verificar si en verdad había rastros de vandalismo, como ella había denunciado.

Como resultado de esa visita en que no se vio ninguna otra cosa que su cruel aislamiento, los alguaciles entregaron a sus superiores un pequeño paquete que contenía la calavera blanca, lo cual sirvió para abrir una nueva fase en la investigación de la culpabilidad de la mujer que algunos señalan como que era judía, porque no tenía ninguna conexión con la gente o con la Iglesia Católica, incluso en las circunstancias de los funerales de su hija.

* * *

¿Qué pasó con la madre? ¿Por qué ninguna versión ha logrado dar con su nombre?

Si ella fue culpable, ¿tuvo cómplices?

¿Por qué no hubo condenados?

¿Por qué se suspendió la investigación?

Y para cerrar con broche de oro la leyenda, se cuenta lo que le ocurrió al jefe de los alguaciles: Se le presentó la misma Feliciano, vestida de su mortaja rosada y llevando en su mano derecha la calavera blanca que siempre le acompañó en su corta existencia.

Dicen que el hombre se alocó hasta el punto de no poder distinguir si aquella experiencia fue una pesadilla o una visión de la realidad.

* * *

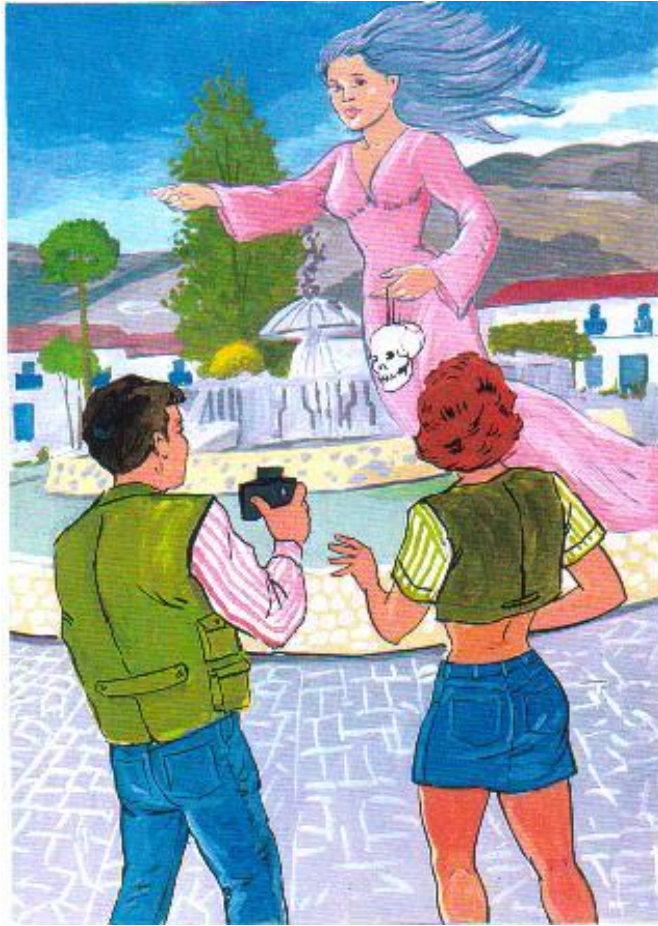
La Feliciano se apareció en varias ocasiones a diversas personas, y todos la describen como una hebra de hilo blanco que va cobrando cuerpo hasta adquirir el contorno sensual de una hermosa chica quinceañera vestida de rosado que lleva en su mano derecha una calavera blanca resplandeciente como la Luna llena.

Otros han visto que la calavera precede a su aparición, confundándose con una esfera con luz propia que se desplaza a pocos centímetros por encima del suelo. Mi sobrino Elmer refiere este fenómeno que le ha dejado petrificado.

También se cuenta que en más de una ocasión ha actuado como correo para ayudar a los enamorados y amantes a quienes sus padres les hacen la vida imposible.

Hasta el día de hoy la Felicianita ronda el emplazamiento de la Plaza de Toros Sevilla, que previamente se llamaba La Felicianita, como la capilla cercana. Y cuentan algunos que se presta para guiarles en el paraíso de Celendín como la bella Beatriz Portinari hizo con su amado, el Dante Alighieri cuando visitó el infierno.

17
EL SECRETO DE LA FELICIANA
REVELADO



¿Cómo partió la Feliciano a mejor vida?
¿Por qué se suspendió la investigación respecto de su muerte?
¿Por qué no hubo sentencia ni sentenciados?
¿Seguirá ella siendo un alma en pena?

* * *

Han pasado más de dos siglos desde que ocurriera la tragedia, y el silencio cómplice parece haber logrado su objetivo de convertir la historia en leyenda, la dimensión de la conciencia humana donde ya no existen los nombres, ni el hambre y sed de justicia.

Pero gracias sean dadas a Dios que mueve a seres justicieros en países y siglos distantes cuando los de cerca prefieren no confrontar los hechos por algún temor.

Por eso, los científicos nos hemos propuesto suplir a los magistrados de oficio y hemos descubierto el crimen cometido contra ese cazador del Período Paleolítico cuyo cadáver ha sido milagrosamente conservado en la tundra.

Por eso le hicimos justicia a una momia egipcia de tres mil años de antigüedad, al practicarle, *ex tempore*, la autopsia de ley.

* * *

De los que piensan que la justicia no prescribe y que es posible apaciguar a las almas que penan, es Mr. Iain Mackay, el Agente 0028 de la New Scotland Yard.

En la cima de su gloria logró esclarecer el misterio y logró involucrar en la investigación del caso a los dos únicos testigos sobrevivientes. . . ¡y dio en el clavo!

Han pasado más de dos siglos. Según su Report, la evidencia acumulativa indica que los hechos ocurrieron cuando el lago de Chilindrín estaba en su última fase de drenaje y la planificación urbana era reciente.

Estamos hablando de antes de 1770, cuando Carlos III era rey de España y el Padre Cayetano aun no había llegado a este rincón encantado del planeta.

* * *

Unos pocos años después, y por razones convincentes, el Padre Cayetano mandó construir su casa pastoral en las inmediaciones del escenario de la partida de la Feliciano. Me refiero a la casa de campo que llamaban “la Concertina” a causa de su plano hexagonal, de la cual existe su armazón como si se tratase de un esqueleto.

Cuando él se mudó allí, a un costado de lo que ahora es la plaza de la Feliciano, se dio cuenta de que no sería fácil deshacerse de la gente sedienta de su bendición pastoral, y mandó disponer un modesto oratorio privado y público a la vez en el solar que antes había pertenecido a la madre de la Feliciano, a escasos cien metros al sur de la Concertina.

Por lo regular, un oratorio era una habitación en una casona católica pudiente y practicante, pero él prefirió construirlo aparte, quizás para reclamar el solar para la fe católica, como que ahora es, la Capilla de la Virgen de Lourdes. Siendo un oratorio, no estaba asociado con el nombre de un santo o una santa, y siguió así después de la muerte del venerable sacerdote. No obstante, convertido en oratorio y capilla, siguió asociado con la memoria de la Feliciano porque en ese emplazamiento fue ella velada, acontecimiento que atrajo a mucha gente de la villa y porque quedó impregnado de su sensibilidad.

* * *

El punto de partida de la investigación del Agente 0028 es, casualmente, que una capilla católica no tenga nombre ni sea asociada con un acontecimiento de la historia eclesiástica o algún hecho circunstancial relacionado con la fe católica. Esto, que para la generalidad de los investigadores carecía de significación, de repente se convirtió en un

géiser de interrogantes que él intentó responder mediante el montaje de las tradiciones que restauró de los cuentos de almas de los velorios del lugar.

Don Alfonso Peláez Bazán conoció la tradición que la asocia a los choctamallques y dice que ella fue una princesa nativa que no alcanzó a cruzar el río Marañón en la retirada hacia Chachapoyas, porque cuando esta ocurrió era recién nacida. Esta versión puede ser eco de una remota tragedia pre-incaica.

Otra versión dice que una dama portuguesa no quería que su hija se uniera con la chusma, sino con alguien de su raza y de su pueblo. Designada como “portuguesa”, ella podría haber sido de origen judío, porque en tiempos coloniales a los judíos que llegaron al Virreinato del Perú los llamaron “portugueses”. Esta versión podría tener alguna conexión con la leyenda de “La carroza de la judía”, que el Dr. Daniel Quiroz Amayo ha rescatado de la tradición popular.

Y otra versión subraya el carácter perverso de la madre a la cual se asocia con la brujería, y con el encubrimiento de autoridades corruptas y vendidas.

* * *

Las tres versiones tienen como común denominador:

Que la Feliciano era una muchacha adolescente, extremadamente bella y querida en la villa de Celendín.

Que era de una familia de alcurnia, y como tal tenía su nodriza que le acompañaría a todo lugar. No hay razón para desechar la tradición que la presenta como la familia de una india de Pumarume que bajó con su marido para labrar las tierras de la Feliciano. Tampoco nos consta que haya sido hechicera. Más bien, parece haber sembrado en el alma de la niña valores eternos.

Que la muchacha fue encontrada muerta en su encierro en su propia casa. Se habló de violación o asesinato. Se señaló a la madre como autora intelectual, y había los que creían que la hechicera de la historia no era otra que la misma madre. Pero cuidado, esta versión podría no estar libre de polvo y paja, es decir, de antisemitismo.

* * *

Volviendo a su Report, Mr. Iain M. Mackay, el Agente 0028, logró involucrar en la investigación a las dos únicas testigos sobrevivientes en Celendín. El Doctor Nelo, el Cura Mundaca y el Periodista Mulloshingo lo llevaron a la solitaria capilla para que el agente los entrevistara personalmente. El cura abrió el candado y se las presentó:

Allí estaban las dos calaveras que hasta ahora último habían guardado silencio, porque en su tiempo no les había sido permitido hablar.

El Agente 0028, cuya fama de científico chiflado no era poca cosa, se propuso interpelarlas por separado, y después, juntas a las dos.

Eran las mismas calaveras que vi con mis amigos cuando yo era pequeño. Nos acercábamos con miedo a la rendija de la puerta de la capilla. Era cerca del medio día y los rayos del Sol iluminaban diagonalmente el interior de la capilla que tenía sus puertas con candado.

Pegamos nuestros ojazos escrutadores a la rendija y vimos la imagen de un santo poncherejo, y en el lado derecho, sobre una mesita, estaban puestas las dos calaveras, una al lado de la otra. Eran blanqueadas; lo que señalaría su antigüedad.

* * *

El Doctor Nelo le dice al Agente 0028:

—Dicen que una es de la Feliciano, y la otra es de la mujer que le acompañó todo el tiempo que su madre la tuvo encerrada en una torre sin ventanas. O quizás la que la hechicera, la nodriza, utilizara en sus rituales de nigromancia. El problema es que ambas calaveras parecen tener la misma edad; lo que no nos hablaría de una nodriza, sino de una dama de compañía. Me refiero a una joven que debía acompañarla a todo lado.

Muy interesante la observación del Doctor Nelo sobre la edad que acusan ambas calaveras. Pero considere con cuidado el Report del Agente 0028 que a las calaveras las designa como “X” e “Y”, utilizando las letras del alfabeto que se refieren a valores matemáticos por conocer.

* * *

O boy! ¡Basta de especulaciones! Las calaveras no tendrían nada de conexión con los hechos, como bien observa el Report.

Cuenta la leyenda que cuando la niña llegó a la pubertad, su madre habría mandado construir un muro alto alrededor de su casa de campo para que no pudieran acercarse los muchachos de la villa atraídos como moscas por la miel de aquel ser angelical.

No importa lo que hiciera su madre, cuando la Feliciano cumplió quince años ya tenía enamorado, entonces su madre construyó un segundo piso a manera de torre sin ventanas. Allí la habría encerrado más de una vez.

Se cuenta que por entre teja y teja lograba inmiscuirse furtivamente un haz de luz que caía sobre una repisa que estaba en el lado opuesto de la cabecera de la cama. Sobre esa repisa habría sido conservada una de las calaveras.

* * *

El Doctor Nelo le dice al Agente 0028:

—Se dice que la madre quitó la escalera de maguey por la cual subían para llevarle alimentos, a fin de mantenerla con vida hasta que llegase el momento.

Este pregunta:

—El momento, ¿para qué?

El Doctor Nelo responde:

—Quizás la había casamentado con alguien que llegaría de ultramar y que por alguna razón nunca llegó. Otros piensan que la madre idolatraba enfermizamente su belleza.

El Cura Mundaca les dice:

—Otros piensan que la celaba. . .

El periodista Mulloshingo toma notas mientras el Agente 0028 les escucha en silencio y no comparte con ellos lo que pensaba: Que la madre quería eliminarla porque la muchacha sabía de quién era la calavera.

* * *

En la villa los muchachos se enteraron que la Feliciano estaba encerrada allí en esa torre. Alguno que estaba espiando vio a la madre subiendo tazones de comida y bajando basenicas a tu tiplín.

Más de uno habría intentado librar de su encierro a la princesa, y parece que alguien pasó del dicho al hecho y llegó a la torre, quizás con la complicidad de la nodriza. La consecuente huida de ésta a Pumarume habría sido la causa de su desaparición definitiva., pues parece haber sido asesinada en su mismo lugar de origen.

La cabeza de la nodriza, arrancada de su cerviz habría servido para aterrorizar a la muchacha, como que ella también estaba condenada a convertirse en calavera, sin pelos que peinar ni labios con qué a besar.

Habría sido aterrador verla desde el alba hasta que caía la oscuridad, y dormir en su compañía.

* * *

Así las cosas, cierta mañana la madre bajó a la villa arrancándose los pelos y gritando que un malvado había profanado el lecho de su hija abusando de ella hasta dejarla morir. En su paroxismo decía que al juzgar por los destrozos en el inmueble y en la muchacha habrían sido siete los violadores. El escándalo era mayor en esta población tranquila donde todos están de algún modo unidos por vínculos familiares.

La madre la expuso en su ataúd vestida de su vestido favorito, uno de color rosado, y no atendía a los acompañantes por estar postrada sobre el féretro mojándolo con su llanto.

A la hora del entierro, los alguaciles fueron a la casa con la orden de poner de lado a los que llevaban el cuerpo a su fosa, para llevárselo abajo a la villa y a la comisaría. Previamente habían reunido allí a varias comadronas para que examinaran el cadáver y dieran su parecer: ¿Había sido violada? Y si eso fue lo que ocurrió, ¿cuántos habrían sido los violadores?

Su respuesta fue unánime: Ella era virgen. Y como no había señales de golpes ni magulladuras, todas decían que habría sido envenenada.

Acto seguido los alguaciles devolvieron el cadáver y se prosiguió como si nada hubiese ocurrido. Esa era la coartada.

* * *

Temprano al día siguiente, cuando dos alguaciles visitaron a la madre para darle el pésame, se encontraron con una mujer furibunda que les cerró la puerta en sus narices. Fue para su propio mal, porque ellos examinarían la torre sin ventanas, y no encontraron huellas de vandalismo. Y entregaron a sus superiores un misterioso paquete.

La madre fue llevada para hacer declaraciones y se comportó con naturalidad hasta que abrieron el paquete en su presencia.

Le preguntaron:

—¿De dónde salió esta calavera que los alguaciles encontraron en la torre?

Respondió:

—Yo nunca entré a ese cuarto del altillo. Esta calavera. . . ¡cómo habrá asustado a mi niña!

* * *

La reconstrucción de los hechos dos siglos después no ha sido nada fácil, y con Su Honor, Mr. Iain M. Mackay, el Agente 0028, hemos llegado al convencimiento de que lo que ocurrió fue con la complicidad de las autoridades, porque no se pudo responder las siguientes preguntas:

¿Por qué se suspendió la investigación del crimen?

¿Por qué no hubo sentencia ni condenados?

¿Quién vendió o hizo el donativo del predio de la capilla de La Feliciano al Padre Cayetano?

¿Es la Feliciano un alma en pena hasta que se diluciden los hechos?

El Agente 0028 ha llegado a sus propias conclusiones, pero antes de escucharlas tomemos en cuenta algunos testimonios adicionales.

* * *

Se cuenta de algo espeluznante que le ocurrió al comisario: El fantasma de la Feliciano se presentó en su casa llevando en su mano la calavera que le acompañó en su encierro. Empezó a materializarse a partir de una diminuta hebra de humo y cobró cuerpo hasta adquirir el contorno sensual de una hermosa quinceañera vestida de rosado, y la calavera se encendía como un foco de luz blanca.

El comisario enfermó y se murió después de la fase inicial del interrogatorio, porque al abrir la caja de seguridad donde tenía guardada la calavera, ésta había desaparecido.

—¿No sería ésta la coartada de la Feliciano para que se descubriera a los culpables?

—Se cuenta que la Feliciano actúa como postillón y lleva recados a los amantes para burlar a los que intentan sofocar su amor.

—Don Elmer Machuca atestigua haberse encontrado en la plaza con una bola de luz desplazándose coquetamente casi al ras del suelo, intentando enredarle en medio de la oscuridad. ¡Que conste que estaba sanito y en su juicio cabal! Prueba de esto es que no dice haber visto a la Feliciano.

—Y a los paisanos que visitan el terruño se ofrece a guiarles como guía turística tal como hizo Beatriz Portinari con su amado Dante Alighieri, cuando visitó el infierno.

* * *

Ahora bien, de acuerdo con el Report del Agente 0028 respecto de la identificación de la Calavera “X” hay dudas, aunque se sospecha. Y respecto de la Calavera “Y” se sabe que fue de la nodriza.

El periodista Mulloshingo inquiriere:

—¿Cómo puede usted estar tan seguro de eso?

El Agente 0028 responde:

—Mire usted, la calavera ha sido sancochada para limpiarla totalmente de su contenido encefálico. Y una vez oreada se le ha introducido un pequeño fragmento de pergamino por la cuenca del nervio óptico izquierdo.

Le entrega el fragmento de pergamino, ahora extendido en medio de dos placas de vidrio, y se puede leer: YO SOY TU NODRIZA.

* * *

El éxito del Agente 0028 para identificar la calavera “Y” asombra al periodista Mulloshingo que exclama:

—¡Entonces la Calavera “X” es de la Feliciano!

El Agente 0028 responde:

—Esa es mi sospecha. Pero para confirmarla se requiere responder satisfactoriamente a la pregunta: ¿Cómo es que llegó a ser conservada en el oratorio del Padre Cayetano? ¿Quién, y con qué autoridad la exhumó?

Le preguntan:

—¿En qué quedamos, Su Honor?

—Y responde:

—*To be or not to be. That is the question!*

Y concluye, refiriéndose al hecho de que ha sido vuelta a la tierra por orden del Padre Mundaca:

—*Quia pulvis es et in pulverem reverteris.*

* * *

A otros agentes de la New Scotland Yard que quisieran visitar Celendín para investigar por cuenta propia, les diré que la Capilla de la Feliciano, ahora Capilla de la Virgen de Lourdes, se encuentra a 150 metros del comienzo del caminito que se aparta hacia el este de la carretera que conduce al Bosque, a la quebrada de Chupset y a la Poza del Cura (del Cura Cayetano). Si la visitas, observarás que su fachada mira a la “Concertina”, la casa del Padre Cayetano, situada al lado oriental de la Plaza de Toros “La Feliciano” (ahora Plaza de Toros Sevilla).

—¡Ya! ¡Basta!

—¿Qué?

—¡Basta de tanta sonsera! Todo lo que acabas de referir son puras sonseras. La Feliciano simplemente murió a corta edad, destrozando en primer lugar el corazón de su propia madre. Y fue porque era tan bella, y porque su madre exageraba en cuidados respecto de ella, que se entretejió toda la trama de sonseras para producir la leyenda acerca de ella. De otro modo, por las supuestas asociaciones no santas el Padre Cayetano no hubiera convertido en oratorio justamente la sala donde ella se veló.

18
EL TRAJE DE LUCES AZUL



Según las investigaciones del Dr. Jorge A. Chávez Silva, “El Charro”, tras haber sido ordenado sacerdote, el Padre Cayetano vino de España hacia 1770, año del Señor, el mismo año que se hundió en la bahía de Vigo el convoy de galeones lleno de oro y plata procedente del Nuevo Mundo.

El vino para atender las necesidades espirituales de Celendín, entre ellas la empresa de la construcción de la Iglesia Matriz, pues los sacerdotes diocesanos le habían informado que Celendín era villa de españoles.

Se rumoreaba que tras ser ordenado sacerdote, paseó su índice sobre un mapa del Virreinato del Perú, y la yema de su dedo se fijó en la palabra “Celendín”, lo cual para él era una revelación cabalística.

Se embarcó en el primer galeón del mes, y tras pisar suelo peruano siguió viaje a lomo de bestia enfrentando el reto de los Andes. Le acompañaban tres peones y tres mulas cargadas con dos baúles y un pequeño arcón andaluz.

* * *

Tendría entonces veintiocho años de edad.

Su garbo, su halo de inocencia y la frescura de su aliento en la intimidad del confesionario, impactaron tanto a las mujeres de mi tierra, que empezaron a asistir a misa en masa, y suspiraban cuando la punta de sus dedos las rosaban al darles su bendición.

Los pocos momentos que le vieron reír eran cuando salía de la iglesia al frente, al pampón destinado para plaza de armas, y con los niños jugaba por un momento a la corrida de toros con emoción infantil. Las testas bravas eran de penca, y de pencas las banderillas y la espada de mataor.

Las mujeres se detenían para abrir su boca, pero nadie pudo penetrar en su misterio, hasta que una noche de tertulia, entre copas, se confesó:

Se había criado en la aldea de Santiponce, en la otra banda del Guadalquivir, viendo zarpar de Sevilla a los galeones.

De mozo empezó a frecuentar las dehesas en las noches de Luna, para capear a los toros tras cebar con vino de Jerez al caporal.

Después capeó en las ferias pueblerinas, y llegó a lidiar en Córdoba, en Granada, en Málaga, en Cádiz, en Jaén, y finalmente, en Sevilla, el broche de oro de la afición.

* * *

Ni bien llegó a Celendín se mandó construir una casa de retiro de plano hexagonal y ceñida de rosas; sólo rosas.

La gente la llamaba “la Concertina”. Nadie supo el por qué de su diseño hexagonal, aunque, al juzgar por otros detalles y hechos de su vida, plagados de simbolismo y revelación, algo también tendría que revelar su forma. El hecho es que no obstante que gustaba tanto por ser diferente y pequeña, a nadie, que yo sepa, se le ocurrió imitarla construyendo una casa igual.

Tenía dos pisos y un amplio balcón corrido alrededor, sostenido por columnas de madera labrada y hermosos barandales hasta donde alcanzaban las ramas del rosal. Por la misma razón de su estructura, las paredes del primer piso eran anchas, comparadas con las del segundo piso, que lucía un espacio mayor.

Sus puertas y ventanas estaban pintadas de azul y lucían sobre el fondo blanco de las paredes.

Su techo era de tejas rojas como la sangre.

Su escalera estaba en el exterior, en el costado sur del hexágono, sin descanso. Estaba formada por dos palos labrados tendidos desde el suelo hasta una viga del balcón. Los escalones eran de tablas horizontales, y las tablas que sostenían sus pasamanos, como todos los barandales, estaban pintados de azul.

En el alar y junto a la entrada en la parte trasera, que era la parte principal, construyeron un horno de cúpula, que quizás no formaba parte del diseño original, que habría tenido una simple vicharra o fogón.

En el patio trasero mandó hacer, para deleite de sus patos, una fuente circular de piedras labradas unidas con argamasa, que en conjunto parecía un minúsculo coso taurino. Y al fondo se perdían de la vista extensos pastizales lujuriantes de verdor.

* * *

Se estima que fue él quien asoció por primera vez la feria taurina con nuestra Señora del Carmen, cuando aún no había Fiestas Patrias, porque el Perú no había aún amanecido a la aurora de su independencia. El también habría sido quien trasladó las corridas de toros de la plaza de armas a las inmediaciones de su casa, en la Feliciano, por alguna razón personal.

El tiempo que él no dedicaba a la oración era para su rosal, que siempre se mantuvo lozano. Pero cuentan que cuando él se veló en el primer piso de esa casa hexagonal, todas las rosas amanecieron marchitas y su aura de recogimiento fue trocada por asociaciones siniestras.

Cuando estaba en su peor estado de abandono tapiaron las ventanas. Para evitar que subieran los muchachos traviesos, eliminaron el acceso al balcón y los vándalos la despojaron de sus tablas y pasamanos.

Ahora sólo quedan las vigas, cual si fueran los brazos abiertos de un esqueleto gigante que te recibe a media luz.

Se cuenta que de su interior salió una vez un enjambre de moscas que les golpeó el rostro a unos peones que abrieron la puerta sellada para desinfectar con cal la sala del primer piso.

Se cuenta que en las barandas del balcón y en las bardas el toril de la plaza que había delante, se pavoneaba un extraño pavo real en cuyo plumaje predominaba el azul.

* * *

A la manera del Ave Fénix que renace a partir de sus cenizas, la Concertina sólo volvió a recobrar su esplendor cuando fue alquilada a esa pareja de lunamieleros a quienes no les incomodaban las cosas que se contaban de ellos y de este hermoso y misterioso lugar.

El novio, el joven Teófilo, era apuesto y elegante a cual más. El jamás usaría un potocho shilico como todos en la ciudad. El lucía un sombrero francés, muy a la moda, al estilo *canotier*. La novia, Lolita, era rubia, zarca, y sus piernas de nácar, ¡un primor!

En las fiestas de la alta sociedad, ella lucía extravagante con un cojincillo de seda rosado en su brazo izquierdo sobre el cual dormitaba su super antipático gato llamado Fifí.

Entonces las rosas volvieron a crecer hasta los barandales del balcón, y las ventanas lucieron abiertas para su ventilación.

Se cuenta que en las barandas del balcón y en las bardas el toril de la plaza que había delante, volvió a hacerse visible ese extraño pavo real en cuyo plumaje predominaba el azul.

* * *

Refiere el Charro que una noche, mientras ellos dormían plácidamente después de una espectacular orgía de sex, el gato Fifi se encrespó sobre su cojín y empezó a maullar mientras el dormitorio se impregnaba de un extraño olor de tierra húmeda.

Teófilo despertó a tiempo para apagar la vela, y vio levitarse desde el entablado una masa gaseosa que subía del piso inferior adquiriendo forma humana. Y con gesto adolorido cubría su ingle con su mano.

Entonces una voz difusa y acallada, que salía quién sabe de dónde, hizo esta extraña revelación: “EN EL SEPTIMO ESCALON, EN EL SEPTIMO ESCALON.”

Al día siguiente, disimulando su consternación, él se lo contó a su mujer. Pero ella le miró riéndose, y le dijo:

—¡Ma! ¡Mentecato! ¿También quieres hacérmelo afuera, en el séptimo escalón? Ella, que sólo pensaba en sex, simplemente no creía nada de lo que él le contó.

* * *

Alguien que sabía tomar las cosas más en serio le dijo:

—Es un alma en pena. El hecho de que pareciera tocarse la ingle con la mano revela que se trata de alguien de sexo masculino, porque si hubiera sido mujer evitaría ese gesto. Yo te aconsejo que hables con el arqueólogo Alonso Peláez, especialista en entierros. El te puede instruir respecto de lo que hay que hacer en un caso así.

Y añadió:

—Quizás quiere hacer revelaciones sobre algún crimen impune o sobre algún entierro de valores, es decir, de documentos valiosos o de un tesoro que está escondido en algún lugar secreto de la casa. Pero, ¿qué es eso de “en el séptimo escalón”? ¿Qué puede haber en el séptimo escalón si es una simple tabla?

El Teófilo le preguntó, temblando de pánico:

—¿Y qué hacer si se aparece de nuevo?

Su amigo respondió:

—Extiéndele amablemente en tu mano derecha tu sombrero francés; es un noble gesto considerando lo tanto que ese potocho significa para vos.

Y añadió, como una corazonada:

—Todo indica que su aparición es para bien. ¡Masque habla con el “Cazafantasmas”, con Don Alfonso Peláez!

* * *

A las 12 de esa misma noche el gato Fifi empezó a maullar que un modo quedo, y de nuevo se hizo sentir ese extraño olor a tierra húmeda. . .

Luego empezó a levitarse esa masa nebulosa, y el Teófilo, antes de que asumiese forma humana tomó su *canotier* y se lo extendió con su mano derecha. Y casi dio un grito seco al sentir que la prenda fue tomada de su mano y, flotando en el aire se desvaneció juntamente con la nebulosa, mientras el olor a tierra húmeda se intensificó.

El Teófilo se despidió para siempre de su sombrero *canotier*. Pensó que bien valía la pena para la paz de su mujer y de él. Pero a la mañana siguiente, cuando se disponía a bajar

las gradas, encontró su sombrero cuidadosamente puesto encima de la tabla de un escalón de la escalera, y contando desde abajo, resulta que era el séptimo escalón.

Dejando su desayuno servido en la salita hexagonal del primer piso, fue a buscar al especialista en entierros para contarle lo ocurrido. Lolita recién empezó a sentir miedo; miedo de quedarse sola esa mañana.

* * *

El Cazafantasmas le dijo:

—Te aconsejo que cavemos y removamos un adobe de la pared, a la altura del séptimo escalón. Quizás dentro de la pared hay algo escondido que el ánima quiere que descubramos. Quizás algún documento o algo de valor para la historia. Deja que yo aplique mi estetoscopio especial para paredes; quizás podamos captar alguna señal o vibración en la pared, a la altura del séptimo escalón.

El Teófilo se opuso terminantemente a esa idea. Le dijo, sin ocultar su temblor:

—¡Cavar en la pared de una casa ajena sería una profanación punible!

Pero poco a poco se fue convenciendo de ello; sobre todo si cavaba un agujero pequeño a esa altura de la pared pero dentro de la casa, para no llamar la atención de los abre bocas, y lo volvía a tapar de inmediato para pronto volverlo a blanquear.

Y una tarde, estando solo en casa, porque Lolita andaba de visita en el pueblo con su antipático gato Fifí, hizo como venía planeando. Y sus dedos nerviosos dieron con un pequeño arcón andaluz que logró sacar sin esfuerzo. El arcón contenía, plegado, un traje de luces azul, una espada de mataor, una pequeña bolsa con doblones de oro con el perfil del rey Carlos III de España, un cáliz de oro, un crucifijo también de oro y otras tres enigmáticas reliquias que tampoco parecían no tener relación con la vida de contemplación del cura que construyó la Concertina, y cuyo mensaje sólo el Charro ha sido capaz de descifrar.

* * *

Aunque no pareciera al ojo profano, lo más valioso de todo este tesoro era un pequeño diario o cuaderno de bitácora que estaba metido entre los pliegues del traje de luces azul, y en cuyas páginas había, entreveradas con apuntes de su travesía en el océano, poemas, oraciones y plegarias, y anotaciones inconexas relacionadas con la bendita memoria y el descanso eterno de una dama llamada “Lolita”, que el El Charro ha logrado articular en su novela, *Travesía de un amor desesperado*, de la siguiente manera:

A Cayetano se le abrieron las puertas taurinas de Sevilla, y prendada de él Lolita, la hija mimada del ganadero Don Manuel Pérez de la Concha, lo siguió en todo su periplo de Andalucía. A ella le dedicaba los bravos, y ella correspondía arrojándole rosas, sólo rosas.

Pero el joven torero tenía una secreta vocación religiosa desde los días de su educación inicial a manos de la Iglesia, y no daría uno solo paso sin su venia.

Don Manuel Pérez respetaba sus escrúpulos, pero quería apresurar su unión con su hija antes de que pudiese ocurrir otra cosa.

La boda sería en Sevilla, después del 4 de abril y de su última corrida en la Feria de San Isidro, para la cual Don Manuel Pérez de la Concha había mandado forjar esa espada de mataor con empuñadura de oro recamada con esmeraldas y topacios.

* * *

El Teófilo se llenó de pánico al ver el diario el nombre de su mujer, manchado de lo que parecía ser gotas de sangre. Entonces acudió de nuevo a consultar con el Cazafantasmas Peláez, y sin revelar nada sobre el arcón y el tesoro que había encontrado incrustado en la pared a la altura del séptimo escalón, le mostró solamente el diario, que de por sí era de gran valor comercial, y señaló con su dedo el nombre de Lolita.

Juntos pudieron reconstruir esta historia conmovedora que, para sosiego del Teófilo: Nada tenía que ver con su Lolita de él.

Resulta que el Padre Cayetano, antes de ser sacerdote había sido un torero famoso en España, y lucía un traje de luces azul.

Tras una carrera relámpago, a él se le abrieron las puertas de la Plaza de Toros de Sevilla. Y Lolita, la hija mimada del tal Manuel Pérez de la Concha, un magnate ganadero consagrado a la cría de bravos, quedó prendada de él. Ella lo siguió en todo su periplo de Andalucía en un romance que transcurrió entre la arena y los tendidos.

A ella él dedicaba los bravos, y ella le correspondía arrojándole rosas; sólo rosas.

* * *

Pero el joven torero tenía también una secreta vocación religiosa desde los días de su educación inicial en la escolita pía, a manos de la Iglesia. Y él estaba dispuesto a no dar un solo paso en el futuro cercano sin la venia de sus consejeros, los dignatarios y preladados.

Don Manuel Pérez de la Concha simulaba respetar los escrúpulos del joven Cayetano, pero al mismo tiempo quería apresurar la unión matrimonial de su hija con él, antes de que ocurriese tal cosa irreversible como un descabellado celibato y voto de castidad. Según sus cálculos, un torero famoso en su familia representaba un platón para sus arcas, aun si dejaba de torear, para calma y tranquilidad de Lolita y de toda la familia.

Los planes de Don Manuel Pérez prosperaron. La boda, en Sevilla, sería con la bendición del Obispo, tío de la novia, y la fecha se fijó para después de la Feria de San Isidro, que sería la “última corrida” de Cayetano, según el decir de Don Manuel Pérez.

Con anticipación a la feria, Don Manuel había mandado forjar para Cayetano una “espada de mataor” con empuñadura de oro recamada con esmeraldas y topacios.

* * *

Esa tarde sin Sol, con su traje de luces azul, bordado cual vistoso pavo real, llevando la muleta en el brazo, se acercó Cayetano al tendido y dedicó a Lolita su última faena: Un toro cárdeno arromerado, carinegro, corniveleto y bien armao, que había andado soso y remolón en la suerte de varas y poco aplicao con el capote cuando achuchó a uno de los banderilleros.

Luego se dio la vuelta mirando a su público, hizo una venia y arrojó su montera por detrás de su hombro.

La prenda cayó sobre la arena boca arriba, produciendo un murmullo agorero.

Su mozo de espadas le dijo:

—¡Andái con cuidao, Cayetano! ¡Ese buró es maligno, derrota pa' la izquierda!

Cayetano fue hacia el toro, y el animal pasó de largo rozándole las piernas.

Intempestivamente dio la vuelta y lo enganchó con las pantorrillas, levantándolo en vilo y arrojándolo contra las tablas, de donde cayó de espaldas, con las piernas semiabiertas, exactamente como había caído su montera sobre la arena del coso.

Rapidísimo, volvió a la carga, y le hundió un cuerno en la entrepierna, seccionándole el miembro viril con el escroto.

Fue tan repentino, que los otros toreros no pudieron intervenir para alejar al toro.

Lo levantaron semi muerto, y se temía que no llegaría vivo al hospital.

* * *

Lolita tuvo un acceso de locura y se encerró en su alcoba tres días.

Fueron vanos los ruegos de su madre y de su padre para que abriese la puerta. Y cuando por fin lograron violentar la puerta, vieron horrorizados que la muchacha había acabado con su vida hiriéndose con la espada de mataor en el corazón y la cuenca virginal.

Varios meses se debatió Cayetano entre la vida y la muerte, y por fin fue dado de alta.

Unos años después, tras ser ordenado sacerdote, fue a visitar a los padres de Lolita. Juntos lloraron la tragedia, y el ganadero, con gran desprendimiento, le hizo entrega de la espada que tenía en su empuñadura de oro la sangre de ella y de él.

Cayetano le manifestó su decisión de consagrar su vida a Dios y a su servicio en el Nuevo Mundo. Le dijo: “Me recluiré para siempre en una pequeña villa española que llaman Celendín, perfectamente escondida en los contrafuertes de los Andes del norte del Perú.”

Así llegó a Celendín, y se quedó aquí para siempre, porque su alma ronda todavía por la Feliciano, por la Poza del Cura, por el cerro Padrerume, por el Mutuy y La Tranca o Santa Rosa; sobre todo en la víspera de la fiesta de Corpus Christi.

Aquellas pobres doncellas de Celendín no sabían que sus reticencias del Padre Cayetano, aparte de su sustento religioso y moral, se debían a esta situación que ocultó durante toda su vida, hasta que fue descubierto por el Teófilo muchos años después de su muerte y su velorio en la Concertina, esta hermosa casa de retiro cercada de rosales que él mismo se encargó de cuidar.

* * *

Muchos, muchos años después, el relato conmociona al Amauta, Don Orestes de Tavera y Quevedo, santo patrón de la fiesta brava de Celendín que tuvo el privilegio de ver y acariciar el traje de luces azul que le mostró el Teófilo, plegado en su pequeño arcón andaluz.

Al Amauta se le humedecen los ojos y expresa su opinión al respecto:

—Ese pavo real. . .

Se atraganta y prosigue:

—Ese pavo real que se arma y saca a relucir su plumaje azul por encima de sus plumas verdes. . .

Ante el desconcierto de quienes le escuchan añade:

—Ese pavo real que se aparece encima de las barandas del balcón de la Concertina y que vuela de repente a posarse sobre la barda del toril de la Plaza de Toros “Sevilla”. . .

No puede contener las lágrimas y exclama:

—¡Ese pavo real es el mismísimo Cayetano en su traje de luces azul!

19
TRIQUÍÑUELAS
DEL PADRE CAYETANO

Con la llegada de los españoles se hizo muy popular en la villa de Celendín la corrida de toros, tanto entre los colonos europeos como entre los chilchos y los choctamallques nativos. Juntamente con esto, se consolidaron varios aspectos de la vida de nuestro pueblo, como la inclusión de los toros de poncho o de bayeta en las romerías de Corpus Christi, esto último por iniciativa del Padre Cayetano.

—¿Por qué tendrían que relacionarse los toros de poncho con Corpus Christi y no con el Carnaval con que irían mejor acompañados?

—Porque el Padre Cayetano tenía urgencia de techar la Iglesia Matriz a mediados de año, antes de la venida de las lluvias. No podía esperar hasta el Carnaval del año siguiente. Dadas las circunstancias, las celebraciones del Carnaval no le servían de nada, aparte de que “quitan la continencia y roban el corazón”.

* * *

¡Qué extrañas les habrá sonado a los estancieros las palabras latinas *Corpus Christi*. Nadie sabía ni nadie sabe qué significan. Traducidas literalmente es “el cuerpo de Cristo”, y como efemérides en el santoral se refiere a la fiesta de la institución de la Eucaristía, es decir, la Misa, en que la hostia es considerada el mismo cuerpo de Cristo.

Los españoles introdujeron todo este bagaje cultural católico en América, muchas veces sin darse la molestia de explicar su significado; esta es la razón por qué estas cosas han quedado codificadas para la gente.

Los españoles también se mostraban dispuestos a hacer las paces con el paganismo. Pero una cosa debía quedar bien en claro: Para las cosas del cristianismo está el templo, y las cosas del paganismo se quedan afuera del templo. A lo máximo pueden llegar al atrio y a la puerta del templo o iglesia. Las expresiones paganas de las fiestas del santoral nunca debían atravesar el umbral y entrar en el ámbito sagrado donde se celebra la Eucaristía. Y jamás he oído que haya sido quebrantada esta norma consignada al ámbito de lo obvio.

A esto se debía la urgencia que tenía el Padre Cayetano por que se acabara de construir el templo o la capilla de cada localidad, so pretexto de darle a cada santo su digno domicilio. Y la terminación de la construcción de la Iglesia Matriz era mayor por el énfasis que él había puesto en la veneración de la Virgen del Carmen, y porque Martínez de Compañón, Obispo de Trujillo y del territorio que abarcaba Celendín tuvo que celebrar misa en una iglesia sin techo en su tercera visita pastoral.

* * *

Para entender por qué el Padre Cayetano introdujo la combinación de las danzas de Catequil y los “bichos” de España, es decir, los toros de lidia en las celebraciones de Corpus Christi se requiere observar que en junio hay dos festividades importantes: Corpus Christi y San Juan, el 8 y el 20 de junio, respectivamente.

También se tiene que considerar que en las regiones andinas San Juan coincide con “la noche más fría del año”, fenómeno que los sacerdotes aborígenes detectaron desde tiempos anteriores a los Incas y los españoles, y consideraban un hito de carácter mágico y religioso en el año, o el comienzo del año. Este hito celebraban con fogatas, cuyo significado es simplemente abrigarse durante la noche de la celebración.

Permítaseme explicar estos hechos desde el punto de vista de nuestra cosmovisión actual: En la rotación anual de la Tierra alrededor del Sol hay dos momentos cuando el ecuador se encuentra más lejos del Sol debido a la órbita elíptica de la Tierra, con un consecuente descenso de la temperatura en la noche. Estos dos momentos son el Solsticio de Invierno que cae entre el 21 y el 22 de diciembre, y el Solsticio de Verano que cae entre el 21 y el 22 de junio, casi coincidiendo con la fiesta de San Juan.

* * *

El cálculo de la noche más fría de junio en el hemisferio sur de la Tierra, donde nos encontramos nosotros, sirve para hacer un ajuste de los meses lunares al año solar, a fin de que no se produzca un desajuste en la secuencia de los ciclos agrarios; y es tan importante, que para la cultura aymara-tiwanakota es el primer día del año.

Decir que los indios sabían de solsticios equivale a adjudicarles conocimientos astronómicos que eran toda una novedad en los días de Cristóbal Colón en cuanto a la naturaleza de la Tierra y sus movimientos con relación al Sol. Pero ellos sí sabían determinar las noches más frías del año observando el ángulo de proyección de la luz solar en sus observatorios. Esto les era más confiable, puesto que la sensación de la temperatura suele ser engañosa debido a factores meteorológicos, como la lluvia, la nieve, la neblina, etc.

* * *

—Ahora bien, observa que en Celendín la fiesta de San Juan no tiene ninguna trascendencia y pasa desapercibida, a diferencia de lo que ocurre en otros lugares, como los pueblos de la Amazonía. ¿Sabes por qué? Porque las celebraciones nativas de la noche más fría del año, que sin duda tenían al dios Catequil como su personaje central, fueron transferidas a Corpus Christi.

—¿Y quién hizo esta transferencia?

—¡Pues el Padre Cayetano! ¿Quién más? Esta fue una de sus triquiñuelas.

Hubo un interés circunstancial detrás de esta transferencia, y aunque le ligó, porque los indios de Celendín se olvidaron de la noche más fría del año para celebrar la inauguración de la Iglesia Matriz en Corpus Christi, después de haber contribuido con su construcción, no se imaginó que las danzas de Catequil se le pegaran a Corpus Christi per seculo, seculo, seculorum, amén.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con los toros de poncho?

—Que al Padre Cayetano se le ocurrió la loca idea de incluirlos en Corpus Christi en la romería de cada santo, de cada circunscripción, para que las cosas cobrasen carácter de competencia y diversión. El no contó con que estos toros, que serían parte del show para incrementar el acopio de materiales para el acabado de la Iglesia Matriz, se convertirían en su principal atractivo, a tal punto que uno llega a olvidarse de la naturaleza mística de Corpus Christi y de la santidad de los santos de los caseríos.

* * *

Al año siguiente, en Corpus Christi, los chilchos y demás extranjeros, que digo, estancieros, volvieron a invadir la villa de Celendín con sus toros y sus danzas, llevando al Padre Cayetano, ya no materiales de construcción, sino los productos representativos de sus caseríos. Los conjuntos de las danzas de otros caseríos fueron desarrollando características y emblemas particulares. Impacta por ejemplo, la Languatina, a la cual describe Don Alfonso Peláez Bazán: “Sus devotos portan como emblemas gruesas cañas de azúcar con todas sus hojas. De los palos del anda penden tremendos poros de miel. Los danzantes visten extrañas indumentas adornadas con choloques, shilshiles y cuernos de venado.”

El cura no pudo evitar ni los obsequios ni las danzas de Catequil, porque era él quien les había incentivado y dado sus toros.

Al tercer año no tuvo más que aceptar todo esto en Corpus Christi, con tal de que se quedaran danzando en el atrio del templo, mientras adentro se celebraba la Eucaristía con reverencia y santidad.

* * *

—¿Por qué mierda tenía que meterse el indio ése, el Catequil?

—Sí, pué. Pero lo mejor del caso es que las danzas del Catequil y los toros del Padre Cayetano, nos llegaron a gustar.

Don Alfonso Peláez Bazán escribió una historia con el título, *Cuando recién se hace santo*, donde se refiere hechos similares ocurridos un siglo después en los tiempos del alcalde Don Eleuterio H. Merino, que revelan que la triquiñuela del Padre Cayetano aun permanecía latente y funcional en la memoria de los más preclaros anticuarios de Celendín.

Se trataba de reunir los materiales para terminar la construcción de otra iglesia, la de la Purísima. Uno de los concejales propuso demandar la contribución de todos los caseríos para proveer adobes, madera, carrizos y tejas. Y otro concejal habló de la conveniencia de tomar en cuenta al santo de cada caserío, para que sus moradores se sintieran obligados a cumplir.

Como mandato municipal se les asignó sus contribuciones a Santa Rosa de Guayabas, a San Francisco de Chuclalás, a San José de Pilco, a San Isidro Labrador, a la Candelaria de Chacapampa, etc. No se escaparon ni los niños, porque al Niño Dios de Pumarume le asignaron la cuota de 2.000 tejas y 100 manojos de cueña para amarrar los carrizos en el techo. Según las expectativas, la obra sería terminada antes del 8 de diciembre, día de la Purísima Concepción.

La historia de Don Alfonso Peláez va por otra dirección y refiere lo que le ocurrió a uno de los santos de la comprensión, el único que prestó oídos sordos al mandato

municipal. Me refiero nada más ni nada menos que a San Sebastián de Llanguat (Don Sheba) a quien se le asignó la cuota de 20.000 carrizos, porque estos se producen en abundancia en su valle. ¡Pero los llanguatinos maldiciaus no dieron ni uno!

* * *

Llegado el día de las Danzas de Corpus Christi el alcalde lo desvió a Don Sheba de su rumbo, y en lugar de entrar horondo en los atrios de la Iglesia Matriz, fue a parar en la cárcel pública por una noche entera.

Cuenta Don Alfonso que esa noche el alcaide hizo meter a la cárcel, sigilosamente, seis botellas de cañazo, tres libras de coca, cinco trueques de cal y diez atados de chuscos. ¡No era posible que los presos dejaran pasar así nomás una noche tan extraordinaria! Tenían por compañero de prisiones, ¡nada menos que a San Sebastián de Llanguat!

El cholo Julca se puso a soplar la coca en su mugriento poncho. El manqueras repartió la cal. El Tongo repartió los chuscos. El Vargas cateó el trago, y el Guacrayo no dejaba de proferir blasfemias.

En medio de una salmodia de caleros, San Sebastián oyó todas las cosas de que son capaces los hombres.

A las seis de la mañana tenía nublados de humo los ojos, y a su alrededor se podía ver un repugnante saldo: Infinidad de puchos sobre un suelo teñido de verde.

Y a uno de los presos se le ocurrió decir: “¡Santo va a ser recién desde ahora!”

* * *

En síntesis, el hecho de que en Celendín la fiesta de San Juan pase desapercibida y no tenga ninguna trascendencia sólo se puede explicar argumentando que las celebraciones precolombinas de los chilchos relativas a la noche más fría del año fueron transferidas a Corpus Christi, no obstante el riesgo de ensuciar de paganismo la más pulcra celebración de la cristiandad.

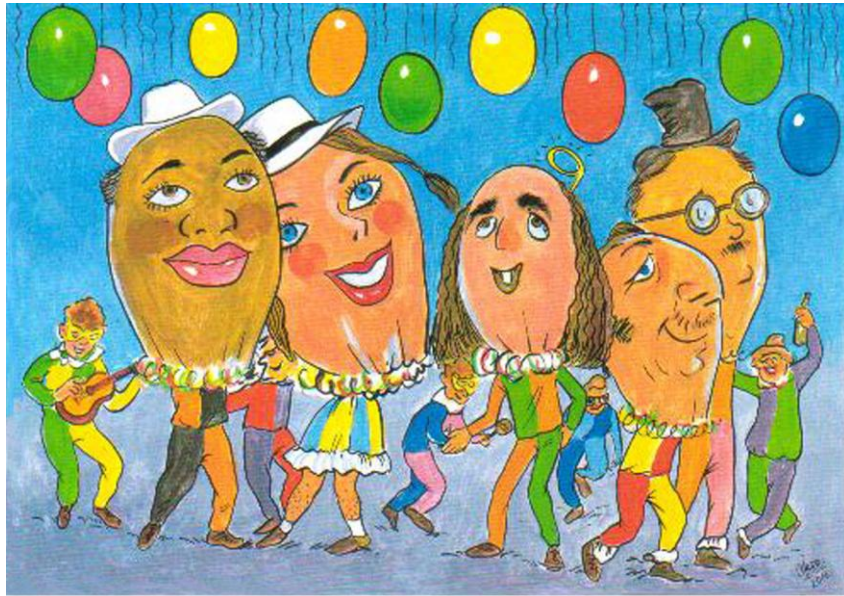
Como se ve, hubo intereses circunstanciales detrás de esta triquiñuela del Padre Cayetano, y aunque tuvo ventajas, porque les hizo pisar el palito a los chilchos, modestia aparte, el padre terminó pisando él también el palito, o como dice la palabra, terminó metiendo las cuatro patas.

Todo parece indicar que las celebraciones indígenas de la noche más fría del año fueron transferidas intencionalmente a la fiesta de Corpus Christi.

Y lo peor del caso es que el producto sincretista de las Danzas de Corpus Christi nos llegó a gustar. En mi caso, cuando vi que mi sobrino Elmer Machuca tenía un cuadro al óleo de las Danzas de Corpus Christi lo ajoché para que me lo vendiera. No me convencía diciéndome que el pintor era el Charro y que él podía pintar un cuadro parecido para mí. Insistí e insistí hasta adquirirlo para decorar mi oficina, porque la escena se sitúa en mi calle, José Galvez, y trae a mi mente lo ocurrido cuando el alcalde Eleuterio H. Merino y mi abuelo el Capitán Zaturmino Chávez lo metieron a la cana a Don Sheba de Llanguat.

* * *

20
EL CHILALO:
MELODIA QUE RESUCITA MUERTOS



El Chilalo y su Chilala - Carnaval Celendino

Allá por 1860, veinte años antes del estallido de la Guerra del Pacífico, tuvo lugar en Celendín el curso anual o desfile de comparsas de Carnaval que estaba destinado a perfilar la vida de la población de manera permanente.

Como ocurre con el Carnaval de Río de Janeiro, los preparativos fueron muy intensos. Los de la Comparsa de Colpacucho o El Rosario, dirigida por el Negro Eusebio, hicieron retumbar en el ensayo de la víspera el patio de su casa en el Jirón Ayacucho 237 (actualmente Ayacucho 917-921), y seguramente estaba metido por allí ese mocoso. . .

Me refiero al Saturnino Chávez Baella, porque esa era la casa de sus padres; allí vivía él.

Entonces tendría tan sólo siete años de edad.

* * *

Desde aquel curso, en la entrada de cada Carnaval un séquito de payasos y shapingos reproducen la saga original, escoltando a la señorial pareja del Chilalo y la Chilala cuyas enormes cabezas de cartón prensado destacan en medio del séquito festivo.

Históricamente hablando, tales cabezas representan al Negro Eusebio y a su amada Micaela, aunque ahora sólo los llaman Don Carnavalón y Doña Carnavalona.

El Chilalo es representado moreno chingüengüenchón, y la Chilala, zarca (palabra árabe que significa de ojos celestes), pintarrajeada y atiborrada de collares, y ambos con el típico potocho shilico blanco. Además, él lleva en el sobaco un ave de peluche.

* * *

A la vista se nota que no se trata de una gallina o de un gallo de pelea. El pajarraco rememora un ave rara que el Negro Eusebio atrapó viva en Llanguat y la llevó a Celendín como un obsequio para su amada en el contexto de aquel curso de Carnaval.

La melodía de fondo, también conocida como “el Chilalo”, se ajusta al señorial baile tieso del Chilalo y la Chilala, a causa del tamaño descomunal de sus cabezas, pero también se adapta al baile alocado y a la marcha prosalla de las patotas que al son de las palmas y silbidos se desplazan por las calles de la ciudad.

* * *

La melodía del Chilalo es el factor mágico de la celebración. Sobre su paternidad artística se han tejido varias hipótesis, una de las cuales queremos exponer a continuación intentando reconstruir los hechos con honestidad, sin que nos mueva otro motivo que el de dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Quien haya sido el autor de la melodía y de la letra original del Chilalo, fue genial. Y el Chilalo tiene su lugar merecido en el santuario de las obras que perduran para siempre.

Las cosas parecen haber ocurrido de la siguiente manera. . .

* * *

Hacía mucho tiempo que había llegado a Celendín, quien sabe procedente de Chíncha, un hermoso ejemplar color de lujo llamado Isidoro Baella. Y perdidamente enamorado de nuestro terruño se quedó aquí para siempre pues se casó con una hermosa shilica de tez blanca y de ojos celestes llamada María Antonieta Díaz.

Desde entonces, en Celendín, de vez en cuando nacen algunos negritos que son muy cotizados por su rareza y porque son muy alhajitas. A ellos los prefieren las zarca despampanantes, y la saga continúa.

* * *

Los hijos de Don Isidoro Baella y de Doña María Antonieta Díaz fueron cuatro:

El primero se llamó Ezequías, cuyo apellido Baella fue heredado por mujeres, y por tanto, desapareció. Pero dicen que se ha conservado en Chachapoyas, más allá de la banda, porque se casó allá con una muchacha que era una preciosura, y de allí sale Don Alfonso Baella Tuesta, el famoso periodista del programa televisivo, “Frente a frente”.

El segundo se llamó Catalino, que siguiendo la antigua costumbre española de la gente de alcurnia, por ser el segundo fue destinado a ser cura. A él le tocó servir al Señor en Colasay, distrito de la provincia de Jaén. Allá asumió la tutoría de su sobrino Zaturino (el Capitán) por tres años, desde 1860.

En cuarto lugar les nació una mujercita a quien llamaron Isabel, quien mereció tardíamente el epíteto de “la Chocha Bailla” (por Baella). Ella se casó a los 13 años de edad con el magnate Don Lorenzo Chávez Rubio, de 59 años, y tuvo seis hijos: Zaturino (el Capitán), y sus hermanos Hermelinda, Manuel, Jesús, Francisco y Matilde.

—¿Y el tercero?

—¡Paciencia, burro!

* * *

El tercero, Eusebio, fue el único que heredó el color de lujo de su padre, y mereció el apodo de “el Negro Eusebio”.

También como su padre, se casó con una zarca, Micaela Sánchez, con quien tuvo una hija que se llamaba Aurora, que llegó a ser la mamá de mi mamá Esther, y que se casó con Norberto Velásquez Rocha, que era de Oxford, que digo, de Oxamarca, por cuyo lado nuestra familia está emparentada con la familia de mi primo Alfredo Rocha.

Al Negro Eusebio se le adjudica la música y la letra del Chilalo, patrimonio cultural de la humanidad.

Mi madre sacaba pecho de que su abuelo, el Negro Eusebio, había sido el autor de la música y de la letra original del Chilalo, el Carnaval de Celendín, al cual se refería como “la melodía que resucita muertos”. Pero nunca jamás prestamos atención a su versión de los hechos. La confirmación de esto sólo vendría muchos años después gracias a las investigaciones del Amauta Don Orestes de Tavera y Quevedo y de su señora esposa Isabel Chávez Velásquez (Doña Chabu, mi hermana) sobre la base del aporte documental de la Chochita Petronila Villar, sea su memoria bendición.

Doña Petronila conservaba en su haber muchas historias del pasado misterioso de Celendín, desde el momento en que los portugueses asentaron su campamento en las partes más elevadas de Pilco, antes que se disecara el lago de Celendín y se trazara las calles de la villa.

* * *

La restauración de la historia del Chilalo ocurrió de la siguiente manera:

Enterados de que la Chochita Petronila Villar perteneció a la familia de la señorita Elena Merino Villar, el Amauta y Doña Chabu fueron a entrevistarla en su casa. Tú te acordarás de la enfermera del Hospital Augusto G. Gil. Su casa estaba en la calle que sube al barrio de Las Lagunas, cerca de las faldas del cerro San Isidro.

Le preguntaron:

—¿Sabes, Elenita, si entre tus familiares hubo una señora llamada Petronila Villar?

Ella respondió:

—Sí. Ella fue la hermana de mi abuelo, José Villar, y se casó con Don Tomás Pérez y fue la abuela de los hermanos Pérez Rabanal. Se la recuerda como una mujer muy alegre y pishpireta, en el buen sentido de la palabra.

Otros familiares presentes en la entrevista coincidieron en que la Chochita conservaba, bien refundido en su seno, un papelucho mugriento de gran valor histórico,

aunque tenía más pliegues y arrugas que cara de tatarabuela. Dicho papel, que la familia Merino Villar conservaba en una cajita, contenía la letra original del Chilalo.

Al escuchar la palabra “Chilalo”, el Amauta casi se cae patas al hombro, y exclama:
—¡Esa es la melodía que resucita muertos!

* * *

La santa paciencia del Amauta y de Doña Chabu fue galardonada con la providencial aparición del bendito papelucho sobre el cual estaba escrita la letra original del Chilalo.

La letra estaba plagada de arcaísmos que a simple vista no dicen gran cosa porque sus secretos sólo pueden ser dilucidados mediante una rigurosa exégesis filológica y una hermenéutica antropológica que a continuación vamos a exponer por primera vez en la historia.

Héla aquí tal cual:

*¡Ya viene el Carnavalito, siluló,
después de haberse paseado en Llanguat!
¡Ya llega el Carnavalito, siluló,
por la cuesta de Shururo, guayluló!
¡Arriba, caballo blanco, siluló!
¡Sácame de este barrial, guayluló!*

CORO

*¡Chilalito, Chilalón!
¡Qué bonito el Carnaval!
¡Chilalito, Chilalón!
¡Qué bonito es Celendín!
Porque se juega y se baila, siluló,
con guitarra y con cajón, guayluló.*

*¡Unos ojitos he visto, siluló!
¡Por esos ojitos muero, guayluló!
Me han dicho que tiene dueño, siluló. . .
¡Con dueño y todo la quiero, guayluló!*

*¡Arriba, caballo blanco, siluló!
¡Sácame de este barrial, guayluló!*

* * *

A la recuperación de la letra original del Chilalo siguió una investigación meticulosa de su texto que conviene presentar como caso de estudio y contribución a la ciencia antropológica.

Para empezar, el testimonio de la Chochita Petronila Villar, atesorado por sus descendientes, responde a la pregunta de rigor: ¿Por qué a la melodía del Carnaval Celendino se le llama “el Chilalo”?

Su reveladora respuesta era: “Ese era su segundo apodo del Negro Eusebio, porque dizqué en Llanguat atrapó vivo un raro ejemplar de ave llamada ‘chilalo’, y lo llevó a Celendín para ponerlo a los pies de su amada Micaela, como una ofrenda de amor. A él se refiere la canción cuando dice ‘Chilalito, Chilalón’. Y como la canción enfatiza en su apodo, a la canción también se le llegó a conocer como ‘el Chilalo’.”

El resto de su testimonio ha servido para reconstruir la conmovedora historia que continuamos presentando a continuación.

* * *

En febrero de 1860 se acercaba a Celendín por la cuesta de Llanguat la bulliciosa comparsa de esos muchachos templados. Templados, no porque venían del temple, sino a causa de la terciana del amor. Ellos representarían al barrio de Colpacucho-El Rosario en la comparsa o curso de Carnaval, y tenían a la cabeza al Negro Eusebio (su tío del Zaturmino) y al Pepe Villar (su hermano de la Chochita Petronila), que como buenos shilicos, como decía el Alfredo Rocha, “eran músicos, poetas y locos”.

Antes de la llegada del Carnaval solían organizarse año tras año los diversos barrios de la villa de Celendín para bajar al valle de Llanguat y traer de allí todo lo necesario para la fiesta. De regreso, a cada cabalgadura adornada le seguía, jalada por un peón de a pie, una mula con la carga: Yucas, camotes, tongos de chancaca, frutas del temple y poros con miel de caña.

Ellos habían bajado a oscuras, antes de que amaneciera, y se habían paseado en Llanguat varias horas, dándose chapuzones en las refrescantes pozas del río La Llanga y merendando un mate repleto de yucas y escabeche de gallina, sazonados con ají soltero (llamado así a falta de mujer que muela el ají en el batán).

* * *

Los muchachos habían tenido suerte para hacerse de regalos típicos del valle para sus enamoradas que les esperaban ansiosas en Celendín. Ahora volvían montados en sus briosos caballos, al son de las atrevidas coplas de Carnaval.

Ellas, por su lado, sudaban la gota gorda con los preparativos de la fiesta, para acompañar el sancochado de yuca y camote con col y carne de chanco o de res, o con picante de cuy y caldo de gallina, acompañados de abundante chicha de jora.

Les motivaban las melodías de la fiesta que afloraban de sus labios encarnados y acompañaban día y noche su quehacer.

Hasta entonces, una sola tonada, común a todas las provincias del departamento de Cajamarca era depositaria de toda la picardía habida y por haber. Pero algo ocurriría en la

cuesta de Llanguat, entre Shururo y los Blancos, que cambiaría las cosas *per seculo seculo seculorum, amén*.

* * *

El Negro Eusebio, como el Mario Cimaro que era un galán con cuerpo de deseo y volvía montado en una hermosa yegua blanca a la cual había ceñido, para el último tramo del viaje, con dos vistosos collares, uno de cuentas de guaylulos, y otro de silulos, ambos artísticamente entrelazados con flores típicas de Llanguat. Con esos collares adornaría en el curso de Colpacucho a su zarca, la Micaela, una china linda que le decía: “¡Ay negro facineroso!”

Ambos collares los hizo en Llanguat, y llevarlos consigo sin estropearlos en el pesado viaje de regreso sería una adicional demostración de su inmarchitable amor por ella. Por eso los puso cuidadosamente al cuello de su yegua, no sin antes lanzar una pícaro mirada y una severa advertencia a sus acompañantes:

—Si la Micaela se llega a enterar de que primero se los puse a la yegua, ¡tarde o temprano cada uno de ustedes me las va a pagar!

Y exclamó con melodía quejumbrosa:

—¡Micaela! ¡Micaela! ¡Eres linda, Micaela!

* * *

Pero algo más llevaba el Negro Eusebio para brindárselo a su amor. Bajo su brazo llevaba, maniatada, esa rara ave antediluviana de la era de los Picapiedras que había logrado atrapar viva en el valle encantado de Llanguat. Este hecho valeroso fue muy mentado entre la población de Celendín.

Pero a la altura de las lagunas de Shururo, con los últimos destellos del atardecer, fueron precedidos por un fuerte aguaceral de febrero que en instantes convirtió el camino en un inmenso barrial.

Era como si el antipático indio Catequil les dijera: “¡Váyanse con su música a otra parte!”

* * *

La Chochita Petronila contaba con orgullo que su hermano, el Pepe Villar, estaba con el Negro Eusebio en las circunstancias de su paso cerca de las lagunas de Shururo, que desde antaño eran consideradas encantadas.

No faltó un chistoso que intentó tomarle del pelo a la Chochita, diciendo:

—¿No sería que de sus aguas “estancadas” surgió la leyenda de que fuesen “encantadas”? Pues desde el camino empinado se las ve abajo negras y sombrías, como charcos de petróleo.

Y ella respondía:

—Desde antaño tenían mala fama esas lagunas. . . Se decía que eran “lagunas hembras”. Yo creo que era porque las personas que morían atrapadas en sus aguas siempre eran hombres, nunca mujeres.

* * *

De esas lagunas se decía que tenían su “madre”, que era un torito de oro que aparecía en el centro de la laguna mayor sobre un islote flotante de tundra o raíces entrelazadas. Squé resplandecía por breves instantes, justamente a la hora del ocaso, en los precisos momentos cuando el Sol empieza a declinar y las sombras del despeñadero se proyectan sobre el agua.

Le decían sus convidados:

—¡Cuántos no habrán sucumbido a la tentación de refrescarse de la cuesta zambulléndose en sus aguas, y llevarse ese torito como trofeo!

Y añadía:

—El Negro Eusebio tenía una fuerte razón para escapar de la tentación: El aguaceral. Había llovido copiosamente, y antes de que empezara a oscurecer debían cruzar a salvo ese barrial de como una cuadra de largo que se había formado en su camino.

* * *

Uno tras otro cruzaron el barrial; algunos descendiendo de sus respectivos corceles a causa de sus respingos, y jalándolos de las reatas.

Sólo faltaba que cruzara el Negro Eusebio, que se había quedado inmóvil, montado en su yegua blanca viendo que su mula con su carga cruzaba mansamente guiada por un peón que se abría paso en el lodo que cubría sus pantorrillas. Y como había estudiado el movimiento de todos los que le precedieron, estaba seguro de cruzar el barrial de un jalón, sin necesidad de apearse.

Pero en la mitad del trayecto la yegua se resbaló, y el albeo atuendo del Eusebio estuvo a punto de hundirse en el lodo con Negro y todo.

Entonces, él gritó:

—¡Arriba, caballo blanco! ¡Sácame de este barrial!

El se incorporó, y la yegua atravesó el barrial a galope, dejando a todos pasmados. Pero por poco lo cruza sola, dejando a su señorial jinete en medio del barrial, con su chilalo al sobaco.

Pasado el peligro, se sentaron para relajarse.

* * *

Se dice en Celendín que en Carnavales hasta Dios moja.

Pero ese día nada parecía presagiar un aguaceral, justo entre Shururo y los Blancos, el tramo más peligroso del camino.

Te acordarás de lo que le pasó a la maestra Pereyra, la hija de Don Agucho, cuando regresaba de su escuelita en Chalán. Un derrumbe ocasionado por la lluvia la aplastó sobre su caballo y la arrastró por el despeñadero.

De casos semejantes conversaban mientras coqueaban al compás del galope de sus caleros contra el nudo encallecido de su dedo pulgar, para que se adhiriese la cal en el alambre deliciosamente babeado de color verde esperanza.

Mientras tanto, el Negro Eusebio tarareaba las frases que se pegaron a su alma en el momento de pánico:

*¡Arriba, caballo blanco!
¡Sácame de este barrial!*

Y mientras limpiaba del lodo salpicado los collares que llevaba para su amada, le dio a esta exclamación una rima de pie forzado y una tonadita que a todos gustó:

*¡Arriba, caballo blanco, siluló!
¡Sácame de este barrial, guayluló!*

Así nació la melodía que llegarían a llamar “el Chilalo”, en cuya elaboración pusieron su granito de arena todos ellos.

* * *

A la altura de Chacapampa, antes de llegar a la villa, todos bajaron de sus caballos y entraron cantando y bailando al son de dicha tonada, acompañados de palmas y silbidos, del mismo modo que tradicionalmente hace su entrada anual en la ciudad Ño Carnavalón.

Cuentan que el Negro Eusebio bailaba llevando bajo su brazo su chilalo, que era como una pava con ojeras color lapis lásuli. El coro improvisado por sus compañeros hace alusión a él:

*¡Chilalito, Chilalón!
¡Qué bonito el Carnaval!
¡Chilalito, Chilalón!
¡Qué bonito es Celendín!*

* * *

Contaba la Chochita Petronila que sus compañeros lo shaushinaban al Negro Eusebio, expresando su cariño y su admiración por sus geniales ocurrencias. Y aludiendo al hecho de que la zarca Micaela ya tenía dueño, el Negro Eusebio (¡quién más pué va serrr!), sus compañeros bromeaban cantando con la misma tonada:

*¡Unos ojitos he visto, siluló!
¡Por esos ojitos muero, guayluló!
Me han dicho que tiene dueño, siluló. . .
¡Con dueño y todo la quiero, guayluló!*

Desde aquel día le llamarían a él con el apodo de “el Chilalo”, y lo mismo harían con la canción de Carnaval que retumbó en las calles de Celendín cuatro lustros antes de que estallara la Guerra del Pacífico.

Estas cosas contaba la Chochita en las tertulias shilicas. También contaba historias relacionadas con los primeros momentos de la vida en Celendín, cuando los portugueses asentaron sus reales en el cerro de San José de Pilco, que se encuentra más arriba de el Cumbe, antes de que se acabara de disecar el lago de Chilindrín y se empezara a trazar las calles de la villa donde antes había una grande concentración de aguas.

* * *

Pero esto no quiere decir que todas las cosas están meridianamente claras; por lo que se hizo necesaria una investigación más extensa por parte del Amauta y Doña Chabu, en la cual participaron también otros hijos preclaros de esta querida tierra.

Sobre el pájaro “chilalo” constataron que existe en los valles altos de Lambayeque y Piura un ave con este nombre, que tiene la característica de hacer su nido de barro, como el pájaro hornero. Dicen que a veces lo hace con su abertura en la parte más abultada de abajo, lo cual es indicio de que habrá un buen año para las cosechas, pero si lo hace en la parte abultada de arriba, eso indica que se espera un mal año.

La letra de un tondero norteño intitulado “El Chilalo”, asociada con Chalena Vásquez, dice así:

*Chilalo es un alfarero
que canta dando la hora,
relojito de los campos,
relojito mañanero.*

*Con sus patitas expertas
hace su nido de barro.
¡Chilalo con su Chilala, sí,
en el algarrobo.*

*Si lo encierras en la jaula;
si se siente prisionero,
Chilalo no canta más
y sólo busca la muerte.*

*No lo encierres en la jaula
si quieres que cante siempre.
Si quieres que cante siempre,
no lo encierres en la jaula.*

*Chilalo no canta en jaula.
Su canto es un canto libre.*

* * *

El chilalo de Llanguat no necesariamente era la misma ave de la costa, aunque por alguna razón le habrían dado el mismo nombre. El Doctor Nelo lo identifica con la apalina o chinalinda que se parece a una hembra escandalosa con su cara pintarrajeada con color ocre de achiote, y sus ojeras adornadas con lapis lázuli.

El antropólogo Don Jorge A. Chávez y Silva, el Charro, confirma esta hipótesis acotando que la similaridad de la palabra “chilalo” con las palabras del dialecto culli del idioma muchik de los chimú de la costa norte, revela que en Celendín también había gente chimú provenientes de la región de Lambayeque. La misma palabra “chilalo” tiene el componente monosilábico muchik CHI, como la palabra “china”, que se compone de CHI, “hembra” y ÑAN, “joven”.

Esta observación confirmaría la identificación del Doctor Nelo del “chilalo” con la “chinalinda”, nombre derivado de la analogía del idioma muchik, pues una “china” no sólo es una mujer joven, sino también es una mujer linda y ataviada.

—¡La Pava de Oro!

—A propósito, observa el arqueólogo Federico Kauffmann Doig respecto de las hermosas mujeres chimú de la costa norte: “Los Incas, que llevaron para su servicio al Cusco a muchas de ellas, variaron su significado al asimilar esta voz al quechua. Le dieron a la palabra el sentido peyorativo con el que a su vez ha pasado al castellano del Perú: Criada doméstica. Aunque lo ignoran, los trovadores populares que hoy cantan a su ‘china’ —que no necesariamente resulta ser asiática— dan a la palabra una acepción más apegada a su sentido original.”

* * *

Otro aspecto lingüístico que deriva de la letra del Chilalo es la acentuación de las palabras “siluló” y “guayluló” en la última sílaba, pues se observa en el dialecto culli la tendencia a acentuar la última sílaba de las palabras compuestas, mientras que lo normal en nuestro idioma español es pronunciarlas “silulo” y “guaylulo” (o “guairuro), con acentuación llana.

La presencia de gente chimú en nuestra región en tiempos prehispánicos, el eco de cuyo dialecto se conservaba en Llanguat hasta los tiempos del Capitán, se deja ver también en varias toponimias. Por ejemplo, el nombre del río la Llanga, en el idioma muchik significa “el río”. La toponimia derivada, “Llanguat” también deriva del muchik lambayecano o culli.

El Chilalo es entonces un documento etno-lingüístico de primer orden, justamente debido a que conserva términos ahora desconocidos para los celendinos, y que fueron introducidos por gente chimú.

* * *

Respecto de la palabra “silulo”, el Doctor Nelo ha buscado esclarecer a qué planta llamaban así en Llanguat. El cree que es la higuierilla, cuyos frutos globosos, una vez secos, suenan como shilshiles festivos.

Otros brujos lo identifican con unos frutitos afrodisíacos que guardan en secreto dada su alta peligrosidad y efectividad. Mi tío Augusto Gil parece haber penetrado a este

secreto en la antesala de la comercialización de sus famosos “Polvos Azules”, a los cuales nos referiremos más adelante en la historia, “El empresario de Polvos Azules”.

Pero una bruja de Llanguat ha tenido la gentileza de revelarnos que no es otra cosa que el achiote, o a lo mejor, el choloque.

—¿Y qué dice el Doctor Nelo de los guaylulos?

—Dice que los guaylulos o guairuros, son las semillas de bucare, que se da en Llanguat y en las bandas del río Marañón. Son hermosas sus semillas, cual frijoles rojinegros, que como es sabido de todos, son usadas en la adivinación y en diversos rituales de brujería, aunque no sirvieran más que para vistosos collares y adornos festivos de los antiguos choctamallques y chilchos.

* * *

—Pensar que las claves para establecer el origen de la letra del Carnaval Celendino son simples arcaísmos o palabras culli extinguidas, como “chilalo”, “silulo” y “guaylulo”, que en la canción sirven nada más que como rima de pie forzado. . .

—Pensar que en la canción se conservan fielmente, aunque ya no se sepa qué cosa son. . .

—Pensar que. . . ¡justamente esa es la evidencia de que estamos ante la versión original, y que el Carnaval Celendino es, más exactamente, llanguatino!

—¿Y se puede saber a ciencia cierta cuándo ocurrieron las cosas?

—Puedes obtener respuesta a esta pregunta si te doy una pista más: La historia que contaba la Chochita Petronila destaca el hecho de que entonces aún no se conocía el aguardiente en la región, porque no había alambiques en Llanguat. En las fiestas sólo se emborracharon con chicha de jora.

—¿O sea que no había cañazo? ¡Imagínate subir de Llanguat sin cañazo! ¡Ya no ya!

—El consumo de cañazo o aguardiente de Llanguat se difundiría después de la Guerra del Pacífico, con la introducción de los primeros alambiques por obra y gracia de mi abuelo, el Capitán.

* * *

Es también interesante la observación de la Chochita Petronila, de que los perfumes, talcos, serpentinas y chisguetes de Carnaval no eran traídos de Lima, sino de Iquitos, provenientes del Brasil, o acaso del Portugal.

Este dato es una pauta cronológica importante que nos conduce al tiempo cuando los celendinos seguían transitando la ruta por la que vinieron sus antepasados del Brasil.

También la enumeración que hacía la Chochita de los barrios de Celendín en esos tiempos es una pauta relativa a la fecha del Chilalo. Las patrullas carnavalescas que visitaban las casas, y comían y bailaban al son de concertinas, violines y silbatos provenían de los diferentes barrios: El Rosario, el Carmen, Santo Domingo, San Carlos, San Juan Bautista, San Antonio, San Cosme, San Damián, San Cayetano, el Cumbe, el barrio de Todos los Santos y la Felicianana.

La mayoría de estos nombres han desaparecido al haber sido remplazados por otros.

* * *

El Charro, que ha pintado una magistral acuarela de una patota de Carnaval caricaturizando a los más conspicuos carnavaleros de nuestro pueblo, se emociona al escuchar esta historia del Chilalo, y comenta con lágrimas en los ojos:

—El Chilalo es realmente un huayno norteño, pero nada se le puede comparar. No fue compuesto como “el Carnaval Celendino”, sino como una hermosa canción que debido a su atractivo se difundió por todo el departamento y ahora forma parte del folklore nacional. Y como el folklore del Carnaval cajamarquino es del tipo de las coplas —una misma melodía es recipiente de diversas letras—, cada ciudad pudo introducir sus propias letras variantes en la melodía del Chilalo.

—Sí, pué. Hasta el Indio Mayta tiene su propia letra del Carnaval. . .

—El Chilalo tuvo variantes desde el comienzo, y seguirá teniendo nuevas variantes como la versión de Don Juan Gualberto Vargas Escalante, que dice que “el Carnavalón ha preparado en Los Blancos su talco”, que aparte de la simpática ocurrencia infantil de hacer talco de la “tierra blanca” de ese lugar, muestra efectivamente que el Chilalo nació en ese preciso lugar donde se acaba la cuesta de Llanguat.

* * *

La Chochita Petronila Villar ya conocía la variante “sácame de este arenal” que se adhirió al Chilalo. Ella solía decir: “Qué, pué, en Celendín no hay arenales, y lo que sí abundan son los barriales, a causa de los aguacerales.”

Evidentemente, esta variante se introdujo con la difusión del Chilalo en la costa, como lo expresa Doña Chabu: “Con esta variante lo cantaba montado en su caballo pardo, Don Luis Pardo Novoa, el afamado ‘Bandido Romántico’ o ‘el Robin Hood de Chiquián’.”

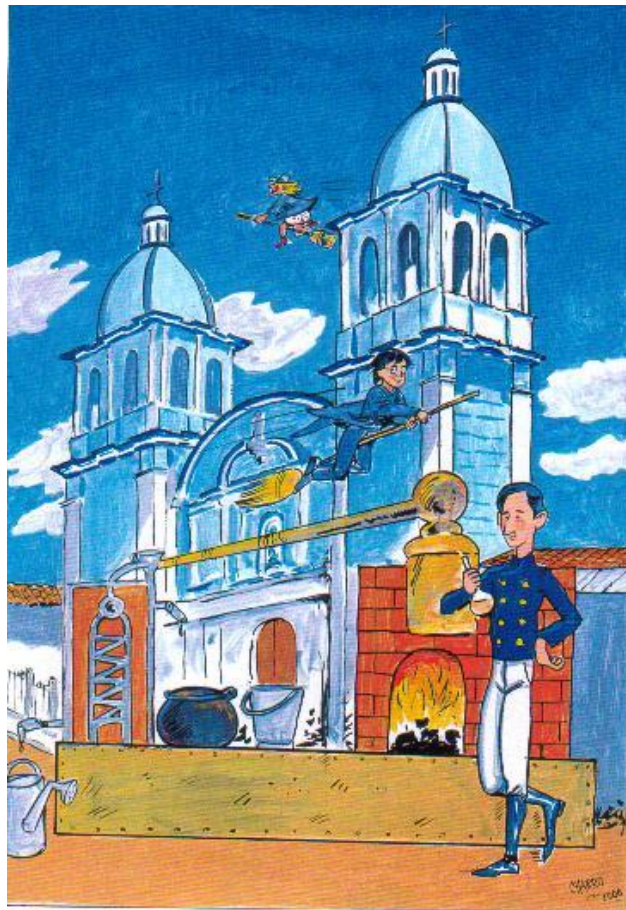
Ella se refería al Robin Hood peruano, natural de Chiquián, capital de la provincia de Bolognesi en Ancash. El formaba parte de las columnas caceristas encabezadas por Don Augusto Durán, que lamentablemente terminaron engrosando las filas de los montoneros.

También le añadieron un retazo de su alma al Carnaval original los grandes músicos de Celendín, como nuestro adorado Copocho (César Díaz Dávila) y sus hermanos, o Don Octavio Pereyra y sus hijos Adolfo y Mario.

—Entonces, ¿no tiene sustento que el Carnaval de Celendín data de 1904 y es de la inspiración del maestro Moreno, cajabambino, director de la Banda de Músicos de Celendín?

—Cabecita de pichón. ¡No puede haber surgido la música un siglo después de la letra!

21
EL SINDROME
DE HARRY POTTER



**El así llamado “Síndrome de Harry Potter”
en la lejana y misteriosa villa de Celendín**

—Dicen que el estreno de la película de “Harry Potter y la Piedra Filosofal” en el Cine Teatro Don Jave causó gran conmoción en Celendín.

—Dicen que desencadenó la búsqueda de entierros y tesoros.

—Dicen que mientras en otros lugares no pasó de ser una super producción dirigida al mercado infantil, en nuestra villa removi6 actividades tenebrosas que hace mucho tiempo habían perdido credibilidad, como la cartomancia, la nigromancia, la ignorancia. . .

—Dicen que empezaron las peregrinaciones de los infieles a las ruinas de La Chocta y al valle encantado de Lluquat. . .

—Dicen que resurgieron la brujería y el espiritismo, y su parafernalia de naipes, velas, mesitas mágicas, ouijas, humos, escobas voladoras. . .

—Y el agua de Cananga. . .

—Y los siete jarabes del Zarco Dolores. . .

—Y los siete espíritus de Doña Chabu. . .

—Y los experimentos de alquimia que realizara tu abuelo, el Capitán, a vista y paciencia de *tuti li mundi*, ¿di?

Estas aprensiones difundió Radio “La Tuya”, la emisora de mayor sintonía en la ciudad.

* * *

—Se dice que después de retornar de la guerra, el Capitán Don Zaturmino Chávez Baella se dedicó a la alquimia con un destartalado alambique que él mismo diseñó y armó en su domicilio, en José Gálvez N° 714. . .

—Se dice que descubrió los tesoros arqueológicos de los Choctamallques, de los Chilchos, de los Culli y de los Sefaraditas. . .

—Se dice que dio con la Piedra Filosofal. . .

—Todo squestá escrito, y consta exactito en su Diario que escribió antes de morir.

* * *

Tras el estreno de la película de “Harry Potter y la Piedra Filosofal” resurgió el protagonismo de los duendes, de los Poltergeists, de los íncubos, de los súcubos, de los cholos *apus*, y de sus asociados los brujos, los astrólogos, los adivinos y otros hermanos sombríos que empezaron a despertarse del letargo para hacer de río revuelto ganancia de pescadores.

El revuelo que se produjo fue sindicado por los periodistas como “el Síndrome de Harry Potter”. Los cañaverales del vecino valle de Llanguat y los carrizales del río La Llanga se convirtieron en destino sacrosanto de peregrinaciones nuevaeristas, nashacas o no, allí está el detalle.

Aun ahora, no faltan los que tras una travesía realmente agotadora pernoctan entre las ruinas precolombinas de La Chocta para interactuar con los fantasmas de los infieles de Oxamarca. Y de nuevo se hacen experimentos de alquimia en alambique y atanor.

El alambique s que fue inventado en la Edad Media por los alquimistas franceses que buscaban la quintaesencia y la Piedra Filosofal. Y lo utilizaron para estraer la esencia de las flores, de las cañas y de las maderas en busca de la panacea de las enfermedades y el elixir de la juventud y la vida eterna. Eso creyeron descubrir a partir de la caña de azúcar y lo llamaron *eau-de vie*, “agua de la vida”.

—Nada más ni nada menos que el “aguardiente”, llamado así porque es más frío que el agua fría, pero una vez en tu boca es ardiente.

—¿El cañazo?

* * *

La noticia del síndrome llegó a los celendinos residentes en Trujillo y en la Capital, y no pasó de ser tema de tertulias familiares. Pero como perdurara el fenómeno, los Mulloshingos empezaron a olfatear, como dice la palabra: “Donde esté el cadáver, allí se juntarán los shingos”.

Para quien no ha oído hablar de él y de ella, diré que son nietos de Don Amadeo Silva “Mulloshingo”. Por razones obvias heredaron el apodo de su padre, que en quechua significa “gallinazo pelirrojo”, para diferenciarlo de los shingos comunes y corrientes que son como los curas de antaño de quienes solía decir Don Manuel González Prada que tenían negras la sotana, las uñas y la conciencia.

Por razones de vocación, los Mushoshingos escogieron la carrera del periodismo de investigación, y como buenos shilicos⁶ se lanzaron no sólo a la búsqueda de la noticia, sino también a hacer noticia.

* * *

Develar el misterio de la resaca metafísica de “Harry Potter y la Piedra Filosofal” en un oscuro poblado escondido en los contrafuertes centrales de los Andes del norte del Perú sólo podría ser noticia de primera plana en los diarios chicha de los cuales los Mulloshingos constituyen fuente fidedigna.

Con todo, antes de viajar a Celendín con el pretexto de la fiesta brava, examinaron en Internet todo material sobre alquimia. Y mediante testimonios de algunos paisanos de edad avanzada lograron recopilar información adicional acerca de los extraños experimentos que hace más de un siglo realizara el Capitán.

Lástima que no se les ocurriera conseguir alguna información de boca de los descendientes del Capitán que residen en Lima, como, por ejemplo, yo.

* * *

¿Será posible que la obsesión de los alquimistas medievales haya tenido un retrasado eco en Celendín en la interfase al Siglo 20 cuando ya se había inventado el motor de combustión de cuatro tiempos, el fonógrafo, la soldadura eléctrica, y Edison ya había implementado el alumbrado eléctrico?

En la antesala de la Guerra del Pacífico ya se habían descubierto los microbios y las bacterias, invisibles culpables de las enfermedades.

Las reacciones químicas, antaño consideradas obras del Shapingo, habían sido redimidas por la ciencia.

Al término de la guerra se había fabricado el submarino de Peral y se habían descubierto las ondas electromagnéticas, la vacuna antirrábica y las hormonas, y la película fotográfica ya había relegado al olvido a su ancestro mágico, la daguerrotipia.

Hacia 1890, Dunlop había producido las llantas con presión de aire.

Hacia 1895 los hermanos Lumière habían inventado el cinematógrafo, y el ruso Popov y el italiano Marconi habían inventado la telegrafía sin hilos.

El francés Becquerel había descubierto la actividad del uranio, y los esposos Curie el polonio y el radio.

¿Acaso la química moderna no había sido desarrollada desde fines del Silo 18 por Antoine Laurent de Lavoisier? ¿A dónde, pues, pudieran haber conducido los anacrónicos experimentos del Capitán?

No me vengan, pué, con eso de la “Piedra Filosofal”, porque esas cosas son vejeces. ¡puro cuento chino!

* * *

Ni bien llegaron a Celendín, los Mulloshingos se entrevistaron con el Doctor Nelo, a quien todos señalan con justicia como el más grande duendólogo habido y por haber, y el único que puede atesorar la respuesta de las interrogantes de misterio. Y se quedaron culecos cuando les dijo que “la Piedra Filosofal nunca ha sido, ni tampoco es, ni será un cuento chino”.

“Si bien los herejes y profanos las consideraban ‘brujería’, y los más cultos, ‘alquimia’ ”, dice el Doctor Nelo, “las actividades del Capitán con justicia deberían ser catalogadas como experimentación científica. Y si llegó a descubrir el elixir de la eterna juventud, sin duda lo habrá consignado en su Diario, al cual se lo ha de descubrir con los métodos de la arqueología moderna y no mediante prácticas de espiritismo y consultas a los muertos.”

* * *

El Capitán murió de una pulmonía fulminante el sábado 21 de enero de 1900, a los 47 años de edad, pero se sabe que logró detallar sus observaciones en su Diario.

Tras su muerte, su biblioteca y sus archivos fueron siendo gradualmente desmantelados hasta desaparecer, salvo algunos pocos volúmenes de Miguel de Cervantes, de Antonio Raimondi, de Mateo Paz Soldán, de Ricardo Palma, de William Shakespeare, de Victor Hugo, y algunos textos en francés, idioma que entonces había conquistado el corazón de la *intelligentsia* shilica⁹ e hispanoamericana.

“Si se encontrara el Diario del Capitán, recién podríamos ser objetivos, en lugar de andar por allí diciendo sonseras y mentecaterías”, dijo el Doctor Nelo al salir de su clase de Derecho en la Universidad de Celendín donde es el alumno más “arqueológico”. Luego arrancó su moto con una hembra al anca y se dirigió a merendar con rumbo desconocido.

Así dejó a los periodistas plantados junto a la banca de granito frente al predio donde antaño estaba la botica de su padre, Don Daniel Quiroz, otro destacado alquimista de esta villa de misterio.

* * *

Los Mulloshingos no querían quemar etapas. Esperaban entrevistar de nuevo al Doctor Nelo en su laboratorio y museo privado. Pero temiendo volver a Lima con las manos vacías, optaron por recurrir también a otros medios quizás un poco desprestigiados, como la nigromancia.

Se encontraba a la sazón en la villa el Doctor Carlos Casanova Lenti, alabado por sus grandes poderes físicos y metafísicos. Y al ser sondeado respecto de la posibilidad de llevar a cabo una sesión de espiritismo, les escuchó sin mostrar interés.

Peor cuando le dijeron que se trataba de consultar al Capitán. Allí sique dijo: “¡Basta! ¡Con el Capitán yo no me meto!”

El Doctor Casanova. . . ¿Te acuerdas de la entrevista televisada que le hizo la Señito, la Gisella Valcárcel, en Panamericana Televisión, con relación a los fundamentos científicos de la pasada de huevo y del cuy?

* * *

En la primera mitad del siglo pasado, sesenta años o más después de la muerte del Capitán, se lo seguía evocando para consultarle en qué lugar o en su casa de quién había entierros de doblones de oro, libras esterlinas, joyas de piedras preciosas engastadas en plata y oro, y perlas de gran precio.

Todo el mundo sabe que en las inmediaciones de la villa de Celendín ocultaron sus tesoros los aborígenes choctamallques antes de plegarse al territorio de los Chachapuyas ante el avance de los ejércitos del Inca, pensando regresar. Lo mismo hicieron sus aliados culli y los mitimaes chilchos, para que sus tesoros no fueran a parar en el Cuarto de Rescate en Cajamarca.

¿Acaso no conocían éstos las reservas de oro que esconde el subsuelo celendino en el cerro de Minasconga, pocos kilómetros al norte de Sorochuco? La misma estructura de la toponimia quechua-española revela que las conocían desde tiempos inmemoriales.

También los “portugueses”, los sefaraditas que dirigieron la empresa de drenaje del lago Chilindrín y fundaron la villa, ocultaron sus tesoros para no llamar la atención de las autoridades del Virreinato, sedientas de oro.

Los ricos mercaderes de los tiempos del Capitán hicieron lo mismo para esconder sus tesoros ante la inminente llegada de los chilenos.

Pero en las últimas décadas del siglo pasado pocos se atrevían a molestar el sueño eterno del Capitán, y menos lo haría el Doctor Casanova, que como todos saben está casado con Doña Ligia Emperatriz Tavera Chávez, bisnieta del Capitán.

* * *

Descorazonados, los periodistas Mulloshingos se fueron a llorar con el Flaco Camacho, pero sus ojos brillaron de esperanza cuando éste les dice:

—¡Masque vamos a consultar con Doña María Culona!

Hacía mucho tiempo que la anciana había dejado de practicar la nigromancia; después de todo, no tenía necesidad de agotarse con tales prácticas. Plata le sobra, tanto de lo que ha recibido de herencia como de lo que le mandan de Lima sus hijos profesionales, y quién sabe si también de los entierros que ha logrado detectar, cuyos dueños legítimos pertenecen ahora a los fueros de ultratumba.

Se presentaron en su tienda como periodistas shilicos, nietos de Don Amadeo Silva, enviados por la plana editorial del periódico “Ajo”.

La anciana, que a pesar de su aislamiento, está bien informada, les interrumpe:

—Quedrán decir del periódico “Ojo”. . . ¿Y qué pué me quieren comprar? Cati, casi nada ya tengo en mi tienda; puros atabales nomá, como ustedes ven.

—Quisiéramos saber si ya oído hablar alguna vez del Capitán Don Zaturmino Chávez Baella.

—¡Jué! ¿No se han enterado de que cuandazo nomá se ha muerto?

* * *

Los Mulloshingos lograron convencer a Doña María para evocar al Capitán, a pesar de que ella se porfiaba en decir:

—El finau cuandazo nomá que no responde.

Y efectivamente, no respondió.

Los Mulloshingos y el Flaco Camacho salieron apabullados de aquella vivienda bien barrida y de paredes bien blanqueadas pero apircolladas de telarañas y con pobre ventilación. Pero ni bien se vieron en la vereda y volvieron a respirar aire limpio, se llenaron de optimismo.

El Flaco Camacho les dice:

Quizás sea posible lograrlo por otros medios. . .

—¿Por ejemplo?

—¡La mesita mágica! ¡Masque vamos a ver a Doña Aurelia Collantes!

* * *

Se presentaron como periodistas shilicos, nietos de Don Amadeo Silva “Mulloshingo”.

La anciana les dice:

—Yo sé que hay una mesita en Celendín, pero no sé donde. Sque la tienen encadenada porque responde cuando no le preguntan y causa estragos. Honestamente, taititos, a mí esas cosas me dan fuertes jaquecas y dolores de cabeza.

El Flaco Camacho le dice:

—Lo que estos destacados periodistas shilicos desean es descubrir el Diario del Capitán, porque consideran que es patrimonio de la humanidad. ¿Podría ser de ayuda la mesita mágica?

Cuando le pegaron a sus ojos un flamante billete de 100 dólares *made in Irán*, la anciana leyó con fonética extraña:

—*In God we trust.*

Lo metió en su seno y les dijo que volvieran “a la media noche en punto”. Ella tenía aún la mesita refundida en algún rincón de su cuadra.

Pero de nada sirvió.

* * *

Parecían haber llegado al final de un túnel sin salida cuando al Flaco Camacho se le ocurrió:

—Todavía nos queda la ouija. Creo que tengo una, traspapelada en mi librería. Si la ouija no nos saca de apuros, entonces. . . ¡el acabóse!

Los Mulloshingos aceptaron probar, aunque pensaban que si las expertas demostraron no ser de ayuda, menos ayudaría la ouija que es manoseada hasta por los mocosos del Coronel Cortegana y por las mocosas de Nuestra Señora del Carmen.¹⁴

Si la ouija no funcionaba, volverían a Lima con las manos vacías, con la tonada de que el así llamado “Síndrome de Harry Potter” no era más que jueguitos de brujería barata que no conducen a nada que valga la pena.

* * *

El Flaco Camacho halló su ouija, y un vecino que conocía de estas cosas la manoseó hasta que la ficha empezó a moverse sola, con violencia.

Bajo la suave presión de las yemas de sus dedos la ficha se dirigió primero a la letra “B”, y el Flaco Camacho escribió la “B” en el reverso de una cajetilla de cigarros.

Luego condujo a la “I”.

Luego condujo a “Q”, y hasta allí ningún sentido afloraba.

Luego condujo a la “U”.

Y después de conducir a la “E”, su misterioso poder quinético desapareció.

El Flaco Camacho dijo:

—¡Me doy!

Se miraron la cara, y leyeron BIQUE, y luego al revés, EUQIB, y no afloraba ningún sentido.

Los Mulloshingos salieron de la librería porque no aceptaron echarse unas copitas de cañazo para disipar sus penas. Era como la media noche, y había que volver cuanto antes a su posada. Doña Pepita Chacón había tendido sus camas en el cuarto de amasar.

* * *

Se apagaron las luces y la puerta de la librería fue trancada tras ellos, cuando la Mirtha Mulloshingo se da cuenta que dejaba olvidada su cartera. Pero en el instante que volvieron su mirada para tocar la puerta, vieron que por la rendija empieza a salir humo blanco que les entumeció la entepierna.

Se quedaron inmóviles y vieron que el humo adquiría un contorno ágil y grácil que se tornó rosado desteñido.

Los Mulloshingos no podían mover sino sólo el globo de sus ojos y sus labios. El Paco le pregunta presa de pánico:

—¿Quién eres tú?

—Yo fui la Felicianana.

Después se lograron enterar de que a la Felicianana la velaron con una mortaja rosada, su color favorito, porque era casi una niña.

Siguieron al espectro que les atraía movilizándose de espalda en dirección de la Plaza de Armas. Sus tobillos parecían tener alas, como las del dios Mercurio.

Cuando llegaron al pórtico de la Iglesia Matriz, la Feliciano les dice:

—BIQUE. . . BIQUE. . . ¡Don Nelo sabe!

Y desapareció por entre las junturas de las enormes puertas de la Iglesia Matriz.

* * *

Los jóvenes amanecieron temblando de frío en sus camas gemelas que les había arreglado doña Pepita Chacón.

Todas las pistas habían sido inútiles, y volverían a Lima con las manos vacías.

Doña Pepita les sirvió un tazón humeante de verde de paico con papas y huevos pedreados, y les sonrió:

—No me vayan a desairar. Lo he preparado especialmente para ustedes, porque parece que tuvieran cushpines.

El verde estaba delicioso. Y más aún con un par de cachangas recalentadas que ella les guicapeó desde la boca del horno.

Doña Pepita les augura:

—¡Masque se van a regresar chaposos! ¡Qué, pué, los limeños ni sangre tienen en sus caras!

Pero se entristece cuando le dicen:

—Nos regresamos mañana mismo.

—¡Qué pué! ¿Se corren antes de la corrida?

* * *

En el camino a la agencia Atahualpa se les ocurre despedirse del Doctor Nelo.

Daba la causalidad de que el Sabio bajaba de su casa en dirección de la Plaza de Armas, sacudiéndose de frío y hundiendo su hermoso cráneo en el nido formado por sus hombros erguidos.

Ha perdido todas sus muelas, excepto una, la muela del juicio, para que nunca se olvide de lo rico que tener dolor de muelas.

Y en buena hora ha perdido todo su pelo, porque nadie en Celendín posee un cráneo tan perfecto como el suyo, que vale la pena lucir.

En la esquina de la Escuela N° 82, los periodistas comentan que de no ser porque aún le queda un pelo, se diría que le cae a pelo su apodo de “Huevo Filosófico”.

* * *

¡Huevo Filosófico! ¿No tendrá este apodo algo que ver con la alquimia?

Los periodistas se miran la cara con alegría y dicen al unísono:

—Si le dicen “Huevo Filosófico”, algo nuevo tendrá que revelar sobre la filosofía de la alquimia, porque hubo un tiempo en que filosofía y alquimia eran prácticamente la misma cosa.

Le dicen:

—¡Muy buenos días, Doctor!

—¡Muy buenos días escelentísimos turistas! ¿Tengo el honor de conocerles?

—Nosotros pué somos los Mu. . . Mu. . .

—¡Ah, sí! Los Mulloshingos. . .

—Sí, pué. Hemos heredado el apodo de nuestro señor padre, tal como los Churgapes y los Chilchos han heredado sus respectivos apodos de modo generacional. ¿Se acuerda que conversamos con usted frente a la mansión de su señor padre acerca del Capitán Don Zaturmino Chávez Baella?

—¡Ah, sí! ¿Y tuvieron el gusto de entrevistarse con él?

* * *

Mientras le acompañan de regreso a su casa, le cuentan que la Feliciano les dijo de la palabra BIQUE: “Don Nelo sabe.”

El Doctor Nelo se rasca la cabeza y les dice:

—A propósito, ¿ya han tomado desayuno?

—Sí.

—¡Menos mal, porque yo también ya he tomado!

Y cuando se acercan a su puerta, camina cabizbajo, chocheando, chocheando:

—BIQUE. . . BIQUE. . . BIQUE. . .

Se para en seco y exclama:

—¡Bingo! ¡Ya lo tingo!

Los periodistas, que en tan poco tiempo en Celendín han aprendido a alegrarse por cualquier sonsera, abren sus bocas ante los murales, las momias, los fósiles de pterodáctilos y dinosaurios, las plantas carnívoras y las flores que crecen en el aire en su vivero embrujado. De pronto se dan cuenta de que les dijo “¡Ya lo tengo!”, y exclaman:

—¿Qué?

—¿No han escuchado el trabalenguas BIQUE, BIQUE, ALAMBIQUE que canturrean los niños en el jardín de la infancia?

* * *

Se les desvanecen las chapas y creen que esta vez sí que han llegado al final de su camino. Será mejor nomá comprar sus boletos de regreso a la Capital.

El Doctor Nelo les mira con los ojos más lindos que jamás hayan existido, y les dice:

—El Capitán Don Zaturmino Chávez Baella diseñó el primer alambique en Celendín, y lo llevó a Llanguat para destilar su famoso cañazo. Si él habría dejado su alambique en alguna parte. . . ¡Eso os podría conducir a descubrimientos mayores, y acaso a su misterioso Diario! Quizás buscando en algún altílo lo podáis encontrar. ¡Sólo el Sabio Arquímedes os podrá sacar de semejante apuro! Siempre y cuando sepáis usar esa palanca. .

Los Mulloshingos dieron por terminada la entrevista y le besaron la mano diciendo:

—Doctor, hemos venido para despedirnos. Mañana nos volvemos a Lima.

—¿A Lima? ¿A ser pálidos? ¿Cuándo ya empezaban a criar chapas?

Ellos sonríen y salen haciéndole creer:

—En la tarde le visitamos para admirar su museo.

* * *

Bajaron a la Plaza de Armas y se dirigieron cuesta arriba a la agencia Atahualpa. Era una mañana fría y nublada, como raras veces ocurre en el mes de julio.

Al pasar frente al atrio de la Iglesia Matriz, dirigen su mirada a sus enormes puertas cerradas y ven que empieza a salir humo por entre las rendijas.

La Mirtha Mulloshingo pensó con sobresalto que habría empezado un incendio a causa de algún cirio que olvidaron apagar. Pero el humo gradualmente adquirió una coloración rosada desteñida que les dice:

—Ahora falta dar con el alambique. ¡Y después con el Diario del Capitán!

El Paco le responde:

—¿Sabes qué nos dijo el Doctor Nelo? ¡Que tenemos que usar la palanca del Sabio Arquímedes!

—Y la Mirtha le pregunta con sorna:

—¿De ése que se quemó las guandumbas en la tina, y salió sipralla, llamando a Eureka, su mujer?

La Feliciano les dice:

—Por si acaso, el Sabio Arquímedes es bisnieto del Capitán.

* * *

Los Mulloshingos bajaron rumbo a la casa del Sabio Arquímedes y lo encuentran abriendo su boca junto a un montón de alfalfa en su esquina de Doña Zoila Briones, listo para empezar su paseo cotidiano. Si no se apresuran, ¡quién podría dar después con su paradero!

Se presentaron como los periodistas del diario “Ajo” que investigan el “Síndrome de Harry Potter”.

—¡Ah! ¡Con que ustedes son los Mulloshingos!

Le dicen:

—Nos hemos enterado que usted es bisnieto del Capitán. . .

—¡Ma! ¡Ni que fuera novedad!

—Nos hemos enterado también de cierto alambique que el Capitán ha dejado refundido en algún altillo. Se dice que en ese alambique buscó la quintaescencia, o la Piedra Filosofal, o el elixir de la eterna juventud, o la panacea de la felicidad. . .

—¡Ma! ¡Ni que fuera novedad!

—¿O sea que sí lo sabe?

—¡Ma! ¡Ni que fuera novedad!

—¿Sabe en qué altillo podría estar?

—¡Ni que yo fuera tuco para andar ovando por los altillos!

* * *

Las respuestas cachacientas del Sabio hicieron mella en los jóvenes periodistas. Luego se refundió en el fondo de su huerta, porque de repente le vinieron anhelos de hacer del cuerpo, y de entre las gigantescas hojas de chiclayo levantó su mano para desearles un buen viaje lo más pronto posible.

Caminaron cabizbajos por el costado de la fuente de la Plaza de Armas y fueron a comprar sus boletos antes de quedarse atrapados para siempre en esta villa de misterio, sin que fuera novedad.

Y les sale al encuentro la Feliciano, cuyo espectro a ratos refulgía con las chapas de la vida, y a ratos con la palidez nacarada de la muerte.

Le dicen desesperados:

—Nos dijo que. . . ¿acaso él es tuco para andar ovando por los altillos?

—¡El tuco! ¡El Búho! ¡Pregúntele a su nieto del Búho, el cual está casado con la bisnieta del Capitán!

Se refería al Lucho Mori García.

* * *

De vuelta al Sabio Arquímedes, éste tocó la portada de al lado, y abrió Doña Nelly.

El Sabio le pregunta:

—¿Y el Búho?

Ella se aturdió ante semejante interrogación, pero él aclaró:

—¿Acaso tu marido no es su nieto del Búho?

Ella responde:

—No. . . ¡Ah, sí! —Porque se dio cuenta que se refería al gran poeta Don Pedro García, apodado “El Búho”, a causa de su sabiduría—.

El Sabio le dice:

—Estos periodistas quieren entrevistarlo para el diario “Carajo”.

Ella le responde:

—El Lucho está en su cama. Ojalá pué que ya esté sano, porque lo que esta madrugada ha venido ¡en una trancaza! Imagínese que su traje blanco al estilo de Clark Gable en “lo que el viento se llevó”, y sus zapatos de charol blanco, y su corbata de popelina blanca. . . ¡Mírelos pué convertidos en una shipuna! Ahorita mismo me iba a Doña Magna, para que los lave.

* * *

Ella que acaba de decir estas palabras, y su marido se acerca, todo puñushau, y les dice parcamente:

—¿En qué puedo servirles, caballeros?

—Nos hemos enterado que usted sabe algo acerca del alambique que el Capitán dejó en un altillo. ¡Cómo nos gustaría verlo! Sin duda, se trata de una reliquia de valor científico.

Y el hombre, que no tiene la malicia suficiente como para saber manejar los secretos de Estado, lo desembujsha todo al decirles:

—Su Sello, será. . . Su Sello Fállico de cuando era Juez de Primera Instancia. Yo lo he encontrado arriba en el altillo y lo tengo bien refundido en el fondo de mi baúl, para entregarlo en manos propias a su heredero, y a nadie más.

—¿Lo encontró en el altillo? ¿No habrá encontrado también allí su alambique? ¿Sabe que eso sería algo de invaluable valor para la ciencia? Porque no era un simple alambique. . .

—Yo no he visto ningún alambique.

Y su mujer interviene:

—Dicen que hay uno en su altillo de mi tía Chela. . .

* * *

Allá arriba, en la casa de al lado, estaba la entrada oscura del altillo de la mansión que heredaron de su mi tío Victoriano mis primas Toya y Chela. Allí se ocultan la Minshulaya y la Chucadosa. Quizás allí pudiera haber un alambique o alguna otra clave para dar con el Diario del Capitán.

Subieron por una escalera de palos de maguey y encontraron un destartado alambique semi oculto por el polvo y por papeluchos roídos por las ratas y los canshules —¿acaso lo único que quedaba de su Diario del Capitán?—

Su caldera estaba boca abajo; alguien la había retorcido para troncharla y usarla como bacenica.

La tapadera, que recogía los vapores del jugo de la caña, estaba totalmente chancada y separada del refrigerante.

Medio separado del refrigerante estaba el serpentín de vidrio, donde el vapor se transforma en aguardiente.

Nadie sabía para qué mierda habría servido ese atabal. Y algunas viejas que conocían las cosas más de cerca afirmaban espantadas que era “una máquina muy pesadaza”, en el sentido de que en sus inmediaciones se respiraba una atmósfera de misterio.

Se dice que tiene su guardián, un pequeño indio llanguatino calero en mano, que se aparece coqueando en la boca del altillo.

* * *

Mientras los hombres miran la máquina con temor reverente, la Mirtha limpió con un pincel el polvo acumulado sobre el serpentín y logró distinguir un pequeño rollito de papel metido allí adentro. Era de papel cuadriculado y se había conservado intacto, lejos del alcance de las ratas y canshules.

Cuando empezó a desenrollarlo aparecieron escritas con letras de molde tres palabras: LA PIEDRA FILOSOFAL. . .

El regocijo iluminó sus rostros, y el texto se hizo visible en su integridad. La tinta era de nogal y ni una sola letra estaba desvanecida. Doña Nelly le dice a su marido:

—¡Masque léelo todo!

Y él leyó las instrucciones escritas al pie:

1. Tomar una cartulina blanca del tamaño de una hoja de cuaderno.
2. Untarla en toda su superficie con el jugo de un limón y dejarla que se seque al sol.
3. Estampar mi sello en la esquina inferior derecha.
4. Colocarla sobre un azafate y meterlo en un horno un día después del amasijo, y sólo por un minuto.

La revelación del misterio aparecerá con toda claridad.

La Piedra Filosofal, o lo que fuese que el Capitán habría descubierto, haría noticia. Sus corazones levitaban de ansiedad.

¡No había más que quedarse en Celendín para ver el desenlace final!

* * *

Cuando espantaban el coche para poder prender el horno, se les acercó la Mama Lila, que venía del mercado remolcando una canasta repleta de pajuros, y les dijo, sin saber lo que ocurría:

—¡Han leído mi pensamiento! ¡Hoy amasamos!

Al día siguiente siguieron las instrucciones al pie de la letra. Todos miraban su reloj controlando que pasara sólo un minuto. Y cuando sacaron el azafate con la cartulina desplegada, se habían revelado sólo dos palabras: LA FILOSOFIA. . .

La multitud de abrebocas se fue juntando ante la puerta del horno. A nadie se le había ocurrido trancar la portada de la calle para impedir el flujo de gente al interior de la casona llenando los dos patrios y el alar que da a la huerta, en el cual está el horno de cúpula.

De pronto, ante el bullicio y la algazara de la gente apareció una palabra más: INTUYE. . .

El texto decía: LA FILOSOFIA INTUYE. . .

* * *

Alguien gritó:

—¡Masque llevémoslo al Doctor Nelo!

Los periodistas no pudieron contener a la gente que levantó en alto el azafate con la cartulina y se encaminó a la casa del Doctor Nelo en el Jirón de La Unión 205, en una concurrida procesión. Como bien diría Enrique Iglesias, “¡Eso era una experiencia religiosa!”

Cuando llegaron a su puerta, el texto revelado decía: LA FILOSOFIA INTUYE LO QUE LA CIENCIA. . .

Pusieron el azafate ante la mirada escrutadora del Doctor Nelo, y en ese momento fueron apareciendo con rapidez en la cartulina las letras C O N S T R U Y E. . .

Cuando el Doctor Nelo se adelantó a leer, CONSTRUYE, apareció la E final y el texto pareció estar completo, distribuido en dos hemistiquios en perfecto *paralelismo membrorum*:

LA FILOSOFIA INTUYE
LO QUE LA CIENCIA CONSTRUYE

Este dicho era el lema de los antiguos alquimistas.

* * *

Ante el asombro de la concurrencia, el Doctor Nelo se puso a bailar un extraño ritmo judaico, con la cabeza inclinada a la derecha, a la manera de los derviches de Estambul.

Se atragantó, y exclamó:

—¡La Piedra Filosofal existe!

Los periodistas y los abre bocas, como shingos alrededor de carne mortecina, callaron ante lo que eso pudiera significar.

El Doctor Nelo hizo que se ashuturaran de un canto alrededor de su patio-invernadero, y les rogó que tuvieran calma para escuchar la interpretación del enigma.

Y empezó a hablar:

—Como es de todos sabido, el Capitán se dedicó a destilar cañazo en su alambique que tenía en Llanguat. Aunque siempre se sospechó que tendría escondido otro alambique en Celendín para sus experimentos de alquimia, un alambique que no era un alambique, sino un atamor.

* * *

Alguien le preguntó, en términos atrevidos e irreverentes:

—¿Acaso no se había enterado el Capitán de que la Edad Media había pasado cuandazo nomá y que la Piedra Filosofal quedó reducida a un mero cuento de viejas? A propósito, ¿no fue el Capitán el que destiló sus orines en su alambique, pensando producir oro? ¿Creería pues que “orines” deriva de “oro”? ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

—¡Fíjate que no, imbécil! Para tu información, el que hizo eso fue el gran alquimista Brandt de Hamburgo. Y sí logró producir ORO, sólo que combinado con un elemento químico hasta entonces desconocido, el FOSF. Es decir, descubrió el FOSFORO.

Los de la Escuela Normal se rieron a carcajadas, pensando que acababa de decir un chiste. Y él amonestó airado al que los lideraba:

—¿Por qué no te callas, Chávez?

Cuando se restauró el orden, prosiguió:

—Sepan, mentecatos, que el Capitán no se rió de la Piedra Filosofal, sino que la buscó con apasionamiento, ¡y la encontró!

Todos se quedaron culecos.

* * *

El Doctor Nelo prosigue:

—El Capitán INTUYÓ que la Piedra Filosofal que transformaría el plomo o cualquier otro metal inferior en ORO, no sería una piedra común y corriente. Se trataría de una piedra que el ojo humano jamás podrá ver, porque no es otra cosa que el átomo.

Al escuchar eso, algunos se salieron puertas afuera.

Pocos se quedaron, entre ellos los periodistas Mulloshingos, que no dejaban de tomar anotaciones.

También se quedaron ashaturados Doña Nelly y el Búho, su marido, y algunos cuantos mentecatos más.

* * *

El Doctor Nelo prosiguió:

—Cuando se empezó a buscar la Piedra Filosofal que produciría la transmutación de los elementos no se disponía de otro recurso que la FILOSOFIA, que intuía la naturaleza de la materia. Los filósofos alquimistas árabes se trazaron metas y objetivos concretos, y se lanzaron para alcanzarlos. Pero, no obstante que les debemos tanto respecto del desarrollo de la química, no tenían a su disposición los medios para la transmutación de la materia. Esto recién sería posible con el físico británico Ernest Rutherford, uno de los primeros investigadores de la física nuclear. El descubrió los rayos *alfa* e identificó sus partículas como núcleos de átomos de helio. Y cuando bombardeó con partículas *alfa* a los átomos de nitrógeno, obtuvo átomos de un isótopo de oxígeno.

Como le miraban entre culecos y despavoridos, optó por ir al grano:

—Y en la década de los 50, con el bombardeo del átomo con neutrones en la Universidad de California. . . ¡se logró transmutar el mercurio en ORO! ¡He allí, nashacos, el milagro de la transmutación de la materia!

Y todos exclamaron estruendosamente:

—¡¡La Piedra Filosofal sí existe!!!

* * *

Para reafirmar sus conceptos sobre la transmutación de los elementos, entró en su cuadra y sacó un libro escrito por el Dr. Moisés Chávez, arqueólogo celendino conocido como “el Gran Mago Decodificador”. Y les leyó:

Lo que más ha contribuido al desarrollo de la arqueología moderna ha sido la aplicación del método del Carbono 14 a los restos arqueológicos de material orgánico. Eso ha tenido lugar a partir de las investigaciones de Willard F. Libby publicados en 1949 en la revista Science.

Los estudios experimentales de Libby han comprobado que los rayos cósmicos provenientes del espacio sideral, al penetrar en la atmósfera de la Tierra producen neutrones, los cuales bombardean a los átomos de los elementos químicos que existen en ella.

Se ha verificado que cuando un neutrón bombardea un átomo de nitrógeno se produce la transmutación de elementos y el nitrógeno se transforma en un átomo de hidrógeno y otro de Carbono 14 radiactivo, como lo indica la siguiente fórmula. . .

* * *

Hizo una pausa para escribir con un carbón sobre la pared la fórmula-ecuación: $N^{14} + n = C^{14} + H$. Pero mientras busca un tizón se da cuenta que los pocos que le escuchaban ya se habían largado puertas afuera. Sólo quedaban ashuturados los periodistas Mulloshingos, Doña Nelly y el Búho, que seguía extasiado cada detalle de su conferencia magistral.

Sonrió, y pensando que no era necesario escribir la ecuación, les mostró más bien la punta del tizón y procedió a expresarse en términos de la analogía:

—Señores, esto es carbón. . .

Ellos abren sus ojos llenos de asombro, y él prosigue:

—Y si ustedes tuvieran los medios requeridos para aplicarle suficiente presión, lo transformarían en. . . ¡un diamante!

Ellos abren sus ojos más de la cuenta, y él les dice:

—Y si en el ciclotrón lo bombardean con la Piedra Filosofal, es decir, con neutrones, a lo mejor producen ORO. La Piedra Filosofal es invisible, porque si es imposible ver el átomo, menos podemos ver sus neutrones. Pero Rutherford sí “los vio” en 1911 y se dio cuenta de que el átomo tiene una estructura planetaria, con su núcleo a manera de nuestra estrella, el Sol.

El Buho le interrumpe:

—Usted quedará decir que los intuyó, Doctor Nelo. Porque es algo que no se puede ver. . .

—¡Justo a eso iba, jéjere! Como dice el Capitán: **LA FILOSOFIA INTUYE LO QUE LA CIENCIA CONSTRUYE.**

* * *

El Doctor Nelo prosiguió diciendo que la transmutación de los elementos que los alquimistas buscaron lograr mediante reacciones químicas sólo se puede lograr mediante poderosísimas reacciones atómicas o nucleares, y que para lograr esto los científicos han tenido que explorar el átomo, no obstante que todo se reduce a la manipulación de lo invisible. Y les pregunta:

—¿Saben de qué tamaño es un átomo?

Ante el silencio sepulcral que inunda su vivero, él prosigue:

—Si aumentáramos el tamaño de las cosas hasta que el diámetro de un cabello sea de 10 kilómetros y los microbios sean monstruos del tamaño de los rascacielos de 100 metros de altura, y una bola de billar sea del tamaño de la Tierra, recién se harían visibles al ojo humano los átomos del hidrógeno, que es considerado como la unidad referencial para la medición del peso atómico de los elementos químicos. En otras palabras, ¡recién se haría visible la Piedra Filosofal!

* * *

La bisnieta del Capitán, que esperaba ansiosa que el Doctor Nelo les mostraría algún aerolito, o un guijarro recogido por los astronautas del Apolo 11 en la superficie de la Luna, o una curpa como la que se disparó desde Marte y cayó sobre las nieves de la Antártida, o masque sea un pedazo de chancona. . . Doña Nelly, repito, le dio a su marido un pellizcón torcido en el culo, y le jaloneó de su vibirí, diciéndole:

—¡Vamos ya, nashaco!

Y añade, a regañadientes:

—¡De que me muera de cólera!

22 LOS TESOROS DEL CAPITAN

En las noches de lluvia persistente cuando las calles de Celendín se convierten en avenidas de agua que desaparece poco después como por arte de magia. . .

En las noches frías cuando junto a la bicharra te abrigas con un jarro de chocolate o café caliente, y se conversa de las cosas que más conmueven e inquietan a la gente. . .

En esas noches se sigue rememorando los horrores de una guerra centenaria y se comenta que los entierros de tesoros fueron realizados en los lugares menos imaginados para evitar que caigan en manos de los chilenos que desde tierras tan remotas de América del Sur llegaron hasta los confines del norte del Perú.

El mismo hecho de que el ejército invasor llegase hasta tan lejos estremece el alma de la gente.

Para quienes nos visitan de lejos y de pronto se ven en medio de escenarios ahora reclamados por fantasmas, no hay mejor ocupación que la de recordar, a pesar del temor de ser escuchados por ellos.

* * *

Pero ése no sería el único origen de los entierros. Debe haber tesoros escondidos por los choctamallques y por los mitimaes chilchos, los habitantes aborígenes de esta región, para que no fueran a parar en Cajamarca, en el Cuarto de Rescate del Inca Atahualpa.

Otros tesoros también habrían sido escondidos de los montoneros. Y otros fueron escondidos por los montoneros mismos, y han sido desenterrados por extraños, porque nadie sabe para quién trabaja.

También podría haber entierros de los portugueses, para que algún día fueran descubiertos como indicador de su presencia en esta tierra de promisión.

El hecho es que cuando de la noche a la mañana un shilico se hace rico, ¡seguro que se ha de haber encontrado algún entierro en su casa de Don Agustín Shillido, o del Coche Güin, o de Doña María Pura, o del Doctor Nelo, o de Don César Chocho, o de Don Víctor Camacho, o de Don Porfirio Díaz, o en el lugar más apropiado: En algunas de las casonas que al morir dejara a sus herederos el Capitán.

Dicen que la más pesadaza de todas esas casas es la de mis primas Toya y Chela, hijas de mi tío Victoriano, hermano de mi papá.

* * *

Por muchas décadas, después de la muerte repentina del Capitán, su dulce sonrisa y su buen humor quedaron impregnados en el alma de su gente. Y se cuenta que a menudo algunos evocaban a su espíritu para preguntarle respecto del paradero de los tesoros de los portugueses, de los españoles, de los montoneros, y de quienes ni te puedes imaginar.

¿Por qué tendría el Capitán que saber de los cofres repletos con soles de nueve décimos, o con doblones de oro, o con libras esterlinas, o con las joyas de tal o cual dama, o con los rubíes que el Shante Saltaperico le enviara a su amor, la Gata, la “Ojos de Misho”.

Y si él pudiera verlos con sus ojos metafísicos, ¿qué te hace pensar que está a tu disposición y te concederá tus deseos como el genio de la lámpara maravillosa de Aladino?

* * *

Los rituales de evocación del espíritu del Capitán son aludidos en el “Canto Epico al Héroe Celendino”, del Amauta Don Pedro A. García, el Búho.

Cuenta la tradición que efectivamente, algunas personas acostumbraban ir a la media noche al Cementerio Anterior, no precisamente “para alzar su loza fría y darle el verde olivo que su pueblo le envía” (como dice el poema del Búho), sino para realizar prácticas de espiritismo.

Y dizqué, algunas veces el Capitán fue despertado, sólo para rogar encarecidamente que “le dejasen en perpetua sombra”.

Aunque la neta, la neta, es que también parece haber acudido sin que le evocaran, para recorrer sus predios del Jirón José Gálvez, para proteger los pinos que plantó en la Plaza de Armas, para hacer que doblen las campanas de la Iglesia Matriz después de la media noche, y para contemplar con cariño a las personas que tanto amó y dejó tan de repente.

* * *

Ha pasado más de un siglo de su muerte, y me consta que el Capitán sigue visitando sus fueron del Jirón José Gálvez, no necesariamente cuando se lleva a cabo alguna sesión de espiritismo. Pero todavía a uno que a otro se le ocurre evocar su espíritu en busca de entierros y tesoros.

Un hombre como él, ¡seguro que sabría de entierros! ¡Y acaso su tesoro es el mayor de todos los tesoros que han quedado ocultos en Celendín!

Cuentan, por ejemplo, de lo que le ocurrió al Sabio Arquímedes, el Quime, su bisnieto, cuando como tantas veces molestó su sueño de ultratumba.

El Quime preguntó:

—¿Hay algún entierro en esta casa?

Y el espíritu respondió:

—¡Dejuro pé quía diaberrr! ¡¡¡Sííííí hayyyy!!!

El Quime se avalanzó sobre la mesa con los ojos desorbitados, casi apagando la vela con la solapa de su purpúreo saco ceroso, y como en las cosas del amor, se fue al grano:

—¿Por dónde? ¿Onde?

Y el espíritu le respondió:

—¡Debajo de tu cuuuulooooo!

* * *

Al escuchar esta historia, presa de ira santa expresa la Mama Lila, mi hermana:

—¡Quiáy serrr el abuelo ese grajo! ¡De quién diablo nashaco habrá sido su espíritu para que diga: “¡Debajo de tu cuuuulooooo!” ¡Y tuavía sque nos quieren hacer creer ques el abuelo!

Prorrumpimos en sonoras carcajadas, y Don Delesmiro Machuca, su consorte, comenta apaciblemente:

—De todas maneras fue una sonora cachetada desde ultratumba. ¿Para qué, pué, molestan a las ánimas benditas del Purgatorio? Eso es algo que no se debe hacer.

* * *

De estas cosas se enteraron los periodistas Mulloshingos, y fueron a visitar al Sabio Arquímedes para hacerle un reportaje periodístico:

—¿Es cierto que se ha descubierto un entierro en su casa, aquí en José Gálvez 722?

—Para qué te digo que no, si sí. Pero. . . sí y no.

—¿Cómo que sí y no?

—Se ha descubierto uno cuando esta casa no me pertenecía. Pero yo sé que hay otro entierro que espera su turno de ser descubierto.

—¿Cómo sabe? ¿En qué se basa su convicción?

—En los ruidos que escucho. . .

—¿No cree, más bien, que podrían ser ratas o canshules?

—Son ruidos extraños, como los que produce la cola de una serpiente cascabel.

* * *

La periodista Mirtha Mulloshingo le dice:

—¿Y por qué no cava allí? ¿Por qué no tumba la pared?

Y el Sabio le responde:

—Lo mismo me decía la otra.

Y ante la mirada severa de la hembra, continúa:

—Don Manuel Pisco me decía: “¡Tumbalo al horno! A lo mejor está debajo de allí.” Pero yo no voy a tumbar mi casa sólo por lo que me dice la gente. Además, yo sé que el entierro no es para mí; eso me ha sido revelado en sueños.

* * *

El Sabio Arquímedes tuvo a bien revelar toda la verdad:

—Esta casa perteneció a mi tatarabuelo, Don Juan Sánchez y Merino, quien habría escondido el tesoro. La tía Meche la heredó de su padre, el Capitán, o mejor dicho, de la abuela María Benjamina, y mandó hacer algunas refacciones. Ella le encargó a su marido, Don Gaspar Rojas “Capacho”, que se hiciera cargo de dirigir a los peones. Concretamente hablando, se trataba de desatar la gradería de piedras y barro que estaba ceñida a la pared y que conducía al altillo. Había que abrir en dicho espacio una puerta para una habitación que

sirviera de cuadra y que ahora es una tienda. Es que dicha habitación era oscura y sin ninguna ventilación.

Después de hacerles un dibujo para que entendieran mejor su relato, el Sabio Arquímedes prosigue:

—En pleno trabajo, al medio día, Don Capacho vio aparecer entre las piedras removidas de la gradería el extremo de un capacho.¹³⁶ Entonces, el muy sapazo les dijo a los peones: “Váyanse, taititos a la casa de al lado, porque ya van a dar las doce, y doña Meche ya tiene lista la merienda allí. Dice que para hoy ha preparado caldo de gallina con presa. Yo ya les sigo después, porque ahorita tengo urgencia de ir a la huerta para hacer del cuerpo.”

* * *

Con mucha convicción, el Sabio prosigue su relato:

—Los peones se fueron aprisa, y él se quedó a solas para sacar el capacho para él sólo. Esa gradería no había tenido otro propósito que esconder el entierro, porque para subir al altillo una vez a las quinientas, bastaba una simple escalera de palos de maguey.

—¿Y qué contenía el capacho?

—De alguna manera se llegó a saber lo que había encontrado, y Don Capacho mismo lo reconoció. Yo le pregunté un día: “¿Y qué pue contenía el capacho que encontró usted? Y me respondió: “Qué pue, casi nada, óigaste. Sólo algunas libras esterlinas, unos pocos soles de nueve décimos, y unas piedras rojas, negras y verdes. Qué pue, muy poco nos dieron por todo eso, y de ello ya no queda nada. Más es lo que se habla que otra cosa.”

* * *

Con mucha tristeza el Sabio Arquímedes les dice a los periodistas Mulloshingos:

—Pero yo creo que esas “piedras rojas” eran carbunclos o rubíes encendidos en engastes de oro. Y esas “piedras negras” eran joyas de obsidiana. Y esas “piedras verdes” eran turquesas y esmeraldas. Y los soles de oro no habrían sido sólo unos cuantos. Ni qué decir de otras joyas que él no menciona, como las perlas de gran precio y los objetos de plata y oro para uso ritual, porque con todo eso comerciaba Don Juan Sánchez y Merino.

Y suspira, diciendo:

—En fin, para él habrá sido, óigaste, porque así squés: Los tesoros tienen su dueño. Y es posible que lo que él encontró es poca cosa en comparación de lo que tuavía hay, porque yo escucho ruidos, como de serpiente cascabel.

* * *

Las historias acerca del descubrimiento de entierros apasionan a los shilicos, y en esas noches de diluvio y de plenilunio, no se habla de otras cosas al abrigo del fuego de la bicharra o del fogón. Por eso, cuando el Sabio Arquímedes cuenta de los ruidos misteriosos que se escuchan en su casa que antaño perteneciera al Capitán, los Mulloshingos le dicen:

—¡De veras, maestro! ¡Mande hacer una excavación exploratoria! ¡Invítelo al arqueólogo ése, a Don Alfonso Peláez Bazán, tan mentado en todo Celendín por sus

excavaciones en busca de entierros misteriosos! Después de todo, la casa ahora le pertenece a usted, ¿o sí? Masque consulte con Don Alfonso, el más prestigioso cazafantasmas de la región.

Y responde:

—¿Paque lo tumbé a la casa en mi encima? Como les dije, lo que pueda haber no es para mí. Eso ya lo sé. . .

Y tras una breve pausa lo desembujcha todo, todito, todo:

—También sé para quién es.

* * *

El Sabio les refiere a los Mulloshingos su sueño profético, y lo que le reveló su abuelo, Don Juan Chávez y Sánchez, mi papá.

Le dice:

—Cierta noche tuve un sueño, de esos sueños que parecen realidad. Don Juan Chávez y Sánchez —así me gusta llamarlo, con nombres y apellidos—, se me apareció en esta casa muchos años después de su muerte, y me dijo: “El entierro que hay aquí en tu casa es para tu shulca;¹³⁸ para tu hijo Juan, mi amado biznieto que lleva mi nombre.”

Le brillan sus ojos y sigue narrando:

—Yo no tenía todavía un hijo que se llamara Juan, y Don Juan Chávez y Sánchez, al ver mi confusión me dijo: “Me refiero a tu hijo que te va a nacer. . . No te olvides de ponerle mi nombre, ‘Juan’; porque el entierro está destinado para él.”

La periodista Mulloshingo inquiere:

—¿Quiere decir que por razón de ese sueño usted le puso el nombre “Juan” a su shulca? Evidentemente, la historia de San Juan Bautista se repite, ¿no es cierto?

—Pues para qué te digo que no si sí. Lo interesante del caso es que yo ni siquiera sabía que la bandida de mi mujer estaba embarazada. No me había dicho nada la condenada. Pero con el devenir del tiempo el niño nació y le puse por nombre “Juan” de acuerdo a las instrucciones que me fueron dadas por revelación de sueños.

Y concluye:

—Por eso sé que el tesoro es para él; porque los tesoros siempre son para alguien y para nadie más, como lo que ocurrió con el entierro que se encontró en su casa de Doña Aurora Mori, en la esquina de abajo. En el pasado, esa casa también había pertenecido a Don Juan Sánchez y Merino.

* * *

Los periodistas Mulloshingos pararon la oreja al oír de su casa de Doña Aurora Mori, en la esquina de abajo.

Se cuenta que Don Salomón Mori Sánchez, que antes fue dueño de esa casa que llegó a ser de Doña Aurora Mori, era arriero y tenía cuarenta mulas para llevar carga a Chachapoyas, y murió sin sospechar del enorme tesoro que yacía escondido en su casa.

En medio de dos cuartos había una gradería de piedra, de pared a pared, y sin descansos. La misma daba acceso al altillo a la mano derecha. Llamaba la atención su

tamaño descomunal para conducir a un insignificante altillo. ¡Ni que el altillo fuera una lujosa sala de baile!

Me acuerdo de esa gradería, que Don Salomón Mori utilizaba para orear sobre ella las caronas de sus mulas y sus sillas de montar. También secaban allí las mazorcas de maíz y guayungas.¹³⁹

Fue allí, debajo de esa gradería, en cuyo extremo superior dicen que se aparecía un fraile sin cabeza, donde se encontró el entierro.

* * *

¿Qué relación podría haber tenido el Capitán con todos estos entierros?

Ninguna. Porque esas casas no habían sido realmente de mi abuelo, sino de mi bisabuelo. El habría escondido esos tesoros para ocultarlos de los montoneros y de los chilenos, que nunca llegaron a Celendín.

Pero existe otro tipo de tesoros a los cuales muchas veces no prestamos atención.

Con relación a mi abuelo, el Capitán, puedo asegurar que sus mayores tesoros nunca fueron enterrados ni en falsas paredes, ni en falsas bóvedas, ni en falsas graderías, sino en los corazones de sus descendientes y del pueblo de Celendín que tanto amó.

Allí tienes el tesoro que siempre estuvo a la vista:

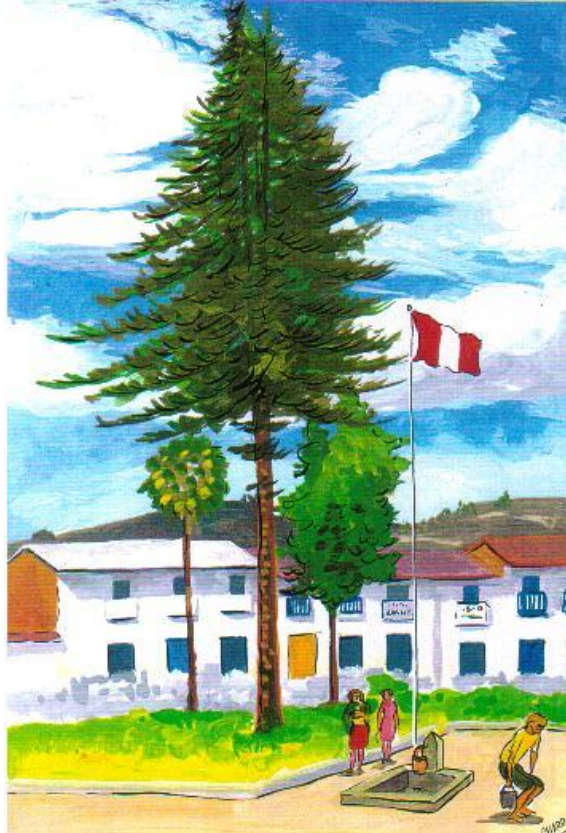
Los pinos centenarios que se yerguen en la Plaza de Armas.

Allí tienes los bosques de eucaliptos en la pampa y en las laderas del cerro San Isidro y Jelij.

Y aquí tienes el tesoro del Diario del Capitán que restauro en este libro a partir de sus fragmentos. Si se descubriera el grueso de su texto, ¿no será que allí encontremos el mapa del tesoro?

¿No será el mismo Diario del Capitán el tesoro que descubrirá el shulca¹⁴⁰ del Sabio Arquímedes de acuerdo con la profecía de San Juan?

23
EL PINO QUE HABLA



Si visitas Celendín, te gustará su amplia Plaza de Armas y sus jardines alrededor de la fuente central. Y en el jardín frente a la Municipalidad verás un pino cucho,¹³² de porte militar, del cual se cuenta que en ciertas circunstancias se le ha oído hablar.

Esta historia la escuché a mi papá cuando se la contó a mi mamá en la cama. Decía que a raíz de que hablaba habían ocurrido muchas cosas, algunas jocosas, y otras de lamentar.

Eran cuatro pinos de la variedad *Araucaria excelsa* que habían crecido en su vivero hasta cierta altura, y a los cuales trasplantó el Capitán en la Plaza de Armas poco antes de morir. Uno se yergue frente a la Iglesia Matriz. Otro, el de frente a la Municipalidad, el pino que habla, fue plantado junto a la pila de agua, que ahora ya no existe. Otros dos no se lograron a causa de los maltratos de chicos y grandes.

En aquellos días la Plaza de Armas no era más que una pampa donde los vecinos pastaban sus coches y ovejas, y los niños jugaban a la corrida de toros o llenaban sus baldes de agua en la pila construida por el Capitán en 1883 como comisionado del Concejo.

* * *

Cuando fue trasplantado el pino cucho eran de temer los mocosos que jugaban a la pega y lo jaloneaban sin ninguna consideración.

También lo jaloneaban las chinas adolescentes cuando se les daba por correr de un lado a otro, blandiendo sus shimbas.

Los muchachos herían su tierna corteza con grabados de corazones flechados, con sus nombres “X ama a Y” o “Tú y Yo unidos para siempre”.

Los sorochuquinos lo hacían su cabecera y en sus débiles ramas colgaban sus aperos y alforjas.

Los borrachos decepcionados hacían de él su confidente, y vertían el llanto de sus pishgos sobre sus raíces visibles y erosionadas que para nada eran culpables de su desdicha.

Hasta los perros se ensañaban del pobre pino.

* * *

Con tanto maltrato, ¿cómo pudo ese pino crecer tan majestuosamente?

La única explicación válida es que el Capitán cuidaba de él desde ultratumba.

Se cuenta que en las noches de Luna, en la penumbra que el tejado proyecta sobre la blanca fachada de la Municipalidad, habían visto salir de la pared a un adusto militar en el momento oportuno para encarnarse en el pino.

De esta manera el pino desarrolló un ingenioso mecanismo de autodefensa: Aprendió a hablar y a interferir en el diálogo de los enamorados que junto a él se juraban amor. Y a veces se vengaba de los que, en su apasionamiento, no se contentaban con herirse mutuamente y herían su delgado tronco con saña y sadismo.

Esta historia se fue olvidando con los años, porque nuestros abuelitos la contaban a pedacitos y atragantándose de risa. Pero cuando ocurrían las cosas no era de reírse, porque varias parejas rompieron definitivamente, y muchas bodas fueron anuladas, como cuando en la puerta del horno se te quema el pan.

—¿Por qué?

—Por algo que habló el pino del Capitán.

* * *

Se cuenta de una parejita que se venían entendiendo de maravillas. El muchacho era visto con buenos ojos por los padres de ella, y ya iban de brazo de arriba pabajo.

Pero algún perverso les convenció de que es más rico besarse debajo de ese pino de la plaza, en medio del rumor de la pila de agua y a la lumbre de la Luna. Y los pobres cayeron en la trampa.

El muchacho, que tenía fantasías de calentar sus manos heladas en los abrigados senos de ella, se puso de pie y galantemente grabó en la corteza del pino un corazón con sus nombres.

Luego acercó sus labios a los oídos de ella para susurrarle, “te amo”. Pero en lugar de eso, la muchacha escuchó esa linda frasecita que no puedo referir.

Ella le propinó una sonora cachetada: ¡¡Chéj!!

Y le dijo:

—¡So pedazo de atrevido!

El dio vueltas de remolino, y sobándose le dijo:

—¿Qué te pasa, mamita?

Pero ella lloró. No le quiso oír, y aceleró sus pasos cuesta arriba y sin voltear, haciendo sonar sus chancletas: Lej lej lej lej.

Y su amor no prosperó.

* * *

También se cuenta de otra parejita muy alhajita. Estos no eran enamorados de yanca-yanca,¹³³ sino novios oleados y sacramentados que estaban haciendo planes serios respecto de su boda.

El novio se puso de pie, y con su cuchilla grabó un corazoncito en la corteza del pino.

Luego empezó a referir al oído de ella sus planes inmediatos. Necesitaban dinero para la boda, por lo que él tendría que viajar a Cajamarca para ver a unos familiares que se lo podían prestar.

El le dijo a ella:

—¡De ninguna manera pospondremos la fecha! Más bien. . .

En ese momento se le adelantó el pino y habló al oído de la muchacha algo que resultó en una espectacular cachetada de su parte: ¡¡¡Cheñéj!!

Lo mandó arando hasta la pila de agua, y él cayó dando bote: ¡Plototój! ¡Plototój! ¡Plototój!

Ella apretó la carrera cuesta arriba, haciendo su güingo¹³⁴ y conteniendo el llanto.

Y no hubo boda.

* * *

Circuló la versión de que cuando estaban a punto de jurarse amor, la muchacha se alocaba, segura que esa frasecita de porquería había sido dicha por su enamorado, que en buena hora se daba a conocer como lo que realmente era: Un fresco, un descarado, un amante bribón.

Se hubieran muerto de vergüenza de sólo pensar, como decía la gente, que un pino pudiese hablar. Pensar así podría confirmar que de veras ellas estaban más locas que una cabra.

De lo olvidado se escuchaban comentarios de que. . . ¡volvió a ocurrir otra vez! Y eso era la comidilla de la villa.

Y no faltaban los enamorados masoquistas que a propósito acudían a herir al pino con su cuchilla en las noches de Luna. Ellas, para probar un poco de locura, y ellos para experimentar el placer de recibir un puñete, una sonora cachetada, o masque sea un sopapo propinado con amor.

Hay de todo en la viña del Señor. . .

* * *

Con el paso del tiempo los chejs, los cheñéjs y los plechéjs se hicieron cada vez menos frecuentes, hasta que de lo olvidado le ocurrió a una pareja de enamorados a los cuales esta vez el pino no les pudo echar a perder su compromiso nupcial.

Cierta noche de Luna estaban allí, junto al pino, estos dos que previamente se habían rambado y habían hechos sus primeros pininos en los baños termales de Don Augusto Gil, en el valle encantado de Llanguat.

En realidad, sus padres no sabían si ellos dos se habían llegado a conocer, bíblicamente hablando. Por tanto, no convenía adelantar juicios.

El hecho es que había pasado un tiempesito en que el muchacho no se propasaba. A ella le empezó a gustar, porque como se dice, respetos guardan respetos. De todas maneras se casarían por la ley y por la iglesia, y ella de blanco.

* * *

Esa noche él grabó su corazoncito sobre la ajetreada corteza del pino del Capitán. Y paseaba sus labios sobre la carita de porcelana de ella. Y al llegar al lugar del lóbulo de su oreja, le dijo:

—No la hagamos larga, mamita. Más bien, vamos das das a tu casa a hablar con tu mamá, e inmediatamente después. . .

El pino se le adelantó y terminó la frase de modo que ella también se alocó y le propinó la más sonora cachetada: ¡¡¡Plechéj!!!

Lo mandó arando en dirección de la Municipalidad, y ella se fue corriendo a su casa conteniendo el llanto.

* * *

Pero en este caso no era prudente hacerse de rogar, porque la niña empezó a criar pancita.

Se volvieron a amistar, aunque ella para nada quiso referirse a lo que escuchó hablar al pino. Y él, prudentemente, calló toda la vida, hasta que un día, siendo ya chochitos, se le ocurrió preguntar:

—Dicen que las mujeres que están verdaderamente enamoradas se alocan junto a ese pino y cachetean a sus amantes sin ninguna compasión. Pero tú, mamita, sácame de la duda, ¿de veras te alocaste?

Como habían pasado tantos años desde la espectacular cachetada, ella tuvo confianza para responder:

—¡Qué descarado eres! Pero de todas maneras te amo. Y si me vuelves a decir lo mismo ahorita mismo, no te daría una cachetada, antes te amaría más.

—Pero, ¿qué te dije, mamita, para que te ofendieras tanto? Yo sólo te dije: “No la hagamos larga, mamita. Más bien, vamos das das a tu casa a hablar con tu mamá, e inmediatamente después. . .” Tú ni siquiera me dejaste terminar, sino que me mandaste a arar de una cachetada.

—¿Y qué más pué me dijiste? ¡A ver, complétalo, descarado!

—Yo no dije nada más, mamita, porque no me dejaste terminar. Yo iba a decirte que inmediatamente después de hablar con tu mamá subiríamos a mi casa para hablar con mi mamá, y ¡¡¡plechéj!!! me hiciste ver estrellas.

—Yo no escuché eso, grajiento

—Pero, ¿qué otra cosa pudiste haber escuchado?

Y ella, riéndose a carcajadas, le tomó de las orejas con sus dos manos y golpeó su frente fruncida contra la frente fruncida de él, diciéndole:

—¡Maldiciáu! ¿Por qué me dijiste eso?

—Pero, ¿qué cosa sque te dije?

—Dijiste: “Vamos das das a tu casa a hablar con tu mamá, e inmediatamente después. . . ¡¡¡pino, pino, sopino!!!”

* * *

Ella no se pudo convencer de que él no dijera eso, pero con todo se propuso amarle cada día más porque era totalmente suyo, y con él había disfrutado de una larga vida de placer y felicidad.

Pero él comenzó a tener sus dudas. Sospechaba de que fuera verdad eso que dicen en Celendín, que ese pino habla al ser herido, y se dijo: “¡Dejuro! Ahora se aclara todo. Porque cuando la mujer esperaba que le dijeran ‘te amo’, le dicen ‘¡¡¡sopino!!!’¹³⁵ ¡yo también habría reaccionado de manera semejante!”

A estas alturas de la fiesta se rió nomás y se dirigió a visitar a su vecino, el Amauta Don Pedro García, un hombre sabio a quien con razón le llamaban el Búho, y que a todas sus buenas cualidades añadía la de ser leal y la de saber guardar secretos. El no se reiría ni de él ni de su historia.

El Búho le escuchó y se rió agarrándose la barriga.

* * *

Efectivamente, el Búho guardó el secreto, aunque de alguna manera trascendió, porque alguien se lo refirió a mi padre, Don Juan Chávez y Sánchez, a quien le interesó el asunto por razones obvias: Ese pino había sido plantado por su señor padre, el Capitán.

Mi padre le preguntó al Búho, que era su “compadre”:

—¿Qué sabes tú al respecto?

—Eso sque decía el pino al oído de las muchachas, justo en el momento en que ellas esperaban, ya, ya, ya, la más solemne declaración de amor. Con razón ellas se alocaban y les propinaban una buena cachetada. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿No te parece genial?

Y después que se hubo sosegado, prosiguió:

—Dicen que eso ocurría cada vez que el enamorado grababa un corazoncito flechado en la corteza del pino. Entonces el pino se vengaba de él con la mano de ella, y les arruinaba sus bodas. ¿No te parece genial? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—Pero, ¿por qué ocurría con unos y no con otros?

—Las condiciones para que ocurriera eran tres:

1. Debía ser en noche de Luna.

2. El debía grabar en su corteza un corazoncito flechado.
3. La pareja debía estar perdidamente enamorada.

* * *

El pino del Capitán tiene más de cien años y se ha convertido en centro de peregrinación a causa de la energía positiva que prodiga a los creencieros de la Nueva Era, tanto así como Macchupicchu o Marcahuasi.

En cuanto a su frasecita favorita, los escueleros de Celendín la canturrean como estribillo de ingenio poético, y las niñas la cantan mientras saltan la sogá.

Los shilicos que se aventuran al ámbito internacional y al espacio sideral han hecho de la frase su santo y seña, mejor que toda identificación masónica. Los identifica, squé, mejor que la interjección de ¡¡¡ashutúrense!!!”

Los shilicos esotéricos la han convertido en una fórmula mágica para hechizos y encantamientos, a la manera de “abracadabra”, “hocus pocus”, y las fórmulas de Harry Potter en latín.

Para los shilicos sencillos como yo —digamos, los estancieros y los que nunca remontaron vuelo más allá del extranjero de Doña Celfa—, no es más que una simple fórmula de saludo cortés:

—¡Pino, pino, Doña Celinda!
—¡Bien, gracias, Don Absalom!

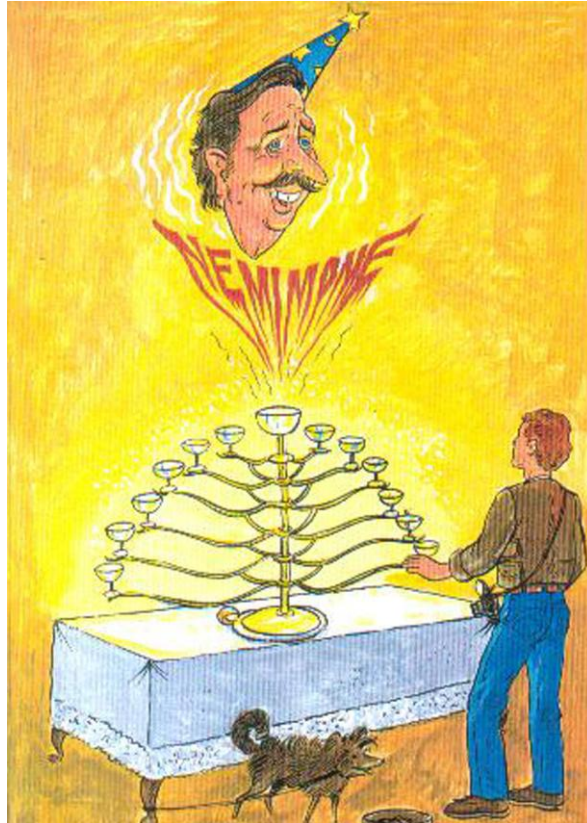
* * *

Al respecto, me parece que lo más importante es reconocer el hecho de que ese pino habla, y que si todas estas cosas que se cuentan de él resultan ser ciertas. . . ¡Ay del que se atreva a herirlo o intente talarlo, sea alcalde o concejil!

Porque, quién sabe, el estribillo también posee una dimensión mágico-profética. Y he aquí, el que se atreva a tocar su pino, desde ultratumba el Capitán hará que le escueza el sopino de modo que nunca más pueda volverse a sentar sobre sus cuatro letras, como dice el *Canticus Canticorum* latino:

*Apurat
Agent 007
que meda
come soon
elojet.*

24
EL CONDE DE SAN ISIDRO



Les tenía que pasar justamente a ellos, a los periodistas Mulloshingos que no creen en los fenómenos metafísicos, ni en los duendes, ni en el Shapingo.

Antes de volver a Lima, donde les esperaba un rotundo fracaso mediático, los periodistas Mulloshingos optaron por seguir el noble consejo del Doctor Nelo, y fueron al cerro de San Isidro en busca de Don Manuel de Sánchez y Aliaga, Conde de San Isidro, a quien esperaban encontrar recolectando su maná cotidiano de nigua-niguas para su desayuno matinal.

Doña Pepita Chacón, tan encariñada que estaba con este par de periodistas shilicos, guardaba silencio, acaso previendo un fracaso mayor que el que habían tenido al investigar el Síndrome de Harry Potter en Celendín. Investigar el fenómeno de los duendes de la Cuarta Dimensión le parecía algo peor. De todas maneras, ella les aconsejó que en vez de subir al cerro sagrado sería bueno buscar al Conde en su casa en la Calle Grau 190 donde suele pernoctar.

* * *

Para evitar más distracciones, ellos subieron al cerro directamente, hasta el mirador y la capilla de San Isidro Labrador, y no vieron a nadie.

Contemplaron desde allí la ciudad santa, y después de escudriñar en toda dirección empezaron a sentir el golpe del Sol del mediodía serrano.

Acordaron volver a la ciudad para almorzar en el restaurant francés tan frecuentado por la *intelligentsia* shilica. En el *L'eau-de-vie* tenían su pensión varios profesores de la Escuela Normal con quienes habían intimado durante su visita a esta ciudad de los Andes septentrionales del Perú. Quizás allí se encontrarían con el Conde de San Isidro.

* * *

Descendieron del cerro y llegaron a la calle Grau, pensando dar con el Conde de San Isidro, ya despertado y acicalado, pero la Mirtha dijo que prefería adelantarse a casa, “asunto de mujeres”.

El Paco siguió bajando solo, pero al pasar por la vereda derecha de la calle Grau, hacia la esquina de la calle Junín, sintió un vahído, y de pronto se vio en un recinto reverberante, eclesial.

No había altar, ni retablos, ni imágenes, ni púlpito, ni cirios. Sólo había una mesa sobre la cual estaba colocado un enorme candelabro de oro de trece brazos, uno al centro y seis a cada lado. En la parte superior de cada brazo había un cáliz de oro, y el cáliz central parecía una sopera brillante como el cristal. Y he aquí, un perrito cashque que estaba atado a la pata de la mesa, le dijo:

—Yo me llamo Pipo.

* * *

De pronto apareció en la pared del fondo una extraña inscripción en latín cuyas letras empezaron a desvanecerse a medida que se precipitaban dentro del cáliz central del candelabro.

El Paco no pudo retener lo que decía la inscripción, lo cual empezó a deprimirle de manera febril, como si de ello dependiese su misma existencia. Pero para su satisfacción, en ese preciso momento apareció por entre una cortina de humo de colores la cabeza gigantesca de un Anciano cuya mirada perspicaz se fijó en el periodista y le habló con voz estentórea: “¡Bienvenido a la Cuarta Dimensión! Yo soy el Mago de Voz. ¿Cuál es tu pregunta de vos?”

Cuando iba a preguntarle respecto del significado de la inscripción en latín, se desvaneció la visión.

* * *

De inmediato se le anticipó a salir del recinto un anciano apurado, como queriendo orinar, el mismo que intentaba ocultar su rostro con la solapa de su saco ceroso, mientras era jalado de la cuerda por Pipo, su perro.

Algunos abrebocas se juntaron alrededor del periodista que se sentó en el pretil de la vereda sosteniendo su cara con sus manos, y le preguntan:

—¿Qué le ocurre, señor?

—Creo que me he desmayado levemente. Quizás me recupere con un puspumote caliente.

Un pequeño se ofreció a guiarle, cuando les pasa de largo, apurado, como queriendo orinar, el anciano y su perro con su plato en su boca.

Cuando el periodista entró al restaurant francés, fue recibido con aplausos y gritaron:

—¡¡¡Sorpresa!!!

El mismo anciano que se le anticipó se puso de pie y con su copa en alto brindó diciendo:

*¡Le estábamos esperando,
ilustre periodista!
¡Brindamos por usted
con el agua de la vida
que tenéis a la vista!*

* * *

Pipo se sentó en su silla, tan formal como cuando viaja a Cajamarca en bus, con asiento pagado.

De inmediato el comedor se llenó de comensales, y apareció por allí el zarco Alfonsí, su pecho ceñido con una soga nueva, cortesía de la Casa Carrión y Pugavé.

Prepotentemente empujaba para que todos se arrinconaran a un canto, pero al pasar por la mesa de un profesor sorochuquí, éste extendió su mano y le tanteó el sopí, simulando luego tal inocencia que arrancó las más festivas carcajás.

El anciano contribuyó a la paz del recinto al ofrecerle su plato:

—¡Ven acá, Fonshito! ¡Yo te invito!

Cuando toma asiento al lado de Pipo y sus rulos rubios y sus ojos celestes se aplacan, el periodista y el anciano retoman el tema de su conversación acompañados por un profesor de la Escuela Normal que se sentó a su lado y empezó a hablar del portal a la Cuarta Dimensión que dizqué hay en Celendín.

* * *

El profesor trajo a la mesa el tema de la misteriosa inscripción que siempre se hace visible al comienzo de la visión, señalando que el latín es un idioma muerto, que el cura Mundaca es el único que había logrado retenerla en su memoria, pero que a causa de un hechizo perverso no podía dar con su significado existencial. “Nadie más puede entender ese idioma muerto”, dijo, tomando su sombrero y anticipándose a salir del restaurant.

Otros hicieron lo mismo, y finalmente quedaron solos el periodista, el anciano y Pipo.

El periodista optando por la tangente, pregunta:

—¿Qué es eso de la Cuarta Dimensión?

Se sientan en una banca de la Plaza de Armas, al pie del “pino que habla”, y el anciano le explica:

—Mientras vivimos estamos sumidos en la realidad de la dimensión física. Cuando morimos pasamos a la dimensión metafísica.

—¿No se puede pasar a la dimensión metafísica mientras vivimos?

—¡Usted acaba de experimentar eso mismo!

—¿Quiere decir que por un momento he estado muerto?

—Amo decir. . .

—¿Cuántas dimensiones hay, después de todo?

—En tiempos antiguos a las dimensiones se les llamaba “cielos”. . .

—Pero el cielo no existe. . . Me refiero a que el planeta Tierra está en el cielo. Es decir, al estar en la Tierra estamos en el cielo, ¿me explico?

—¡Claro! Por eso mismo esta dimensión se llama “Celendín”.

* * *

El anciano acaricia a su Pipo, y continúa diciendo que la realidad física la compartimos con los animales, que son física y anímicamente similares a nosotros:

—Sin embargo, la realidad de los animales es una dimensión aparte, porque ven y piensan de modo un tanto diferente, ¿nocierto, Pipo?

—¡Dejuro!

—Aunque hay quienes pueden penetrar a su realidad, como es el caso del Doctor Nelo y del Santo de Asís.

Finalmente, el periodista, medio de vergüenza le plantea la pregunta de rigor:

—¿Y qué me dice de los duendes?

El anciano fue categórico en su respuesta:

—¡Los duendes NO EXISTEN!

* * *

Paco y Mirtha se esperaban esa respuesta; después de todo ellos se jactan de no creer en el Duende Mayor. De todas maneras, se dieron un saltito para conocer al cura Mundaca. En resumen, le dijo el periodista:

—Esto he experimentado hoy, al medio día.

—¿Dónde, exactamente?

—Bajando por la Calle Grau.

El cura no se muestra sorprendido y saca de su gavetero un sobre manila que lo entrega al Paco Mulloshingo, y éste, con manos temblorosas observa el texto dispuesto a manera de pirámide maya:

EGO SUM NEMIMOME
 HOC EST NOMEN MEUM
 NEMIMOME NOVIT PATREM
 NEMIMOME SINE CRIMINE VIVIT
 NEMIMOME SUA SORTE CONTENTUS
 NEMIMOME ASCENDIT IN COELUM

* * *

La Mirtha inquiriere:

—¿Usted entiende lo que dice?

—Yo siempre entiendo lo que digo, muchachita.

—Me refiero a la inscripción en latín.

—Entiendo qué dice, pero no sé cuál es su revelación existencial.

Y lo traduce de manera literal:

Yo soy Nemimome.
 Este es mi nombre.
 Nemimome, vuestro padre,
 Nemimome vivió sin crímenes.
 Nemimome contento con su suerte.
 Nemimome ascendió al cielo.

* * *

El Padre Mundaca les dice:

—Conocer la verdadera identidad del Mago de Voz es la clave para entender el mensaje de la inscripción.

Mirtha comenta:

—Su nombre, “el Mago de Voz”, me suena una vulgar imitación del “Mago de Oz”, escrito por Frank Baum. ¿De veras el Mago de Voz sabe la respuesta a todas las preguntas?

—Que yo sepa, nunca ha respondido nada que valga la pena. Lo que sí hace es cambiar de voz e imitar con sorna a las más conspicuas personalidades de esta ciudad, acaso para despistar a la gente y disimular su ignorancia. En caso contrario, se esfuma.

De repente, el cura se vio metiendo la pata, se puso pálido y cambió de conversación:

—¿Así que mañana se vuelven a Lima? ¡No te vayas a Lima, muchachita!

La chica pegó su cabecita contra el pecho del sacerdote, y mirándole tiernamente hacia arriba con sus ojazos zarcos, se despide de él.

Volverían a Lima sin nada entre manos; nada acerca de los duendes de Celendín, nada que pudiese interesarles a los lectores de su periódico chicha. Decir simplemente que los duendes no existen sería relativizar su misión de investigación.

* * *

Unos meses después volvió a Celendín el Paco Mulloshingo, solo. Su hermana Mirtha tenía que atender a su bebé recién nacido porque había contraído matrimonio con el señor Mundaca.

El Padre Mundaca, a quien ella había conocido aquella tarde cuando fueron a entrevistarlo en su despacho parroquial con relación al tema de la misteriosa inscripción en latín. . . El Padre Mundaca, repito, había fallecido justo cuando su sobrino y la Mirtha empezaban a chapar en Celendín para luego continuarla en la Capital.

* * *

En Celendín, el Paco se refugió en la lectura, como queriendo escapar de su rotundo fracaso mediático. El Charro le prestó un ejemplar de las *Novelas Ejemplares*, de Don Miguel de Cervantes, que incluye la historia intitulada “El Licenciado Vidriera”, que trata de un abogado que enloqueció a causa de una exagerada pócima de amor que le dio una mujer enamorada.

Se le dio por creer que era de vidrio y hacía cosas extravagantes para evitar romperse: Andaba por media calle para que no le cayera un pedazo de teja, o viajaba como una delicada estatua de cristal, debidamente embalado con abundante paja en una caja que tenía la inscripción de FRAGIL. Pero aparte de la opinión de alguien que le dijo que más tenía de bellaco que de loco, el Licenciado Vidriera destaca por sus sabias respuestas que daba a sus fans, a través de las cuales el genio de Cervantes ha querido expresar una ácida crítica de la sociedad de su tiempo.

* * *

Una vez el Licenciado Vidriera se topó con una tendera acompañada de su hija que era muy fea, pero llena de dijes, de perlas y de piedras preciosas. Y le dijo a la madre: “¡Muy bien habéis hecho en empedrarla, para que se pueda pasear!”

Y cuando alguien le preguntó quién había sido el hombre que sólo gozó, le respondió en latín, idioma con que solía confundir a la pobre gente:

*Nemo porque
Nemo novit patrem
Nemo sine crimine vivit
Nemo sua sorte contentus
Nemo ascendit in coelum*

* * *

De regreso a Lima en un lujoso bus-cama de la Empresa Atahualpa, de esos con bacenica incorporada, el periodista se esfuerza por descifrar estas palabras en latín.

El comparó los textos del Licenciado Vidriera y del Mago de Voz, y resulta que eran idénticos, salvo una pequeña diferencia: El nombre de la inscripción del Mago de Voz

era NEMIMOME, y el del personaje de Cervantes era NEMO. Y tan aficionado que era de los crucigramas y enigmas del periódico “Ojo”, que él mismo diseñaba, se dio cuenta que el nombre NEMIMOME era la intercalación de los nombres NEMO y MIME. Así dio con la identidad del misterioso Mago de Voz: ¡Era el Mime! ¡El mismo Conde de San Isidro! El anciano que le reveló que los duendes no existen, cosa que para nada la interesa a la gente.

* * *

El color chaposo de la salud había vuelto a posarse sobre su rostro, y sus ojos zarcos revelan la luz del alba. En las últimas horas su sueño placentero era indicio de que la fiebre de la maldita gripe chanchahuesos le había abandonado por fin.

En realidad, no había subido al cerro sagrado de San Isidro, ni había en Celendín un restaurant francés donde sirven puspumote. Tampoco había vuelto a Lima en bus-cama de la Empresa Atahualpa, pues todo el tiempo estuvo en cama pegado a la bacenica.

Cuando por fin abrió los ojos, se vio rodeado de su hermana Mirtha, de su anfitriona doña Pepita Chacón y de ilustres vecinos de esta hermosa ciudad: Don Alfonso de Chávez y Chávez, Don Francisco de Tavera y Chávez, Don Jorge A. de Chávez y Silva, Don Arquímedes de Chávez y Sánchez, Don Luis Daniel de Quiroz y Amayo, Don Luis de Mori y Charza, y el Padre Mundaca que había acudido con los santos óleos.

Y en medio de todos destacaban Don Manuel de Sánchez y Aliaga, Conde de San Isidro, el Mime, y su perrito cashque Pipó que, acezantes como niños con gusanera, no podían estarse quietos sobre sus cuatro letras.

—¿Y por qué le dicen Conde de San Isidro al Mime, ah?

—Porque en el cerro de San Isidro sique se esconde.



25
EL ABRAZO DE EDUVIGES



La Iglesia Matriz de Celendín es fuente de muchas historias que atrapan la imaginación de la gente y siembran el pánico en los corazones de toda la población.

Allí tenéis la historia de la “mano negra” que te atrapa como llave maestra cuando pasas de noche por la Iglesia Matriz.

O la historia de la “coche con crías”, animales inmundos que salen horondas por las rendijas del umbral, y enredan a la gente, y tumban de senga a los trasnochachores que pasan cerca de ellas. ¡Y después le echan la culpa al alcohol!

O la historia de la “orgía de los muertos” en el atrio de la iglesia en la noche de Todos los Santos.

O la historia del “cura sin cabeza” que desciende del altar y se dirige a ti para tocar tu frente el Miércoles de Ceniza.

Lo que más temen los jóvenes, en especial los adolescentes es el abrazo de la Eduviges, porque si llegase a ocurrir, aunque no te logre besar, te contagia su lengua mocha y su retraso mental.

Pero había alguien en Celendín, una sola persona que no tenía miedo de quedarse dentro de la Iglesia Matriz, a cualquier hora del día o de la noche, no obstante que era un muchachito de trece o catorce años de edad, que servía al señor cura como sacristán. Entre

sus tareas estaba la de cerrar por dentro las puertas después de chequear que ningún cirio o vela quedase encendido y pudiese ocasionar un incendio

¿Quién era él?

Todos lo saben, pero no está de más decirlo: Era su hijo de Doña Lucrecia Marín.

Esta historia pertenece a los albores de la villa de Celendín.

* * *

Doña Lucrecia era su vecina de Doña Angélica Chacón; entre ambas sólo mediaba el predio de la Iglesia Matriz que abarca desde su atrio en la Plaza de Armas hasta la alta pared exterior del altar en la calle trasera, la calle Ayacucho.

Doña Lucrecia vivía en una destartalada casita alquilada con puerta a la calle, donde había condicionado una tiendecita y restaurant que sólo funcionaba los domingos y era frecuentado sólo por estancieros.

Dos años atrás, Doña Angélica había venido a vivir en la huerta al otro lado del predio de la iglesia, junto con su hijita Eduviges que entonces tenía sólo dos añitos de edad. Su casita, al fondo de la huerta, era de una sola habitación y su horno al lado. La puerta a la calle estaba en la barda.

* * *

Poco después de la llegada de su vecina Angélica, Doña Lucrecia dio a luz a su primer bebé, y le llamó Inocencio por consejo del párroco, porque había nacido el 28 de diciembre, Día de los Inocentes.

A su madre no le causó gracia ese nombre, pero cuando le dijo el párroco que era el nombre preferido de la mayoría de los papas, y que significaba “todo lo contrario de culpable”, aceptó que su hijo se llamara así, y su aceptación le trajo el beneficio de entrar al servicio del párroco, empezando a trabajar, primero como cocinera en su misma casa, y más adelante como encargada del aseo de la iglesia, de las bancas, del confesionario, de los soportes de los cirios y los candeleros de las velas.

En la elección del nombre de su hijo, la madre no necesitó del consentimiento del padre, que no se había enterado que tenía un hijo, sino hasta varios años después.

* * *

Fue la pequeña Ediviges la que le dijo a su mamá Lucrecia, poco después que el niño naciera:

—¿Te had dado cuenta, mamita?

—¿De qué, Edu?

—De que no le atrae la sonaja al Teto (al Inocencio), salvo cuando la hacemos sonar. Pero si la pasamos ante sus ojos sin hacerla sonar, él parece mirar en otra dirección.

Fue con la sonaja que se dieron cuenta que el niño no podía ver. Y su madre lloraba día y noche la desdicha suya y la de su pequeño Shensho (el Inocencio).

Edu, por su lado, aunque era una niña hermosa y sanita, dejaba ver cierta conducta extraña que condujo a que tanto doña Lucrecia como su vecina, doña Angélica, la

mantuvieran alejada del bebé, o al menos la miraban continuamente de reojo: La niña era cariñosa, pero tosca, y se retrasó más de la cuenta para empezar a hablar, lo cual era motivo de preocupación para su madre. Por eso decía “Teto” en lugar de “Shensho”, como todos llamaban cariñosamente al niño Inocencio, con excepción del señor cura.

* * *

Algunos en el pueblo dicen que poco a poco la pequeña Edu fue dando evidencias de debilidad mental, aunque no tenía el aspecto exterior del retraso mental, salvo, como dijimos, que hablaba con “lengua mocha” y con demasiada lentitud.

La niña le llevaría algo más de tres años al Shensho, y sufrió horrores que la apartaran del pequeño, hasta el punto de reaccionar manteniéndose voluntariamente alejada de él, de la casa de doña Lucrecia y de todo cuanto tuviese conexión con el pequeño, como cuando lo bautizaron. Del mismo modo fue produciéndose gradualmente un distanciamiento entre estas buenas vecinas y amigas.

Pronto llegó a saber doña Angélica que a su Edu la llamaban en el pueblo “la loquita”, pero ni ella ni la pequeña creían que eso fuera verdad.

También aquella barda que daba acceso a la huerta llegó a ser evitada por algunos niños y sus papás, temerosos de la loquita. Quizás esa fue la razón para que poco después la niña dejara de ir a la escuela, porque su madre, asumiendo una actitud sobreprotectora la apartó de todos los demás, inclusive del Padre Ambrosio, y de oír misa los domingos, a pesar de que la iglesia estaba al lado.

* * *

El Padre Ambrosio fue de tan grande consuelo para aquella pobre mujer, doña Lucrecia, que ella no le cobraba por barrer el piso de la iglesia, y sólo se contentaba de vez en cuando con un Chiclayo o con una gallina, o con unas cuantas mazorcas de maíz y harina de trigo que los estancieros le llevaban de regalo al párroco. Lo que nunca le faltaba era la sal abundante que sobraba de lo que le llevaban para que convirtiera el agua corriente en agua bendita.

El Shensho no tuvo jamás una imagen mental de un padre, aparte de la del Padre Ambrosio que fue tan generoso con su madre y con él. El se propuso criar al pequeño y recrearlo a su imagen y semejanza.

Su madre también pudo experimentar el calor espiritual de algo parecido a un hogar.

Pero doña Angélica se mantenía lejos del Padre Ambrosio, a pesar de que muchas veces él había intentado, sin conseguirlo, incluirla en su grey.

* * *

A pesar de ser doña Angélica su “vecina”, porque sólo una pared mediaba entre su huerta y el predio de la Iglesia Matriz, para el buen cura era como si ella viviera en un caserío distante.

El párroco, como todos los demás se preguntaba si acaso alguien, quizás el padre de la niña, le pasaría alguna pensión, pues la mujer no salía de aquella casucha al fondo de la

huerta, ni siquiera para vender la alfalfa que en ella crecía. Si los tercios que ella cortaba de sol a sol se la llevaba la dueña de la huerta. ¿Qué ingresos podría ella tener?

* * *

Cierto día doña Angélica observó que en la esquina unos colegiales la miraban de reojo a su Edu y se sonreían dándose de manotazos unos a otros, peleándose desganadamente. A esos muchachos no les despegó el ojo hasta que se esfumaron de la esquina de la iglesia, sólo para volverlos a encontrar después a todos juntos en la iglesia escuchando misa con mucha devoción. Allí tampoco les despegó el ojo.

De allí que doña Angélica no dejaba que su Edu fuera a misa sola. Y si por a o b la madre estaba indispuesta, la hija no se asomaba ni a la puerta de la huerta. Quizás fue la madre que la sacó de la escuela, y la Edu a las justas había aprendido a leer y a escribir.

¿Qué le preocupaba tanto a la madre?

Había escuchado que su hija abrazaba tan fuerte que a cualquiera podría sacarle el alma.

Ella quería saber a quién lo habría abrazado su hija; cómo es que podría abrazar tan fuerte una muchacha ya adolescente, y por qué tanto misterio.

La chica era hermosa y sensual, pero sus brazos llamaban la atención más que sus piernas. Eran brazos de nadadora olímpica, aunque ella nunca había visto una piscina o una masa regular de agua.

* * *

Mientras más pensaba en el abrazo de Eduviges más temores le acechaban a la madre, por lo que decidió no perderla de vista. La madre empezó a ir a misa cuando creció su hija y se convirtió en una hermosa adolescente.

Con estos y otros hechos de poca monta la vida transcurría normal en la manzana de la iglesia, y el pequeño Shensho había empezado a trabajar al lado de su madre en la limpieza de la iglesia. Su madre le había dicho al cura:

—No le vayas a dar dinero; no me lo vayas a malograr a mi muchacho.

Pero el cura le dijo con toda claridad:

—Cuando sea sacristán recibirá algo, porque no pondrás bozal al burro que trilla.

Ella dijo:

—¿Sacristán? ¿Mi hijito? ¡Burro qué!

El cura le dijo:

—Lo será si logra aprender de memoria el entroito y los responsos en latín. Si no, voy a tener que depender del majadero de Pedro, que muy mal me hace quedar en la celebración de la misa. Pero debemos enseñarle a leer y a escribir en Braille, para que use las yemas de sus dedos en lugar de sus ojos.

—¿Cómo, pues, será, padre?

El cura respondió:

—Cuando yo viaje a Lima para hacerme curar de mi hernia voy a aprender algo de Braille para poderle enseñar. También voy a traer implementos de lectura y libros para él.

En el Instituto del Ciego voy a contratar el envío de un maestro de Braille. El niño no podrá ir a Lima sin su madre, pues ambos me hacen falta en la iglesia.

* * *

Dicho y hecho, el Padre Ambrosio viajó a Lima, y después de un par de meses viajó acompañado de un hombre mayor, invidente, que sabía Braille, y sin embargo se encontraba abandonado y sin recursos. Era también músico que tocaba la guitarra y el acordeón.

Don Arturo Arana, que así se llamaba el buen hombre, palpó la cara del Shensho y le preguntó:

—¿Cuántos años tienes, hijo?

—Doce años cumplidos, señor.

Al escuchar su voz, le dijo:

—Se me hace que tú eres de buena bayeta. Si aprendes a leer y a escribir en el tiempo que ha decidido el señor cura, a lo mejor regresamos a Lima juntos para que te perfecciones en el Instituto del Ciego —que ahora está en la Plaza Bolognesi—.

* * *

Así empezó el Shensho a aprender y a escribir en Braille, a memorizar el entroito y los responsos en latín y a servir de sacristán. Y tenía la ventaja de ser la única persona en la ciudad que no tenía miedo de encerrarse a oscuras en la Iglesia Matriz, no obstante todas las cosas que se cuentan acerca de ella. Siendo ciego de nacimiento, él no distinguía entre la luz y la oscuridad, siendo ciego de nacimiento. Por lo mismo no distinguía entre el miedo y el valor, aunque sí les temía a los borrachos, a los irreverentes y a las ratas que te muerden las manos cuando rebuscas algo entre los atabales de la sacristía.

Don Arturo Arana no logró convencer al Padre Ambrosio ni a su mamá del Shensho para llevar a su hijo a Lima, de modo que al cabo de dos años volvió solo. En poco tiempo el niño había aprendido de todo, inclusive a tocar la guitarra y a cantar, convirtiéndose en el ayudante preferido del Padre Ambrosio.

* * *

En toda la ciudad se enteraron de que el Shensho podía leer con los dedos, sin ver. Varios escueleros le rodearon para constatar semejante portento, y al ver que lo que leía no estaba escrito en una cartilla impresa con tinta, no lo podían creer.

Cierta mañana el Padre Ambrosio le probó al Shensho la ropa de sacristán de Pedro, y les causó gracia, porque el roquete blanco con blondas que llevaría sobre la sotana era demasiado largo. Doña Lucrecia tendría que acortarlo teniendo cuidado de no meterle tijera, porque tendría que servir mientras el niño crecía.

El párroco le dejó a cargo del campanario, de la puerta de la iglesia y de las llaves. Desde los doce años hasta los catorce le serviría al señor cura hasta que por fin se apareció su papá y se lo llevó para que estudiara en una escuela especial

* * *

Por aquel entonces empezó el inusitado interés de la Eduviges por escuchar misa, y doña Angélica también empezó a asistir a la iglesia, tratando de asimilar sus motivaciones. Ambas llegaban temprano y estaban a la espera en la primera banca. De todas maneras el Shensho se daba cuenta de su presencia, quizás por algún sonido, quizás por algún olor.

Con mucha devoción escuchaban el entroito o introducción de la misa que era recitado por el Shensho con voz majestuosa: “In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Santi, Amén.”

Al comienzo, Eduviges creía que el Shensho también hablaba como ella, sin dejarse entender. Y de tanto escuchar y repetir a su manera el entroito en voz alta y en la soledad de la huerta de alfalfa, llegó a aprenderlo aunque sin entender ni una sola sílaba de su contenido.

* * *

En las tardes, cuando se había ocultado el Sol y la sombra del atardecer se dejaba sentir en las naves de la Iglesia Matriz, el Shensho se disponía a cerrar la puerta principal, sin antes dar unas cuantas palmadas, como solía, para indicar a cualquier ferviente devoto que era hora de cerrar el santuario.

Comprobado que no había nadie dentro, procedía a cerrar las pesadas puertas. Y antes de marcharse a su casa, chequeaba que todos los cirios estuvieran apagados y removía de los candeleros el excedente de cera que había chorreado de las velas, la misma que guardaba en una caja, porque se podía beneficiar para hacer nuevas velas.

Hasta velas él había aprendido a hacer con la cera descartada. Y no sólo velas, sino también muñequitos que a veces los alcanzaba a vender a los estancieros asegurándoles que estaban benditos.

También el polvo del piso del altar lo juntaba en cajitas de fósforos para venderlo diciendo que estaba bendito y que servía para espolvorearlo sobre la cama de las personas que sufrían de insomnio a causa del mar de amores o de la preocupación.

Como último paso antes de salir a la calle rumbo a casa, solía echarse uno o dos generosos tragos de vino de misa a pico de botella. Era buen vino oporto, marca Tres Piernas.

Para entonces se había convertido en un gran lector. El podía leer metiendo sus libros debajo de su poncho, o debajo de su frazada cuando se recostaba en casa para reposar.

También le gustaba conversar con el Padre Ambrosio quien le instruía respecto del aspecto de los santos en sus respectivos retablos: Cómo lucían sus rostros, cómo estaban vestidos, qué cantidad de medallas votivas tenían sus respectivos altares, y en qué posición habían sido sorprendidos por el escultor.

* * *

La Iglesia Matriz tiene fama de ser pesada. Por eso, ni en broma cualquier alma viviente se atrevía a quedarse encerrada allí adentro cuando descendían las sombras y las hojas de las puertas eran cerradas con agudo rechinar. Dicen que este es el momento cuando las imágenes de los santos cobran vida y levitan de un retablo a otro para rendirse mutua pleitesía.

Dicen que en las noches de Luna, al pasar frente a la iglesia se siente que el suelo se mece y resuena como si hubiese temblor. A los muertos les entra las ganas de bailar merengue, y si alguien se queda dentro de puro curioso, lo sacan a bailar, con riesgo de ser encontrado al día siguiente en el atrio desmayado o sin vida.

* * *

Cierto atardecer, después que el Shensho apagó el último cirio, se quitó su sotana y el roquete que tenía puestos encima de su pantalón y se dispuso a cerrar las puertas de la Iglesia Matriz.

Dio las palmadas de rigor para sacar a cualquiera que se había quedado dormido en medio de sus plegarias, y como siempre, la respuesta fue un silencio sepulcral.

Pero cuando se dirigía del altar al nártex para cerrar las puertas, escuchó un ruido en el confesionario, como manos que se sobaban entre sí.

Se dirigió allá y lo palpó por dentro y por fuera, de paso detectando uno que otro chicle de trigo adherido al maderamen.

Nada anormal encontró por lo que procedió a terminar su labor.

No había avanzado mucho cuando escuchó de nuevo ese ruido extraño. Y cuando volvió a palpar el confesionario, el ruido se había desplazado hasta el acceso central del templo.

El muchacho se dio cuenta de la anormalidad, pero no tuvo miedo, porque no sabía qué cosa era la oscuridad.

Descartó la presencia de ratas o de algún gato o perro que hubiesen buscado refugio en el lugar santo.

* * *

Preguntó con voz firme:

—¿Quién hay?

Como nadie respondió, prosiguió rumbo a la sacristía. Entonces, desde el interior del confesionario una voz apagada le dijo:

—¡Yooooooooo!

Se rascó la cabeza porque no podía distinguir con claridad el timbre de aquella voz misteriosa al parecer salida del infierno, cuando volvió a escuchar:

—¡Soy yo! ¡Teto!

Así se dio cuenta que era la Edu, que no podía pronunciar Shensho.

Cuando fue al confesionario, ella lo llamó desde otro lugar:

—¡Atí etoy, Teto!

Cuando fue allá para atraparla, le volvió a llamar del interior del confesionario:

—¡No, Teto, atí!

El le dijo:

—Mira, Edu, yo no estoy para juegos. Si el Padre Ambrosio se entera que te has quedado aquí, ¡lo vas a lamentar!

* * *

En uno de esos ires y venires, ella se dejó atrapar. Pero no sólo eso, sino que lo atrapó a él, y lo abrazó con tal fuerza que le exprimió el alma. Luego forcejeó para derribarlo al suelo.

La muchacha, a punto de cumplir diecisiete años, se reía escandalosamente en medio de la oscuridad, y lo derribó al piso, pues él era menudo y tres años menor.

Como él se esforzó para incorporarse, con sus poderosas piernas ella lo mantuvo pegado al suelo echado de espaldas, sus brazos extendidos en forma de cruz y sus manos sostenidas sobre el piso por las manos de ella.

No sé cómo haría para escapar. Después, guiándose de la risita de ella, palpó a su alrededor y logró agarrarla de su cintura para empujarla a la puerta de la iglesia y echarla fuera.

A duras penas logró su cometido, y eso, porque ella se lo permitió. Aquella fue una rara ocasión en que la niña que gustara cuidar del pequeño, la niña ahora convertida en una hermosa mujer, mereció volver a tenerle en sus brazos sin riesgo de ser condenada. Lo logró lejos del merodeo de su madre, de los feligreses de las beatas y del Padre Ambrosio. ¿Y dónde mejor pudo esto ocurrir que en la oscuridad de la casa de Dios?

* * *

En el último tramo, dejando que el Shensho se sintiera un poco halagado por su fuerza y su logro de domar a la fierecilla salvaje y sacarla a las tinieblas de afuera, ella dejó de reír, y el Shensho le dijo:

—¡Por favor, vete ya, Edu!

La muchacha que reía escandalosamente, de repente se puso a llorar, y le dijo, desde media calle:

—¡Teto!

Y levantando su mano logró pronunciar de manera perfecta el introito:

—¡Itonómi Pati, te Pili, te Pidotutáti, amén!

Luego le dijo, llorando y riendo a la vez:

—¡Itoténte! (Inocente).

* * *

Ese día, 28 de diciembre, el Shensho se dio cuenta que era el día de su cumpleaños, porque era también el Día de los Inocentes.

En corto trayecto a su casa caminó con el cuerpo sentido porque el abrazo de Eduviges le había triturado los huesos y le había exprimido el alma.

Llegó a la puerta de su casa, en la calle de atrás, todo desalineado. Y su madre, que le esperaba, le dijo:

—¡No me digas que se te ha ocurrido otra vez pelear con esos muchachos vagos de la calle, manganzón! ¡Y tuavía siendo un señor sacristán!

Su madre no podía imaginar las circunstancias de su ordalía, de modo que optó por cederle el paso a servirse su café.

Cuando él pasó por su lado, ella sintió en su camisa algo del olor de la Edu, y le dijo:

—Al lado de tu taza de café hay un guanaco de harina del norte, que la Eduviges ha traído para ti por tu cumpleaños. Dice haberlo horneado ella misma por ser el día de tu santo.

* * *

El muchacho metió el guanaco en su seno y se recostó en su cama a descansar y a reflexionar: “Realmente, soy inocente de todo lo ocurrido. No; no soy inocente. Soy inocentón. ¡No; no soy inocentón! Soy inocentonto. ¡Ay mis costillas! En sus brazos he sido un pobre jabalí que es atrapado por una poderosa boa. ¡Bendita boa! Con su abrazo me ha sacado el ancho; me ha sacado el alma. . .”

Y no puede parar su risa cuando pronuncia las palabras: “In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. . . ¡Amén!”

* * *

El Shensho siguió sirviendo de sacristán hasta que su padre se lo llevó a Lima.

Un tiempo después ocurrió la tragedia. Existen varias versiones de los hechos, una de ellas dice así: La iglesia tenía una alta escalera de maguey para subir al techo y agarrar goteras. Tener esa escalera dentro del templo era inapropiado, por lo que con el debido consentimiento de la dueña de la huerta de al lado, donde vivía doña Angélica, se la guardaba echada, ceñida a la pared de la iglesia, protegida de la lluvia por el alero del techo de la iglesia.

Un día, un peón, tras limpiar una ventana de la iglesia por fuera, la dejó parada. Y en un atardecer que su madre estaba fuera de casa, la Edu subió por ella para mirar el interior del templo, y se cayó. Estuvo varios días agonizando, y finalmente murió.

* * *

Gran dolor le causó al Inocencio ese final de su hermosa Edu, de quien se cuenta que en las noches de Todos los Santos, ella también sale con su mortaja y se suma al cortejo de las ánimas benditas alrededor de la Plaza de Armas. Por eso mismo, la gente se cuida, por si te alcanza a abrazar lo hará “itómi ti Pati te Pili te Pidotutáti, amén”.

Todo esto me hace recordar del poema que recitaba el Joshé Reyes, diciendo:

*¡No me vengash con cuentosh,
grandísimo jumento!
Quesho que liá ocurrió
a su hijo de ña Kesha
no ha sido un alma en pena
en el atrio de la iglesha,
sino una experiencia religiosa
canto el río.*

26 EL LAGO DE CELENDIN

—Así es, mi querido coche: Justo donde estás parado hubo antes un extenso lago, el extinto lago de Celendín.

—Se me escarapela el pellejo, hermano, cuando me paseo de noche por las calles oscuras y silentes, y me asalta el pensamiento de que en el pasado todo esto estaba cubierto de una ingente masa de agua. Luáse que aquel lago tenga su madre que llora por su desaparición.

—¿Y los duendes? ¿Acaso los duendes no tendrán ganas de vengarse porque les quitamos la cuenca donde se meaban en fila al son de los pututos de los caxamallcas y de los tambores del Inca? ¿Acaso los apus tutelares del cerro Jelij no extrañarán mirarse la senga en las aguas tranquilas de aquel lago que dejó de existir? ¿Acaso los fantasmas de los choctamallques no deambulan en los declives de los cerros sedientos de venganza?

Estos pensamientos me asedian cuando camino a oscuras en las calles empedradas de Celendín. Pero también hay que mirar las cosas por el lado amable: Del fondo del lago surgió una hermosa ciudad y una verde campiña. Los chilchos, los portugueses y los españoles se unieron como iguales, y sus alaridos de goce sensual todavía golpean los corazones más cashgas. Y nosotros, sus hijos, podemos convivir con la madre del lago, con los apus, con los sapos y con los duendes.

Los Choctamallques, como llama el Amauta Don Pedro García a los antecesores de los Chilchos, en realidad eran del mismo tronco étnico de los caxamallcas. Sus fantasmas hasta hoy deambulan por Suro, por Poyunte, por Pillco, porque la evidencia indica que los que no lograron cruzar el río Marañón murieron en sangrientos enfrentamientos con las tropas incas.

* * *

Las investigaciones científicas indican que antes de que llegaran los españoles a la cuenca del antiguo lago de Celendín, les habían madrugado los portugueses.

Aunque los llamaban así, “portugueses”, y ellos mismos decían serlo, en realidad no venían directamente del Portugal, sino del Brasil.

¿Cómo es que los españoles no se atrevieron a explorar antes esta región del Perú que según la información que llegó a ser del conocimiento del Conquistador Pizarro estaba fuera de los límites de los Caxamallcas y de los Chachapuyas?

La respuesta es que aquí estaban los mitimaes chilchos a quienes el Inca Túpac Yupanqui, después de la retirada de los choctamallques, les encomendó la administración de los tambos, el mantenimiento de los caminos, la construcción de la Fortaleza de la Chocta y la explotación agrícola que facilitaría el abastecimiento de los ejércitos incas con miras a la conquista de Cuélap y el territorio de los Chachapuyas.

—¿Tan bravos eran los chilchos para que les temieran los españoles y evitaran internarse en esta región partiendo de Cajamarca?

—Parece que no eran aguerridos como se los pintaban los españoles. Ellos pensarían que eran una élite militar, pero más que eso eran administradores e ingenieros. Ellos formaban parte del engranaje de Inteligencia al servicio del Inca.

* * *

Los chilchos eran originarios del Valle de los Chilchos que está en el norte del departamento de San Martín, en una región baja de los Andes orientales. La evidencia de su presencia en la cuenca del lago de Celendín no era conocida antes de 1967, cuando Waldemar Espinoza Soriano publicó por primera vez el informe de la Visita de Cristóbal de Barrientos en 1540 donde se menciona a los Chilchos como que eran mitimaes. A este importante documento se suma la información provista por el Dr. Peter T. Lerche respecto de sus investigaciones en el Valle de los Chilchos dada a conocer en 1989.

De “chilchos” deriva el gentilicio “chilicos” o “shilicos”. Y es posible que ellos trajeron a los portugueses a Celendín, después de haber entrado en contacto con ellos en el Valle de los Chilchos. Y con ellos vino también la artesanía de la paja toquilla y una modalidad del quechua que se ha conservado en las toponimias y en frases sueltas que forman parte del dialecto shilico que tanto nos deleita.

* * *

Así es como llegaron los portugueses a la cuenca del lago de Celendín, antes que los españoles, trayéndonos sus apellidos, Rabanal, Pereyra, Díaz, Reyna, Chavez, etc., y ostentando nombres bíblicos como Israel, Abraham, Isaac, Sarah, Levi, Ester, Absalón, que eran sus “alias” que se convirtieron en sus nombres verdaderos una vez que se vieron libres de las presiones de la sociedad cristiana.

—¿De veras llegaron del Brasil, o de la Avenida Brasil?

—Vinieron del Brasil surcando las cuencas del Amazonas y del Huallaga, y se acercaron a los fueros de los Chilchos por Rioja y Leymebamba. Y cruzaron el Marañón y el Miriles rumbo a Oxamarca.

Los Chilchos los recibieron con los brazos abiertos y se contagiaron de su espíritu emprendedor. Inteligentemente consideraron que una alianza con ellos podría reforzar el status de autonomía que ostentaban y que la administración de Don Francisco Pizarro había optado por respetar.

* * *

Los españoles llegaron después cuando vieron que los Chilchos dieron la bienvenida a los portugueses, y que ellos no eran de temer.

Seguramente los tres grupos étnicos —chilchos, portugueses y españoles— concibieron la empresa del drenaje del lago de Celendín, y rompieron las rocas que causaban embalses de las lluvias cerca de Poyunte. El drenaje del lago se logró con la construcción de lo que conocemos como el Río Chico y el Río Grande, que en realidad no son ríos, sino canales de drenaje.

El drenaje del lago era una necesidad, porque no todo era lago. En gran parte era un pantano que se ensanchaba en tiempos de lluvia. Ellos vieron que al drenarlo habría espacio plano para la edificación de una ciudad con su respectiva campiña.

El agua que no lograba drenarse por la brecha abierta en Poyunte se empozaba en la Pampa Grande, y se drenaba de modo natural gracias al Tragadero en las faldas del cerro Jelij. Pero parte del agua del lago fue empozada en las faldas del cerro San Isidro, y se conservó hasta nuestro tiempo. Ese es el origen de las pozas de agua en el barrio de “Las Lagunas”. Su conservación se debe a que retenían el agua de la lluvia que bajaba por el Cumbe y por el cerro San Isidro. Esta agua aprovechaban los constructores en Celendín para hacer adobes.

El entorno del lago convertido en ciudad cambió finalmente con las plantaciones de eucaliptos traídos por mi abuelo, el Capitán.

27
LEYENDAS
DE LA IGLESIA MATRIZ

La Iglesia Matriz de Celendín es fuente de muchas historias que atrapan la imaginación de la gente siembran el pánico en los corazones de toda la población.

Allí tenéis la historia de la “mano negra” que te atrapa como llave maestra cuando pasas de noche por la Iglesia Matriz.

O la historia de la “coche con crías”, animales inmundos que salen horondas por las rendijas del umbral, y enredan a la gente, y tumban de senga a los trasnochachores que pasan cerca de ellas.

O la historia de la “orgía de los muertos” en la noche de Todos los Santos, en el atrio de la iglesia.

O la historia del “cura sin cabeza” que desciende del altar y se dirige a ti para tocar tu frente el Miércoles de Ceniza.

Lo que más temen los jóvenes, en especial los adolescentes es el abrazo de la Eduviges, porque si llegase a ocurrir, aunque no te logre besar, te contagia su lengua mocha y su retraso mental.

* * *

La presente historia es fruto del montaje de testimonios que circulan entre la gente acerca de cómo se originó este pánico en la ciudad, aunque no necesariamente lo que se cuenta sea verdad comprobada.

Por esta y por muchas otras razones se evita quedarse atrapado en el interior de la iglesia cuando se aproximan las sombras de la noche y se cierran sus enormes portadas. En la noche de Todos los Santos, como es sabido, la penumbra empieza cuando se oculta el Sol y la gente evita pasar junto al atrio sin ninguna iluminación.

Grave sería quedar atrapado en las naves de la Iglesia Matriz, cuando brotan del subsuelo las blancas calaveras de los que han sido enterrados en sus predios en los días remotos de la colonia.

Asimismo, afloran los fantasmas, los espíritus de los muertos que se hacen visibles bajo circunstancias especiales desplazándose entre las bancas con ritmo de vals, sin más acompañamiento que el chirrido de los cuervos y de los murciélagos que desgarran el silencio sepulcral de la noche.

* * *

Dicen que la orgía infernal tiene lugar pasadas las doce, y puede ser captada desde fuera de la iglesia a causa de los rayos de luz que de rato en rato afloran por entre las abras del tejado o los altos ventanales de la fachada y de las paredes de las naves de los altares, como si procedieran de una discoteca sicodélica. No es ninguna gracia verlos, por lo que en

la noche de Todos los Santos la gente se recoge temprano en sus casas y en sus cuadras en el momento en que empiezan a aullar los perros.

Dicen que sólo los que son brujos o brujas se acercan al lugar volando alrededor del campanario. Pero ni siquiera ellos se atreven a atravesar las tejas para confundirse en la orgía infernal.

* * *

La “mano negra”, dizqué, es una mano tronchada desde más arriba de la muñeca, y que es negra a causa de los moretones y de la gangrena.

Se cuenta que aun antes de que se aparezca se anuncia por su fétida purulencia, y luego aflora de las gruesas paredes y a través de las puertas de la Escuela N° 82, aunque más antes lo hacía desde la fachada de la Iglesia Matriz. Y se cuenta que se prende violentamente del brazo de cualquier irreverente que se atreva a burlarse de las cosas consideradas sagradas. Se la teme, porque deja huellas de por vida.

No sé si habrás escuchado la historia del Frijol Panamito, un colegial a quien también llamaban Gallardete porque en el Colegio Javier Prado le habían escogido para portar el gallardete en el desfile escolar. A la sazón este vago se encontraba chupando hasta altas horas de la noche en su tienda de Don Zoilo Güicho, y apostó a que tendría el valor de ir solo a la puerta de la Iglesia Matriz para hacer un acto irreverente: Clavar un clavo en ella con un martillo que le fue dado por Don Zoilo.

El salió bien forrado con su poncho y se dirigió hacia la puerta de la iglesia. La noche era oscura, pero llegó a la puerta y clavó su clavo. El estruendo de los golpes de martillo fue escuchado por el grupo de “socios” que esperaban en la puerta de la tienda. Sólo el primer martillazo en medio de la tétrica y silenciosa noche bastaría para destrozarle los nervios a cualquiera. Pero el Frejol Panamito no se amedrentó.

* * *

Una vez logrado su cometido y teniendo por ganada la jugosa apuesta, se dispuso a regresar a la tienda iluminada con una vela, pero experimentó exactamente lo que se cuenta respecto de la “mano negra”, que sale del lugar santo y se prende del brazo o de los pelos de los irreverentes.

La mano misteriosa, que quizás sería de algún santo sacrificado en tiempos remotos, o de algún penitente a quien se le conmutó la pena de muerte, se asió fuertemente de su poncho y no le dejó regresar a la tienda.

El joven evitó forcejear y empezó a vomitar espuma hasta que cayó desmayado y no volvió a sus “socios”.

Al día siguiente, al aclarar el alba, sus socios fueron al atrio a verificar lo ocurrido, y le encontraron tirado junto a la puerta, inconsciente. Sin darse cuenta, él había clavado el clavo por encima del grueso borde de su poncho que había arrojado sobre sus hombros para actuar con mayor comodidad.

* * *

Lo del “cura sin cabeza” ha ocurrido, dizqué, cuando los ladrones sacrílegos se ocultan en la iglesia con el objeto de hacer de las suyas en medio de la noche, llevándose un gran botín de ofrendas votivas de oro, plata y piedras preciosas. De repente se encienden por sí solos los cirios, y retumba la música del órgano a pesar de que no hay órgano.

Entonces se hace visible de pie, tras el altar, un cura al cual le han cercenado la cabeza justo cuando acababa de decir misa. Las cosas habrían ocurrido de manera tan violenta que no habría tenido tiempo para desplomarse al suelo. La sangre en su cuello aun huele a caliente y corre sobre sus negras vestiduras, sin coagularse, como sobre el lomo del toro de lidia que ha sido hincado por las banderillas.

* * *

Dicen que levantando coquetamente su sotana para no tropezar, comedidamente baja las gradas del altar y se dirige con pasos acelerados para bendecir a los fieles tocándoles con la marca de su propia sangre.

Dicen que con un fondo espectacular de música gregoriana avanza con su mano izquierda pegada a su pecho para contener la sangre que fluye a borbotones y se le escapa hasta manchar el suelo. Y tiene su mano derecha extendida para tocar a la gente con el extremo de sus dedos.

Dicen que fuera de la iglesia no se escucha nada del estruendo del órgano que sí se escucha en el interior.

Dicen que si pudiese ocurrir de que alcanzase a alguien y lograrse tocar su frente con sus dedos ensangrentados, es señal de eterna bendición o de eterna condenación.

* * *

Por estas y otras razones, pero sobre todo debido al abrazo de Eduviges, que afecta particularmente a los jóvenes adolescentes, nadie, absolutamente nadie, se atrevería, por descuido o por broma irreverente a quedarse encerrado en el interior de la Iglesia Matriz cuando llega la noche y las enormes y pesadas puertas son clausuradas tras evacuar a todos los adoradores.

Las velas y los cirios son apagados unos tras otros, y el silencio y la oscuridad reina en el lugar, salvo en las noches de Luna llena cuando algunos rayos de luz penetran por los altos ventanales y vitrales e iluminan el rostro del Crucificado, o la mirada doliente de la Magdalena y las lágrimas que humedecen el rostro de Santa Verónica y lo hacen resplandecer.

Pero había alguien en Celendín, una sola persona que no tenía miedo de quedarse dentro de la Iglesia Matriz, a cualquier hora del día o de la noche, no obstante que era un muchachito de trece o catorce años de edad, que servía al señor cura como sacristán. Entre sus tareas estaba la de cerrar por dentro las puertas después de chequear que ningún cirio o vela quedase encendida y pudiese ocasionar un incendio

¿Quién era él?

Todos lo saben, pero no está de más decirlo: Era su hijo de Doña Lucrecia Marín.

BIBLIOGRAFIA

Bibliografía relativa a Celendín

—“El Trotamundos”, Revista de la Asociación Celendina, Edición Especial por el Bicentenario de Celendín, Lima, 2002. Contiene contribuciones muy importantes como las del sociólogo Wilder Sánchez Sánchez, el dramaturgo Grégor Díaz, el profesor Adolfo Aliaga Apaéstegui, el Comandante PNP Segundo Máximo Cortegana Chávez, y otros

—Federico Kauffmann Doig
Manual de arqueología peruana, Quinta Edición, 1973, Ediciones Peisa, Lima, Perú.

Historia y arte del Perú antiguo, Ediciones Peisa, 2002.

—Waldemar Espinoza Soriano, “El Primer Informe Etnológico sobre Cajamarca”, separata de la *Revista Peruana de Cultura*, Nos. 11 y 12, Lima, 1967. Este documento es conocido también como “La Visita de Cajamarca por Cristóbal de Barrientos en 1540”.

—Peter Thomas Lerche, “Informe de las Investigaciones Arqueológicas Pre-Colombinas en el Valle de los Chilchos”, Chachapoyas, 19 de noviembre de 1989. Los datos etno-históricos y geográficos que aporta Lerche complementan los datos del Informe de Cristóbal de Barrientos de su Visita de Cajamarca de 1540 y plantean interesantes hipótesis sobre el origen y el carácter de los celendinos.

—Jorge A. Chávez Silva, (el Charro), *Travesía del amor desesperado*, novela que plantea, a partir de la ficción el posible componente étnico amazónico que los portugueses llevaron a Celendín (Yungamar), el cual a pesar de su pequeñez serviría para salvaguardar la identidad shilica ante el supuesto factor culle o chimú.

—Wilder Sánchez Sánchez, “Preparamos el Bicentenario de Celendín”, publicado originalmente en la revista, El Labrador, de la Asociación Sucrense de Cajamarca. El texto de este artículo coincide con la conferencia que dictara en la Municipalidad de Celendín en agosto del 2001.

—Moisés Chávez,
 “Arqueología de Celendín”, Cuadernos de Arqueología Andina – Homenaje a Josefina Ramos de Cox, Boletín de la Fundación “Josefina Ramos de Cox”, N° 1, Págs, 35-61 más la sección de gráficos. Publicado en 1976, presenta el Informe de la Expedición a la Chocta en 1972, a nombre de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

El Diario del Capitán, antología de historias cortas que combinan historia y ficción, y realidad física y metafísica, alrededor de la persona del Capitán Don Zaturmino Chávez Baella. Obra basada en el diario que el Capitán dejara al morir, y del cual se han conservado fragmentos.

Mitología de Celendín, antología de historias cortas y ensayos antropológicos en el formato de diálogos mentecatos. Su título deriva de los conceptos de la palabra “mito” o arcilla, y también la categoría oral que refiere el génesis de los pueblos, según la explicación epistemológica de Kant.

Bibliografía relativa a los judíos del Brasil y sus posibles nexos con Celendín

—Moisés Chávez, “Los judíos de Holanda en América del Sur en la primera mitad del Siglo 17”, Monografía presentada en hebreo en la Universidad Hebrea de Jerusalem en 1973 (Yehudéi Holand be-América Dromít be-majatsít ha-álef shel ha-méah ha-17).

—José Marín Gonzáles y Juan Christian Spahni y Mireille Vautier, *L’Amerique du Sud*, Editions Silva, Zurich, 1994.

—Apolonio Carrasco Limas

Este importante historiador limeño se ha identificado profundamente con el alma celendina a raíz de sus investigaciones sobre el origen de los celendinos, las cuales ha expuesto en numerosas conferencias. El parece ser el autor del artículo de “Expreso” sobre el origen judío de los celendinos. Al menos se lo menciona como el que despertó el interés del Dr. Michael Simon, Embajador de Israel, para visitar Celendín.

—Cecil Roth, *A History of the Marranos*, The Jewish Publication Society of America, Philadelphia, 1947. El actuó como asesor arqueológico para la producción de la película “Los Diez Mandamientos”, con Charlton Heston y Yul Brinner.

—Herbert Bloom, “A Study of Brazilian Jewish History 1623-1654”, Based chiefly upon the Findings of the Late Samuel Oppenheim, PAJHS, Vol. XXXIII.

—Arnold Wiznitzerer,

“The Exodus from Brazil and Arrival in New Amsterdam of the Jewish Pilgrim Fathers”, 1654, PAJHS, Vol. XLIV, Pág. 80.

“The Members of the Brazilian Jewish Community 1648-1653, PAJHS, Vol. XLII, Pág. 387.

“Jewish Soldiers in Dutch Brazil (1630-1654), PAJHS, Vol. XLVII, Pág. 40.

“The Synagogue and Cemetery of the Jewish Community in Recife, Brazil, 16-30-1654”, PAJHS, Vol. XLIII, Pág. 127.

—P. M. Netscher, *Les Hollandais au Brésil*, The Hague, 1853.

—G. A. Kohut, “Les Juifs dans les colonies Hollandaise”, REJ, XXXI, 1895, Pág. 293.

—G. Herbert Cone, *The Jews in Curazao*, PAJHS, Vol. X, Pág. 141.

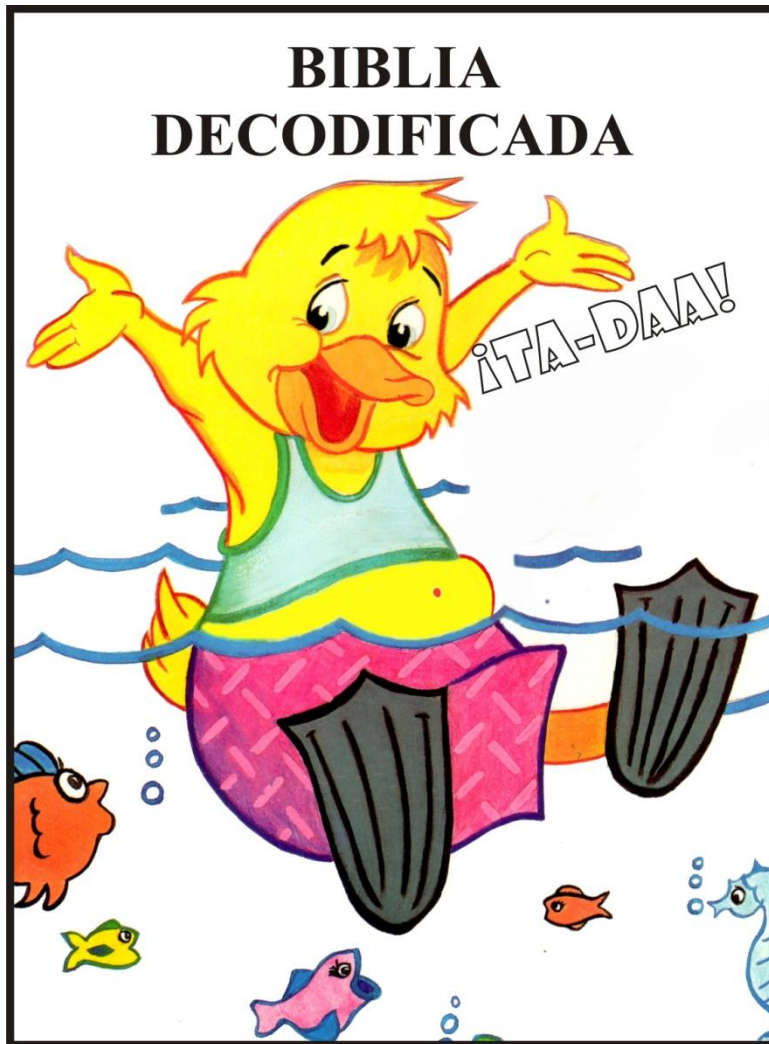
—Max J. Kohler,

“Beginnings of New York Jewish History”, PAJHS, Vol. I, Pág. 41.

“Jewish Activity in American Colonial Commerce, PAJHS, Vol X, Pág. 47.

—Samuel Oppenheim, *The Early History of the Jews of New York, 1654-1664*, New York, 1909.

—Berthold Altmann, “Jews and the Rise of Capitalism”, *Jewish Social Studies*, Vol. 5, Págs. 163-186.



LA BIBLIA DECODIFICADA DEL DR. MOISES CHAVEZ





BIBLIOTECA INTELIGENTE

| Biblioteca Inteligente | Biblia Decodificada | Biblia RVA | Separatas Académicas | Antologías de Historias Cortas | Estudios Universitarios | Contacto

BARRA AZUL DE ENLACES 

www.bibliotecainteligente.com
PAGINA WEB DE MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP

¡UNA BIBLIOTECA GRATIS PARA TI!



Abrela escribiendo su nombre o usando el Código QR de Acceso Inmediato, y en el enlace “Inicio” diviértete con “El Changuito de la Biblioteca Inteligente” y conoce a tu Host y a su Esposa en el video-clip “Caminando por la Vida”.


Luego ingresa al enlace “Biblioteca Inteligente” y disfruta el Album de Fotos Sivrallas.

Luego ingresa al enlace “Antologías de Historias Cortas” y ¡a todo lo demás!

¡Diviértete y comparte con tus amigos y con tus enemigos!



¡Caminando por la Vida!



LA BIBLIOTECA INTELIGENTE DEL DR. MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP

- 😊 Para el acceso a la Biblioteca Inteligente abra www.bibliotecainteligente.com
Los enlaces están con letras blancas en fondo azul debajo de la foto.
- 😊 Vea el Album de Fotos Sivrallas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Vea el índice de 1.050 historias cortas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Ubique el volumen sobre Shilicología en el enlace, *Antologías de Historias Cortas*.
- 😊 Vea el índice de 165 Separatas Académicas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Acceda a los libros de la *Biblia Decodificada* en el enlace, *Biblia Decodificada*.
- 😊 Vea la información sobre la *Biblia RVA* en el enlace, *Biblia RVA*.
- 😊 Para los Estudios Universitarios CBUP acceda al enlace correspondiente.



**VISTA PARCIAL DE LA BIBLIOTECA INTELIGENTE Y MUSEO DE LA BIBLIA
(Al pie, empastados en color azul están los originales de la Biblia RVA)**





www.bibliotecainteligente.com

MISIONOLOGICAS:

Dra. Silvia Olano, cebcarbup@gmail.com - Teléfonos: (511) 424-1916; Cel. (51) 948-186651